

# *Selecta*

Daniel de la Peña

No eres tú,  
soy yo



Tal para cual 1

No eres tú, soy yo  
Tal para cual I  
*Daniel de la Peña*  
*Selecta*

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleer  
@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

## Prólogo

-**A**dopta un pingüino, ¿dígame? -respondí al teléfono con jovialidad.

-Buenos días, ¿podría hablar con la señorita Mimi Olmos? -preguntó una voz masculina.

-Sí. Soy yo. ¿Quién es?

-Le llamo de su entidad financiera... ¿Podría acercarse a nuestra oficina para hablar con usted?

-¿Sucedó algo? -quise saber.

-Señorita Olmos... es mejor que venga y le comentamos.

-¿Para qué? No será porque quieren ofrecerme alguno de sus seguros, ¿ya le dije que no estaba interesada! -Puse los ojos en blanco y suspiré-. Todo lo que se puede asegurar ya lo tengo asegurado: el coche, el móvil, el local de la oficina... ¡solo me falta por asegurar mi ropa interior! ¿Eso se puede asegurar? Supongo que sí... porque Jennifer López aseguró su trasero, ¿lo sabía usted? ¡Da igual! ¡No me líe! ¿Para qué quiero un seguro si no tengo nada más que asegurar? ¿No querrá adoptar a un pingüino?

-No, señorita Olmos. No quiero adoptar a un pingüino e ignoro lo del culo de Jennifer López -resopló el hombre.

-¿Y para qué llama?

-Para citarla y ver cuándo nos podemos reunir con usted.

-¿Para qué? -insistí.

-Para informarle de que está en la quiebra... Tiene usted una deuda superior a tres mil euros.

-¡No me diga! -Me quedé callada durante unos segundos. Escuché preguntar a mi interlocutor si seguía al teléfono-. Ahora voy -respondí con la voz entrecortada.

-Estamos abiertos hasta las dos y media.

-OK. Por cierto... ¿no tendrán algún seguro que cubra la deuda?

## Capítulo 1

### *Somos compañeras*

Dos semanas después de la dichosa llamada que me informaba que estaba en la más absoluta ruina, me mudaba a casa de mi mejor amiga. Tuve que cerrar mi negocio, dejar el apartamento que había alquilado y llevar mis pocas pertenencias al piso de Daniela. ¡Menos mal que ella me adoptó! Dejé la empresa de adopción de pingüinos para que me adoptaran a mí. Si ella no se hubiese apiadado, me veía a mis treinta y un años regresando con mis bártulos a casa de mis padres. ¡No quería ni pensarlo! Adoraba a mis padres y nos llevábamos estupendamente, pero pasar más de veinticuatro horas seguidas con ellos era como vivir en *La casa de la pradera*. Mi madre era una mujer enérgica, rebosante de buen rollo y con un toque *hippie* que intentaba impregnar en los demás. Mi padre estaba locamente enamorado de ella y juntos formaban un peculiar tándem capaz de saturar hasta al más romántico, cursi o ñoño. ¡Eran geniales! Los admiraba. Me encantaría encontrar a alguien y formar una pareja tan compenetrada como la de mis padres, pero en ese momento mi moral estaba por los suelos y un exceso de sensiblería causaría un daño irreversible a mi autoestima. No sé si os pasará a vosotras, pero cuando estaba triste, lo que menos necesitaba eran palabras piadosas o compasivas, ¡era más práctico que me motivaran y picaran criticando mis fallos y después comer litros y litros de helado de chocolate! Siempre he encajado fatal los piropos y nunca me los creía cuando me los decían. Sin embargo, cuando alguien comentaba alguno de mis defectos, le daba fuerza a su discurso y prestaba atención. No lo hacía porque fuera masoquista, sino para aprender de mis errores e intentar mejorar.

Y uno de mis grandes errores fue montarme la empresa para adoptar pingüinos. Todo el mundo me lo dijo: mis padres, que sentían debilidad por aquellos animalejos con pico; Daniela; mis amigos de la universidad... ¡Todos! Menos Marín, que me apoyó en mi descabellado plan e incluso adoptó a uno. Fue el único que lo hizo. Yo pasé de las opiniones ajenas, me dejé seducir por la atractiva web de la franquicia *Adopta un pingüino* y creí que era el negocio del siglo. Pagué las tasas impuestas por la franquicia, alquilé un local, me di de alta en autónomos... gasté, gasté y gasté dinero para no ganar nada. Nadie quería adoptar un pingüino, ¡con lo cucos que son! Y yo comprobé que era una emprendedora con poca visión empresarial.

«¡Basta de lamentos!», me reprendí. «Lo hecho, hecho está». Con las maletas en las manos, accedí a mi nueva vivienda. Aquella casa no me era extraña. Había estado cientos de veces desde que Daniela y yo comenzamos nuestra amistad. Nunca sospeché que compartiría piso con ella, aunque la idea no me desagradaba en absoluto e intenté ver aquella situación más como una nueva y emocionante oportunidad que como un fracaso empresarial. ¡El buen rollo de mi madre era

contagioso! Y, a veces, el mejor salvavidas.

-¡Bienvenida a tu nuevo hogar! -exclamó mi amiga, abriendo los brazos.

-No sé cómo agradecértelo. -Mis ojos se volvieron vidriosos y corrí a abrazarla.

-Cuando encuentres trabajo y ganes algo de dinero, me invitas a cenar y después nos cogemos una buena cogorza -susurró, haciéndose la dura. Siempre se hacía la dura, aunque tenía un corazón de oro-. Deja de abrazarme y de ser tan cursi, que me recuerdas a tu bendita progenitora.

Le hice caso. No sin antes darle un último achuchón. Sentí una corriente de adrenalina sacudirme de arriba abajo y contuve un grito de emoción.

-¿Qué te pasa? -Se cruzó de brazos y arqueó una ceja.

-Pensarás que estoy loca, pero me entusiasma la idea de compartir vivienda con mi mejor amiga y sentirme libre para comenzar una nueva carrera laboral.

-Creí que estabas loca cuando te montaste la agencia para adoptar flamencos...

-¡Pinguinos! -la corregí.

-¡Aún peor! -suspiró-. Por lo menos los flamencos están de moda. Ahora opino que eres muy valiente al caerte y levantarte. -Me lanzó uno de los pocos piropos que suelen salir por su preciosa boca.

Abrí los ojos como platos y la miré incrédula.

-¿En serio? -Quise asegurarme de que la había escuchado bien.

-Cualquiera en tu lugar se habría sumida en una depresión. Tú, sin embargo, has decidido no hundirte, has sido inteligente aceptando la ayuda que te brinda tu mejor amiga. -Se señaló con los pulgares-. Y te has apuntado a un curso para aprender a crear *apps*. Eres un ejemplo a seguir, salvo por lo de los flamencos. -Hizo un ademán con la mano.

-No podría haberlo hecho sin ti -aseguré-. Mañana tengo una entrevista en un supermercado porque creo que quieren contratar a alguien para publicidad, y tengo muy buenas vibraciones. ¡Seguro que me cogen! Sé que, si no fuera por tu apoyo, no lo habría conseguido.

-Si seguimos así de empalagosas voy a vomitar. -Y con ese desagradable comentario asesinó de cuajo nuestro momento especial-. Deja las maletas en tu cuarto, date una ducha, vístete elegante y nos vamos de copas. Invito yo.

Miré mi reloj.

-Son las cuatro de la tarde... -pronuncié confusa. A esas horas estaba más acostumbrada a tomar un café o una infusión.

-La mejor hora para tomar un mojito. No hay guiris ni musculosos en busca de una conquista. Solo tú y yo... y unos cuantos ancianos jugando al mus.

## Capítulo 2

### *Las copas*

La partida de mus estaba animada. Los cuatro octogenarios que jugaban con fervor gritaban y reían a partes iguales. Nosotras estábamos ajenas a sus piques y bromas mientras disfrutábamos de dos mojitos en la terraza de aquel bar, que estaba en el paseo marítimo, a unos metros de mi nueva casa. Era principios de marzo y el calor de Gran Canaria ya invitaba a intuir que la primavera estaba al caer. La humedad y el sol de la isla podían ser agobiantes en los meses de verano, pero en primavera se agradecía. Al igual que esos mojitos a las cuatro y cuarto de la tarde.

-¿Esta es una de tus rutinas? -pregunté a mi amiga.

-¿Cuál? ¿Emborracharme a la hora de la merienda?

Asentí entre risas.

-No, tonta. Es tu fiesta de bienvenida. Tenemos que celebrar que vamos a vivir juntas, ¿no crees?

-A mí me parece ideal. Creo que podría acostumbrarme. -Di un sorbo a mi combinado-. Tengo que dejar atrás mi pasado y algunas costumbres que no me llevaban a buen puerto. He de probar cosas nuevas. Construir nuevas rutinas.

-Ponerte ciega a ron no creo que sea lo mejor -bromeó.

-¡Lo sé! -Le di un manotazo en la espalda-. Me gustaría no caer siempre en los mismos errores. Ahora, que veo todo desde la distancia y con más sosiego, sé que fue una locura montar lo de los pingüinos.

-No te fustigues tanto, niña. Todo es más fácil de ver cuando ha pasado. ¿Fuiste gilipollas al montarte un negocio tan ridículo? ¡Sí! No hay duda y ya lo sabemos. No le des más vueltas.

Miré al horizonte y solté una carcajada.

-No es solo eso. A mis treinta y pocos estoy sin trabajo, sin piso y sin novio. ¡Soy lo peor! Espanto todo lo bueno de mi vida -me lamenté abatida.

-¿Dónde está escrito que a los treinta tenemos que estar casadas, con el trabajo perfecto y con un chalet con piscina? ¡¿Dónde?! -preguntó con cierto inri-. Mimi, por favor, abre los ojos. Tu ex era un cerdo, ¿te gustaría volver con él?

Negué enérgicamente con la cabeza. Sentí una punzada en el estómago solo de imaginarlo. Ya había pasado por aquella tortura y no quería volver a repetir.

-No me refiero a eso -resoplé.

-Sé perfectamente a lo que te refieres, y me alarma. Una mujer moderna no necesita a nadie a su lado para ser feliz. -Ya estaba sacando a relucir a la abogada experta en divorcios que tanto le

gustaba ser-. Eres una chica alucinante, con tus inseguridades y con tus virtudes, pero independiente, segura y muy capaz de hacer lo que te dé la gana.

-¿Has terminado tu discursito? ¿Puedo hablar?

Levantó la mano, dibujó una ligera sonrisa en su rostro y sacudió su melena morena.

-Pasa página.

Me incliné hacia ella y le devolví la sonrisa.

-La he pasado y lo sabes. No quiero volver con Javi. No quiero un chalet con piscina y sí que quiero el trabajo de mis sueños. Pero, te diré una cosa, que tú no busques al amor de tu vida no significa que estés en lo cierto ni que tengas la verdad absoluta. Respeto tu posición y tu bloqueo absoluto al romance. Yo sí que me abro a conocer a alguien que me llene, respete y quiera. Lo que quiero saber es, ¿por qué solo atraigo a capullos?

-Porque todos son unos capullos -respondió con ironía.

Entonces, decidí atacar justo donde se desquebrajaban sus contradicciones respecto al amor.

-¿Incluso el tío que te gusta en tu bufete?

Abrió los ojos como platos y, antes de mostrarse indefensa, me sacó la lengua y soltó una risotada maquiavélica.

-No me hagas reír. ¡Ese es el más capullo de todos!

-Por eso te tiene loca.

-Loca me tenéis tú y tu ridícula obsesión de que todo el mundo encuentre el amor -me recriminó.

Pensé en mis padres y en su felicidad. ¿Qué tenía de malo encontrar a alguien que te complementara? No estaba segura de si la posición tan radical de mi amiga era porque realmente no necesitaba sentirse amada o porque tenía un miedo tremendo a enamorarse y no ser correspondida.

-Nos conocemos desde hace cuatro años y nunca te has embarcado en una relación que durara más de una semana y media.

-Sin embargo, desde que te conocí y cortaste con tu exnovio, tú has estado saliendo con distintos chicos que te han puesto los cuernos, engañado, se han aprovechado de tu buena voluntad... ¿Eso es el amor? ¿Aguantar a cerdos narcisistas? No, gracias. Estoy muy bien soltera.

El camarero nos interrumpió para dejar sobre la mesa dos mojitos más. Nosotras nos sorprendimos y le hicimos saber que no habíamos pedido otra ronda. Él sonrió, señaló a la cuadrilla de viejitos que estaba jugando a las cartas, que en ese momento nos devoraban con la mirada, y nos comunicó que era cortesía de ellos. Saludamos con las manos a los ancianos a modo de agradecimiento y sonreímos.

-¡¿Ves?! Todos son iguales, hasta los que no tienen edad ni para mojar el churro. Solo nos ven como objetos a conquistar.

-Yo los veo encantadores y muy simpáticos. -El gesto de los octogenarios me pareció cortés y no lo vi como algo sexual o de ligoteo.

-Mimi, trabajo divorciando a parejas y te aseguro que ellos no se casan por amor, sino por estar

al lado de una *top model*. Presumen de sus mujeres perfectas y buenorras sin importarles sus sentimientos. Cuando se separan muestran sus verdaderas caras y hay de todo menos amor.

Ya me había contado sus batallitas *ayudando* a disolver matrimonios infelices que se saqueaban mutuamente. En su mundo laboral solo existían el amor interesado, el dinero, las mansiones, los yates, las joyas y los divorcios. No había espacio para el amor sincero, el romance, las declaraciones románticas o los gestos apasionados. Me entraron ganas de irme a vivir con mis padres e impregnarme de su valiosa cursilería.

-¡Me agobias con tus cuentos de terror! -bufé, poniendo los ojos en blanco-. Tienes que dejar tu papel de abogada desencantada con el amor cuando salgas de los juzgados o de tu despacho.

-No son cuentos, ¡es la realidad, niña! ¿Vuelvo a hacer el repaso de tus desastres amorosos?

-Odio cuando te empeñas en querer tener siempre la razón. Ok, lo sé. Soy un horror eligiendo novio... Pero ¿puedes decirme qué tiene de malo, vicioso o retorcido que estos adorables viejecitos nos hayan invitado a unos mojitos?

Uno de los ancianos se levantó de la silla y anduvo hacia donde estábamos.

-Ahora lo sabrás.

El hombre se detuvo delante de nosotras y nos saludó feliz. Parecía un poco nervioso, así que decidí echarle una mano.

-Han sido muy amables al invitarnos a las copas -le comuniqué.

-¿Os han gustado?

Daniela no dijo nada. Observaba la escena como si estuviese viendo una película cuyo final conocía. Solo le faltaban las palomitas.

-Claro, está muy rico.

Él se alegró y se rascó la cabeza.

-¿Cómo funciona? ¿Ahora qué debo hacer? -preguntó.

-¿Perdone?

-Sí. Ya os hemos invitado a las copas, ¿Ahora negociamos el precio y después nos vamos a un rincón de la playa a intimar?

Mi amiga soltó una carcajada que resonó en todo el paseo marítimo. Yo casi me atraganto con la bebida.

-No somos prostitutas -dije seria.

-¿Y por qué habéis aceptado las copas? -quiso saber.

-Pensábamos que era un gesto de amabilidad sin más... -Me encogí de hombros.

-Claro, para que después nos hicierais una paja -aclaró el hombre que cada vez me daba más asco.

-Mire, caballero, ¡que le haga la paja su tía la del pueblo! -exclamó Daniela para que lo escucharan las pocas personas que estaban en la terraza-. Los mojitos se los puede llevar y metérselos por donde le quepan. No necesitamos a nadie que nos invite. Le diré qué debe hacer ahora: ¡o se va a tomar por el culo o llamo a la policía y le denunciaremos por acoso, cerdo y viejo

verde!

¡Casi me emocioné al escuchar las palabras de mi amiga! Reprimí las ganas de levantarme de la silla y aplaudir. El anciano dio un brinco hacia atrás y deshizo sus pasos para regresar con sus amigos, que pronto hicieron un corrillo y protestaron en voz alta.

Después de despachar a aquel impresentable, me miró a los ojos y sonrió.

-Soy tonta -susurré, cruzándome de brazos.

-Deja de protestar y aprende la lección. Solo somos trofeos para los hombres.

## Capítulo 3

### *Trabajo*

-**E**stá contratada -dijo el hombre que me había hecho la entrevista para el puesto de encargada de publicidad del supermercado.

¡Por fin! Un golpe de suerte. Un torrente de adrenalina sacudió mi cuerpo. Era la primera vez que iba a desempeñar un puesto donde podría utilizar los conocimientos que había aprendido los años que estudié Marketing. Sonreí con descaro.

-¿Cuándo comienzo? -quise saber.

-Si no tiene ningún inconveniente, hoy mismo.

Reprimí mis ganas de besar a aquel señor de cuarenta y tantos años, canoso, bajito y con una melena que le sentaba francamente mal. Era como un mini-Tarzán con el pelo blanco.

-¡Claro! -Me recliné en el asiento-. ¿Qué será lo primero que haga? ¿Diseñar una campaña de publicidad? ¿Supervisar los ingresos y dedicar una partida a la visibilidad en redes y medios de comunicación?

Mi superior negó con la cabeza y borró su sonrisa de la cara.

\*\*\*

¡No podía creer cuál iba a ser mi cometido! ¿A eso le llamaban ser la responsable de publicidad? Me despedí de la encantadora idea de programar una estrategia de marketing para aumentar las ventas, de negociar con radios y prensa local para promocionar el negocio... Ese no era mi trabajo. Me senté sobre una silla de ruedas vieja y destartada, apoyé mis codos sobre una mesita y pulsé el botón mientras acercaba mi boca al micrófono: -Queridos clientes, les informamos de que el kilo de cerezas está a dos euros. Son ricas, jugosas y con mucho sabor. ¡No deje pasar nuestra oferta de cerezas! -pronuncié intentado que sonara convincente.

Iba a publicitar productos, pero desde una habitación minúscula y leyendo cada dos minutos las promociones diarias del supermercado. No era lo que esperaba cuando leí la oferta de trabajo. Sin embargo, necesitaba un sueldo. No pude rechazar el puesto cuando me contrataron.

La habitación donde estaba encerrada era espantosa, medía unos agobiantes tres metros cuadrados, las paredes estaban pintadas de blanco descolorido, hacía un calor tropical que rozaba la temperatura idónea para freír huevos y podía contemplar parte del local desde un ventanal. En otras palabras, era un zulo con micrófono y una pequeña ventana.

Después de cuatro horas recitando ofertas y bebiendo agua como una loca para evitar deshidratarme, sentí la necesidad de ir al baño para evacuar todo el líquido que había ingerido. Abrí la puerta, accedí al pasillo de los refrescos y caminé con prisa para ir al aseo. Entonces,

alguien me llamó a mis espaldas.

-Perdone, señorita. ¿Podría indicarme dónde están las verduras frescas? -Su voz me resultaba familiar.

Me di la vuelta para indicarle que no trabajaba colocando productos y que, por lo tanto, no sabía dónde estaba lo que me pedía. Pero al ver el rostro de la persona que me reclamaba, sonreí.

-¡Marín! ¡Eres tú! -exclamé.

-¿Mimi? -Fruunció el ceño-. No sabía que trabajabas aquí.

-Es mi primer día. -Levanté los brazos-. Soy la voz que te informa de las cosas que están rebajadas -resoplé.

-¿Tienes dos trabajos? -Se interesó.

-No, he dejado la agencia de adopción. -Bajé la mirada al suelo.

-Lo lamento. -Me cogió del brazo, ofreciéndome su apoyo.

-No funcionó. La gente está poco concienciada con los pingüinos. Además, los de la franquicia se portaron supermal y he tenido que cerrar el negocio -protesté.

-Oye, ¿qué hago con el pingüino que he adoptado yo? -preguntó con cierta preocupación-. Si ya no estás tú, ¿tengo que seguir pagando la cuota mensual de adopción?

-¡Es largo de contar! ¿Qué te parece si quedamos mañana y nos tomamos algo mientras lo resolvemos? -No podía entretenerme más; estaba en el trabajo y necesitaba mear o explotaría.

-¡Claro! Me encantaría -aseguró.

-Te mando un wasap con la hora y el lugar. Tengo que irme, Marín. Nos vemos mañana.

-Ok, hasta mañana.

Corrí por el pasillo para llegar lo antes posible al baño. Me gustó cruzarme con mi amigo. Necesitaba ver una cara conocida después de pasarme tantas horas en aquel habitáculo diminuto. Nos conocíamos desde hacía cinco años y solíamos quedar todas las semanas para contarnos cómo nos iban las cosas. ¡Era el único hombre con el que podía hablar sin miedo a que intentara ligar conmigo! Me sentía muy a gusto a su lado y teníamos la confianza suficiente para mostrarnos tal cual éramos. Nuestra amistad se había forjado a base de citas, cafés, cervezas, reuniones para criticar a nuestras exparejas, viajes improvisados y una confianza plena. Además, era el único de mis amigos que le caía bien a Daniela.

Llevábamos casi un mes sin vernos debido a todo lo que me había pasado en esas semanas: el cierre de la empresa, la mudanza, la semidepresión en la que por poco me sumo. Encontrármelo en el supermercado fue el recordatorio perfecto para volver a retomar nuestras quedadas. Y un motivo más para no desesperarme en mi nuevo y agobiante trabajo.

Después de salir del baño, seguía con la sensación de agobio en mi vientre. Aquel trabajo me horrorizaba y solo llevaba unas horas desempeñándolo. «Imagina que eres una locutora de radio», me aconsejé a mí misma para no caer en el desánimo. Solté una carcajada al suponer que eso mismo sería lo que me diría Daniela cuando le contara todo.

## Capítulo 4

### Te quiere

-**I**magina que eres una fabulosa locutora de radio que recomienda productos a sus oyentes - pronunció Daniela mientras daba un sorbo a su *gin-tonic*.

Junté las palmas de la mano y reí con ganas.

-¡Sabía que ibas a decirme eso! -exclamé entre risas-. Te conozco mejor de lo que piensas.

Robé su combinado y tomé un trago. ¡Estaba delicioso! Ella me miró con picardía y me lo quitó de las manos.

-Si quieres uno, te lo preparas -me riñó-. O puedes coger un micro y pedírmelo -bromeó, sacándome la lengua.

-No te mofes, que estoy amargada -protesté, y me apoyé sobre la barra americana de la cocina.

-Pues solo llevas un día...

-Largo, tedioso y de lo más triste.

-Mimi, si tanto te desagrada, no sigas.

-¡Sí! Y estoy en tu casa de gorrón... -ironicé, mirando al techo.

-¡No digas sandeces! Sabes que eso no es cierto.

-Lo tomaré como un trabajo puente que me ayuda económicamente hasta que encuentre algo que se acerque más a mis gustos. Mientras tanto, seré la locutora de las ofertas -reí, intentando convencerme a mí misma de que podía aguantar en ese zulo.

Miré el reloj de la pared de la cocina, eran las cinco y media de la tarde y no tenía nada que hacer. Lamenté que mi cita con Marín fuera al día siguiente. Aunque, quizás, si le proponía quedar, estaba disponible para tomar unas cañas y contarnos cómo nos iba la vida.

-Hoy me he topado con Marín en el supermercado -le conté a mi amiga-. Hacía semanas que no nos veíamos.

-¿Qué tal estaba? ¿Sigue tan guapo y colado por ti como siempre? -No se andaba con rodeos.

-¡Qué va! Somos amigos. -Hice un ademán con la mano-. ¿Colado por mí? No le gusto, simplemente nos llevamos genial.

-Porque está enamorado -aseguró.

-¿Acaso piensas que un hombre y una mujer no pueden ser amigos sin que haya una atracción de por medio?

-Claro que sí. -Se puso delante de mí-. Pero él te mira con ojos de pasión. Todo lo que haces le parece bien, se apunta a tus citas sin condiciones, babea por ti... ¡Hasta adoptó un pingüino! ¡No! ¡Un flamenco! Ya no recuerdo qué era.

-Eso lo hizo porque somos buenos amigos -expliqué a la defensiva-. Nos conocemos desde hace tiempo y nunca se ha insinuado. No inventes, que te confundes.

-El día que te des cuenta, será demasiado tarde -susurró.

-¿Para qué?

-Porque conocerá a una chica que lo valore. Él dejará de seguir tus pasos y se enamorará de otra mujer -vaticinó-. ¿No te parece raro que con lo guapo y amable que es no haya tenido novia desde que te conoce?

-Ha salido con otras chicas, pero con ninguna ha durado mucho.

-Porque ninguna eres tú -sentenció.

-Me agobias con tus divagaciones absurdas.

-Resulta ilógico que seas una persona que cree acérrimamente en el amor e incapaz de verlo cuando lo tienes delante de tus ojos.

¡Qué tozuda podía ser cuando se le metía algo en el coco! Llevaba años asegurando que mi mejor amigo quería algo más conmigo que una bonita relación de colegas. Pero nunca sentí que Marín se interesara por mí de la manera que afirmaba Daniela. Me tenía harta con el temita, ¡decidí coger el toro por los cuernos!

-Vamos a quedar con él a tomar unas birras y tú misma te darás cuenta de que te confundes, listilla.

-Eso será digno de presenciar. Después te diré «te lo dije».

-«Te lo dije... ¡soy una bocazas!» -bromeé, imitando su tono de voz.

Saqué el teléfono móvil del bolso, busqué el contacto de Marín en la agenda y lo llamé. Él descolgó al momento, saludó con su «hola, bonita» de siempre y, después de proponerle quedar, acordamos vernos en la terraza del bar Pacífico en una hora. En cuanto colgué, saqué la lengua a mi amiga y le comuniqué que iba a cambiarme de ropa.

-Así me gusta, mi niña -pronunció-. ¡Que te pongas mona para tu príncipe azul!

-¡Vete a la mierda!

\*\*\*

Sesenta minutos más tarde, caminábamos por el paseo marítimo disfrutando de una agradable brisa. Llevaba un vestido verde menta que se adaptaba a mi anatomía con mucho gusto y cubría mis rodillas. Mi melena castaña oscura bailaba con el viento, y unas gafas de sol carísimas de Vogue que me regaló Marín por mi cumpleaños tapaban mis ojos turquesa. ¡Sí! Tenía los ojos de un color espectacular, eran capaces de seducir a cualquiera. Mi amiga iba más informal, llevaba una falda corta y negra de tubo que le quedaba genial con una blusa blanca que realzaba su escote y daba protagonismo a su pelo negro.

A lo lejos, vislumbramos a Marín sentado en la terraza en la que nos habíamos citado, jugueteando con su móvil. El corazón me dio un vuelco al verlo. ¿Por qué? Nunca me había pasado. ¿Serían las tonterías de Daniela que habían calado en mí? O, ¿me emocioné al volver a quedar con él después de tanto tiempo? La verdad era que estaba guapísimo con un *short* tejanos y

una camiseta verde desgastada. Llevaba su pelo castaño alborotado y barba de dos o tres días.

-¡Qué cucos! Vais a juego, en plan selva tropical -susurró Daniela con inri, a medida que nos acercábamos.

-A la selva tropical te voy a mandar como no te calles -protesté en voz baja.

-¡Marín! ¡¿Cómo estás?! -exclamó la abogada haciendo caso omiso a mi amenaza.

Él levantó la vista y sonrió al vernos. Se levantó para regalarnos un beso en cada mejilla. Después, nos sentamos a la mesa y pedimos tres cañas bien frías.

-¡Estáis guapísimas! -espetó risueño-. ¡Sois las chicas más bonitas de toda la isla!

-Y tú el más zalamero -le siguió la broma Daniela-. No creas que acepto cumplidos de cualquiera, pero tú me caes bien. Así que haré un esfuerzo y te crearé -rio con énfasis, dándole una palmadita en el pecho.

Me encantaba el buen rollo que había entre ellos. Eran mis dos mejores amigos y disfrutaba con sus comentarios, bromas y piropos. Había echado en falta nuestras quedadas.

-¿Dónde te has metido todo este tiempo que has estado desaparecido? -le preguntó mi amiga.

-¡Eso es una sorpresa que os contaré más tarde! -Intentó disimular una sonrisa, pero no pudo.

Me picó la curiosidad. ¿A qué se refería? Marín no sabía guardar secretos. Siempre metía la pata cuando se trataba de ocultar información. Era el típico que en un grupo de WhatsApp para preparar una fiesta sorpresa a alguien, agregaba al futuro homenajeado a dicho grupo. O siempre te contaba el final de la película que acababa de ver en el cine, le hubieras acompañado o no. Yo le solía llamar *Mister Spoiler*. Pero en esa ocasión, aguantó como un campeón y no nos dijo nada, dejándonos con una expectativa tremenda.

-¡Uy!, ¡cuánta intriga! -celebró Daniela, acabando su birra de un trago-. Voy a pedir otra, ¿vosotros queréis más?

Apenas habíamos bebido, así que rechazamos su oferta.

-Os va a encantar -adelantó.

-¿Nos das una pista? -le pedí.

Él negó con la cabeza. El camarero sirvió la cerveza a mi amiga.

-Ya sabéis que como empiece a contar algo, no paro y destrozo la sorpresa -reconoció, rascándose la nuca.

-¡Tienes razón! Eres transparente como el agua y casi todos podemos ver lo que sientes... menos Mimi. -El efecto del alcohol comenzaba a brotar en las acusaciones de Daniela.

-No te entiendo. -Marín levantó el entrecejo.

Solté un soplido y, antes de que mi amiga consiguiera que nos sintiéramos más incómodos, decidí intervenir.

-Está convencida de que te gusto -aclaré agotada.

Él casi se atraganta con la cerveza y escupió la poca cantidad que llevaba en la boca. La cara de mi amiga fue un imán cuando Marín la roció con el líquido. Solté una carcajada involuntaria ante la graciosa estampa que acababa de contemplar.

-¡Perdona! -se disculpó, arrepentido por haberla duchado con cebada, agua y saliva.

-No sé si ponerme a gritar o dejarme llevar por el calentón -bromeó Daniela-. Este es el primer contacto íntimo que tengo con un hombre desde hace meses y, aunque no es el que imaginaba, menos es nada.

Estallamos en risas. Le pasé una servilleta de papel a mi amiga para que se secase la cara. Envidiaba su manera de comportarse en según qué ocasiones. Otra persona se hubiese enfadado o disgustado ante tal cosa. Ella decidió reírse y escurrir el bulto. Daniela podía tener mucho carácter, pero era consciente de cuándo tenía que sacarlo. No era el momento de centrar la atención en ella y lo sabía. Pretendía que nuestro amigo confesara sus sentimientos hacia mí. Disparó.

-Después de tu «romántico» gesto -ironizó, terminando de secar su rostro con la servilleta-, ¿podrías responder a Mimi?

-No ha preguntado nada. -Se encogió de hombros.

-Lo ha insinuado -insistió la abogada-. ¿Te gusta?

-¿Qué llevan vuestras birras? Estáis flipando. -Abofeteó el aire con la mano.

-Yo no he dicho nada. -Levanté los brazos, declarándome inocente-. La ocurrencia es mi compi de piso.

-No lo ha negado. Y el que calla, otorga -sentenció.

Hubo un silencio que duró pocos segundos, pero se volvió eterno e incómodo. Marín dio un trago a su bebida y, por fin, dijo algo:

-¿Qué os parece si os enseño ya la sorpresa?

«¡Sí! Por favor», pensé. Estaba loca por cambiar de tema. Aunque ignoraba por qué me fastidiaba tanto. Supuse que me daba rabia darle la razón a mi amiga. ¡Supuse mal!

## Capítulo 5

### *Soy mi propio jefe*

-¿Te has mudado a una caravana? -pregunté perpleja.

Estábamos a escasos metros de la terraza donde habíamos tomados las birras, en mitad del paseo marítimo. Delante de un vehículo de grandes dimensiones aparcado en la acera. No comprendía nada.

-No es una caravana -me corrigió mi amiga-. Es una furgoneta *food truck*. Y, ¡es una preciosidad!

-¿Una qué? -cuestioné, a riesgo de parecer anticuada.

-Un puesto móvil donde voy a cocinar y vender la comida que prepare -explicó Marín ilusionado-. ¡Voy a ser mi propio jefe! Me he despedido para apostar por mi sueño.

-¿Conducir una furgoneta? -susurré sin pensar.

-No, boba. -Pasó su brazo por encima de mi hombro mientras contemplábamos el vehículo.

Una bofetada de calor me golpeó al sentir el contacto de su piel con la mía.

-Ser cocinero y trabajar al lado del mar -aclaró.

-¡Me chifla la idea! -espetó la abogada-. Tú cocinas de fábula, el lugar es ideal y la *furgo* es una fantasía. ¿Qué vas a vender? ¿Cuándo abres? ¿Cómo se te ocurrió? ¿Podemos entrar a verla?

A Daniela se le amontonaban las preguntas. Sin embargo, yo parecía estar en otro lugar. La osadía de Marín al dejar su empleo y saltar al vacío para cumplir su sueño me apabulló. Jamás pensé que fuese tan valiente y loco como para realizar semejante temeridad. No estaba celosa ni sentía envidia. Al contrario, estaba orgullosa de él. Le cogí de la mano y le pedí que nos mostrara su nuevo negocio.

La furgoneta era preciosa, mediría unos tres metros de largo y estaba pintada de azul. Se entusiasmó al ver nuestras caras de asombro. «Esperad un momento», nos pidió mientras accedía por la puerta trasera. A los dos segundos levantó un gran ventanal metálico, que estaba en el lateral y hacía de techo en el exterior. Bajó una chapa que era el mostrador o la barra, donde los clientes se apoyarían para pedir su comida. Nosotras aplaudimos felices.

-Había pensado preparar burritos, hamburguesas y perritos calientes -explicó.

-¡Dame dos de cada! -exclamó Daniela, levantando un par de dedos al aire.

Marín soltó una carcajada y negó con la cabeza.

-Deseché la idea porque todo el mundo cocina lo mismo.

-¿Qué vas a vender? -pregunté intrigada.

-Croquetas. Va a ser un puesto ambulante de croquetas caseras. Las haré de cocido, de bacalao, de setas, de morcilla, de paté...

-¡Joder! Creo que me voy a marear -bufó mi compañera de piso-. ¡Dame dos docenas!

-Y a mí otras dos -añadí.

-¿Os gusta la idea? -Marín mostró una reluciente sonrisa de ilusión-. Las prepararé para tomar o para llevar. Irán en cajitas de seis unidades o de doce. Se podrán mezclar por sabores.

-Se me va a caer la baba. Eres un visionario -le felicitó mi amiga.

-La inauguración es dentro de una semana. Ya tengo todos los permisos y estoy perfilando un par de cosillas. ¿Vendréis?

-Aquí estaremos -aseguré-. Seguro que triunfas.

-Oye, si Mimi te rechaza cuando te atrevas a declararte, pídemelo a mí. Con este puesto de croquetas me has enamorado -bromeó la abogada.

## Capítulo 6

### *Un ejemplo a seguir*

Al día siguiente, caminaba con desánimo hacia el supermercado dispuesta a recitar una y otra vez las ofertas semanales. Las mismas que había anunciado el día anterior y las que diría el posterior. Apenas había conseguido conciliar el sueño aquella noche. La osadía de Marín al dejar su puesto fijo como vendedor en una tienda de moda para dedicarse a cocinar al lado del mar, me fascinó. Por primera vez sentí admiración hacia mi amigo. Siempre me había provocado ternura, cariño, confianza, diversión... pero, después de su hazaña, lo veía diferente. ¡Era un ejemplo a seguir! Protesté en voz baja por tener que conformarme con mi zulo, mi micrófono y el listado de productos en promoción del supermercado. Ya no me consolaba ni la idea de imaginar que era una flamante locutora de radio. ¿A quién quería engañar? No tenía nada de glamuroso. Hasta el sueldo era ridículo, aunque me daba para pagar los gastos y no abusar de la generosidad de Daniela.

Intenté disfrutar de mi paseo y alejarme de esos pensamientos. Tenía que ver mi trabajo como algo temporal y no torturarme más. Durante mi trayecto, al ver quién estaba en la playa haciendo yoga, caí en que estábamos a miércoles y me quité los zapatos para caminar entre la arena. Siempre practicaba sus movimientos al aire libre el mismo día.

-Buenos días, mamá.

-Buenos días, cariño -se sorprendió al verme, y siguió haciendo sus ejercicios-. ¿Te apuntas? Practicar yoga a primera hora me activa todo el día y así puedo estar a la altura cuando me entregue a tu padre.

En la primera frase que soltó ya había contado cosas que no era estrictamente necesario que supiera. Solté una carcajada y negué con la cabeza.

-No puedo. Tengo que ir a trabajar -respondí-. Además, no necesito tanta energía amorosa porque no tengo a quién entregarme.

-¡Pamplinas! ¿Cómo que no tienes a quién entregarte? -preguntó sin apartar la mirada del horizonte-. ¡A ti, cariño! Lo más importante es que te des amor a ti misma.

-Mamá, me chiflan tus reflexiones filosóficas, pero es muy temprano y necesito un café antes de que te pongas tan intensa -bromeé.

Mi madre abandonó la postura del árbol, creo que así se llamaba, y se colocó delante de mí. Me dio un cachete en la cara y asintió.

-¡Me parece perfecto! -exclamó, sonriendo-. Necesito una infusión.

-¿Qué? -Miré la hora en la pantalla del teléfono-. Entro a trabajar en quince minutos.

-¡Hija, qué agobio! Olvídate de las prisas de la vida occidental y vamos a una terraza.

-Vivimos en occidente -protesté-. ¿Cómo voy a olvidarme de los horarios?

-¡Ven! -Asió su brazo al mío e hizo un sonido con la boca simulando el rugir del mar-. Respira hondo, no pienses en nada más, solo hay tranquilidad, aparta las imposiciones y... ¡manda a la mierda los compromisos absurdos!

Sabía que el final de aquella relajante frase sería explosivo, por eso no me asusté cuando espetó su conclusión surrealista. Reí por inercia. Aunque no compartiera su filosofía, me encantaba tenerla como madre.

-Me despedirán -pronuncié con cautela.

-Eso significará que no era tu trabajo ideal.

-Eso te lo puedo asegurar -susurré, soltando un suspiro.

-Hija, no se hable más. ¡Vamos a por esas infusiones con un poco de ron!

Diez minutos más tarde, estábamos sentadas a la mesa de una preciosa terraza, vecina del mar. Todo tenía un fantástico *look* marinero, las sillas de acero estaban pintadas de azul y blanco. Había una maqueta de un barco de madera en medio del lugar, que era el reclamo perfecto para que los turistas se hicieran fotos, y el sonido de las gaviotas invitaba a imaginar que estabas en un puerto pesquero. Mi madre pidió dos infusiones de menta con hielo y un chorrillo de ron.

-¿Qué os pasa a todo el mundo con el alcohol? -pregunté anonadada.

Primero fueron los mojitos de Daniela a la hora de la merienda y después las infusiones con misterio antes de las nueve de la mañana. Si seguía a ese ritmo mi cuerpo sería un cincuenta por ciento agua y un cincuenta por ciento ron. Si sujetaba una sombrilla con las manos parecería un coctel andante.

-Es que el azúcar es muy malo para la salud y un chorrillo de ron le da un toque riquísimo -añadió convencida de su argumento.

Ignoré su comentario y probé aquel brebaje. ¡Ostras! Tenía razón, estaba buenísimo. Si comercializaba aquella bebida podía ser el nuevo cubata por excelencia de la isla. Mi madre se bebió medio vaso de trago.

-Cuéntame, cariño. ¿Ya no te gustan los pingüinos?

-Hace casi un mes que cerré el negocio de adopción -le informé-. Se lo conté a papá por teléfono, ¿no te puso al corriente?

-¡Qué va! Tu padre está muy fogoso últimamente y no piensa en otra cosa que en darme amor a todas horas. Se le habrá olvidado al pobre. Después de tanto ejercicio, quedamos exhaustos.

-Necesitaré otra infusión cargadita para olvidar lo que acabas de decir -aseguré con sarcasmo.

-Yo también quiero otra. -Levantó la voz y las pidió al camarero-. ¿Qué pasó? ¿Por qué cerraste? ¿Ahora dónde trabajas?

-Era un negocio con poco futuro. Nadie adopta pingüinos y aun menos si no los va a tener en casa. Eso de pagar una cuota para darles una vida mejor y proteger su ecosistema es algo inviable -lamenté.

-Pero son tan monos.

-Ahora soy locutora...

-¡Qué maravilla! -celebró alzando su vaso.

-En un supermercado anunciando promociones.

-¡Uy! Eso es... -Mi madre contempló mi cara de amargura y se mostró comprensiva. Sabía que aquel empleo no me emocionaba-. Una opción muy... respetable.

-Es algo temporal hasta que encuentre algo que me guste más -aseguré.

-Cariño, si necesitas dinero solo tienes que pedirlo. Sabes que vamos sobrados con las rentas de los pisos que tenemos alquilados. Te prestamos los tres mil euros para pagar tu deuda cuando estabas en números rojos. Lo que no sabía es que después de sanear tu cuenta bancaria ibas a cerrar el negocio. ¡Da igual! -Movié las manos al aire-. Si tu empleo actual te hace infeliz, despídete y te hacemos un ingreso para que puedas ir tirando hasta que encuentres algo mejor.

-No quiero depender de vosotros. Ya me habéis ayudado bastante.

Me debatía entre permitir que mis padres me prestaran más dinero y dejar mi trabajo o ser constante e intentar ganarme la vida yo sola. Saber que podía contar con ellos era algo que me tranquilizaba, pero no quería que se convirtiese en una excusa para abandonar todo aquello que me incomodara. Tenía que esforzarme. Me mantuve firme, por el momento.

-¡Qué orgullosa estoy de ti! -Me regaló un caluroso abrazo.

Tomé de trago la segunda infusión y contuve un eructo. ¡Estaba más fuerte que la primera! Mi madre hizo lo mismo, pero no evitó soltar el aire por la boca. «¡Que aproveche!», pensé.

-Tengo que irme o me despedirán. -Me levanté, le di un beso en la mejilla y salí disparada.

No quería llegar tarde al trabajo mi segundo día, aunque ya era inevitable. Eran las nueve y cuarto y mi hora de entrada tenía que haber sido a en punto. Mi jefe se puso en medio de la puerta del local, bloqueándome la entrada y con cara de pocos amigos.

-¡Llegas tarde! -me informó con los brazos cruzados.

«¡No me digas!», respondí para mis adentros.

-Disculpe, señor Gómez. No volverá a pasar.

-Ya lo puede afirmar. La próxima vez que cometa un fallo o que se retrase, me verá obligado a echarla. ¿Lo comprende? -Se hizo a un lado para dejarme entrar.

-Por supuesto. -Bajé la mirada al suelo y no justifiqué mi retraso.

Tenía dos opciones: decirle que me había inflado a infusiones con ron gracias a la insistencia de mi madre o inventarme una excusa. Las dos eran una fuente de problemas, así que decidí no abrir la boca. O lo primero que soltaría sería un insulto o una grosería.

## Capítulo 7

### *Impulso*

Después de ocho tediosas horas en aquel trabajo de mierd... ¡perdón! agobiante, comí un sándwich con tomate, lechuga y pavo en la playa y asistí al curso al que me había apuntado para aprender a crear aplicaciones para teléfonos móviles. Al principio, cuando hice la inscripción *online* creí que sería complicado. Pero resultó ser ameno, sencillo e interesante. El profesor explicaba todo de una forma fácil de comprender y con las pautas idóneas para poder usar los conceptos sin problemas.

-Sé que puede resultar apabullante tanta información. Cuanto antes sepáis usar todo esto, antes podréis crear vuestra *app* -matizó.

La sala era pequeña y asistíamos cuatro alumnos. Creo que la escasez de interesados se debía más al horario que al contenido. Era un curso intensivo de siete de la tarde a dos de la mañana. En realidad, no estábamos aprendiendo a crear una *app* desde el principio y con los conocimientos propios de un desarrollador informático, sino a utilizar un programa que creaba aplicaciones para móviles, algo que podíamos hacer con unas nociones básicas, pero siempre dependiendo de dicho programa.

El profesor tendría unos treinta y cinco años, era un hombre atractivo de piel morena y melena rubia. Sus ojos eran de un verde intenso que hipnotizaban a cualquiera que se atreviera a mantenerle la mirada más de dos segundos. Llevaba un pantalón corto de color amarillo y una camiseta azul. El curso era mucho más interesante si él lo impartía. Miraba su boca cuando hablaba y fantaseaba con la loca idea de probarla. Aquel hombre, rudo y sensible al mismo tiempo, emanaba energía sexual sin proponérselo.

-¿Tenéis alguna duda? -preguntó.

«¿Me regalas un besito?», mi pensamiento no puedo ser más cursi.

-Si creamos una aplicación con este programa, ¿es legal? Me refiero a si podemos montar un negocio digital -quiso saber uno de los alumnos.

-¡Claro! Lo he comentado antes -respondió, mostrando su hilera de dientes blancos-. El programa sube vuestra aplicación a las distintas plataformas y la gente la puede descargar. Es legal y segura. De hecho, muchas *apps* que tenéis en vuestros teléfonos están diseñadas con este programa.

-¿De qué nos recomiendas que la hagamos? -disparé, mirándole a los ojos.

-Siempre te voy a aconsejar lo mismo; haz una *app* de lo que a ti te gustaría tener. Si quieres una que te indique el tiempo que hace, hazla. O si te apetece una que te diga los menús de las cafeterías de tu zona, ¡adelante! -Me dedicó una intimidante y radiante sonrisa que casi consiguió

que se evaporaran mis bragas. Miró la hora en su teléfono-. Vamos a hacer un descanso de veinte minutos y continuamos, ¿ok?

Mis tres compañeros salieron a tomar el aire, yo me quedé en mi sitio mientras trasteaba con el móvil y miraba al profesor de reajo. Él se dio cuenta de que lo observaba y se dirigió hacia mí.

-Así que te has apuntado a un curso para crear aplicaciones, sin saber de qué la vas a hacer -intuyó, acercándose peligrosamente.

-Quizás sí que lo sepa, pero no he querido comentarlo porque la idea es muy buena y no quiero que me la roben -vacilé. ¡Sí! Era de ese tipo de personas que cuando tienen delante a alguien que les gusta, se crecen y dan lo mejor de sí. Sin embargo, después me rayaba sobremanera repasando una y otra vez las tonterías que había soltado.

-Chica lista -susurró de una forma muy sexy-. No te andas con rodeos. Eso me gusta.

-¿El qué? -No sabía a qué se refería.

-Que seas tan directa me pone mucho.

¡Joder! Casi me atraganté al escuchar su comentario. ¿Yo era directa? ¡¿Y él!?! Aquel hombre no sabía si yo estaba casada, emparejada o si me gustaban las chicas, pero eso no le impidió soltar su ofensiva. ¡Él sí que fue directo!

-¿Qué vas a hacer después?

-¿A las dos de la mañana? -pregunté sorprendida.

-Sí, ¿tienes plan? -insistió.

-Supongo que me vas a invitar a tomar algo, ¿no?

¡Madre mía! O el efecto de las infusiones con ron aún persistía o su atrevimiento era contagioso.

-Me encantaría. -Sus frases cada vez eran más cortas y eso me excitaba.

-¿A dónde vamos? Dudo mucho que un jueves de madrugada estén abiertos los garitos.

-Podemos ir a mi casa -propuso, mordiéndose el labio.

¿Qué estaba pasando? Un tío atractivo, sensual y culto me estaba tirando los tejos de una forma poco sutil. Nuestra conversación era más básica y caliente que la de una película porno y me estaba gustando. Nadie había mostrado tanto interés en mí sin apenas conocerme, pero el cortejo actual ya no consistía en una conversación inteligente, tomar dos copas y lanzarnos miraditas. No. En la época de las prisas, todo se basaba en pronunciar unas frases picantes y a la cama. Eso era lo que imperaba; vivir el momento o, como yo lo calificaba con sarcasmo, follar al momento. Siempre había criticado esa actitud porque me parecía simple y de primates, aunque quizás me desagradara tanto porque, hasta ese momento, no había sido participe de ninguna.

-Creo que te has confundido conmigo. No soy ese tipo de chicas.

No cabía ni la menor duda; nos iban a dar el premio al mejor guion de película X.

-¿De cuáles?

-De las que se acuestan con alguien que acaban de conocer y no saben ni cómo se llaman.

-Yo me llamo Héctor, ¿y tú?

-Mimi.

\*\*\*

-¡Mimi! ¡Mimi! Eres una guerrera amazona, eres Afrodita, eres increíble... ¡Mimi! No puedo más. ¡Mimi, me voy! ¡Me voy, Mimi! -exclamó el atractivo profesor, desnudo sobre mi cuerpo, antes de llegar al clímax.

Se dejó caer a mi lado, jadeando y orgulloso de su entrega. Yo había disfrutado de tres placenteros orgasmos antes de que él «se fuera». Desde nuestra acalorada charla en el descanso, había sido incapaz de pensar en otra cosa que no fuese en nuestro encuentro sexual.

Al finalizar el curso, fuimos en moto hasta su casa. ¡Imposible que la situación fuese más morbosa! Tomamos un par de *gin-tonics* mientras nos devorábamos con prisa. Me desnudó apresuradamente, roció bebida sobre mis pechos y la bebió con pasión. Aquel hombre era un semental. Hacía tiempo que no gozaba tanto haciendo el amor. Nos lo montamos encima de la encimera de su cocina, en el sofá del salón y en la monumental cama de su dormitorio. Casi dos horas de sexo pasional, sin compromiso y con el único fin de deleitarnos de placer. ¡Fue mítico! Nunca me había dejado llevar y esa noche comprobé las ventajas de hacerle caso a mi instinto. Lo miré con deseo y solté una carcajada.

-¿Quieres más? -preguntó agotado-. Estoy acostumbrado a sesiones maratónicas de sexo, pero necesito coger fuerzas -dijo entre risas.

-No. Creo que por hoy ha sido suficiente.

-¿Por hoy? -Levantó el entrecejo-. ¿Eso significa que repetiremos?

-¿Bromeas? Eres el mejor amante que he tenido nunca, ¡estaría loca si te rechazo! -Me arrepentí de mi exceso de sinceridad. Aunque él me había llamado «guerrera amazona» y «afrodita», así que mi cumplido quizás no fue tan exagerado.

Héctor se echó a reír y me dio un beso.

-El mérito no es solo mío, ¡tú me pones mucho! -respondió. Dio un brinco y se levantó de la cama-. Voy a darme una ducha para refrescarme. ¿Te quedas a dormir?

-Solo si me preparas el desayuno cuando nos despertemos. -¡Bien jugado! Tenía que hacerme respetar y no parecer desesperada.

Se dio la vuelta y regresó a mi lado.

-Dalo por hecho.

## Capítulo 8

### *Un poco de azúcar*

Al final fui yo la que preparó el desayuno. Me levanté a las siete de la mañana. Teniendo en cuenta que conseguí cerrar los ojos pasadas las cinco, había dormido menos de dos horas. No tenía sueño. El subidón de conocer a Héctor y nuestro encuentro sexual me tenían alborotada. Sentí la necesidad de hacer algo que me mantuviese ocupada para evitar despertar a mi nuevo amante y repetir lo de la noche anterior. Estaba tan guapo desnudo entre las sábanas y dormía tan a gusto que no quise molestarlo.

Después de asearme en el baño, trasteé por su cocina. Abrí la nevera y bebí agua. Corté un poco de fruta, hice café, tostadas y lo serví sobre la encimera, que habíamos mancillado hacía unas horas.

-Qué buena pinta tiene todo -Héctor me sorprendió al susurrarme al oído y abrazarme por la espalda.

-Espero que no te haya molestado que tocara tus cosas para preparar el desayuno.

Me dio la vuelta para besarme con pasión. Aspiré de su aroma, que tenía un cierto dulzor y encendía cada poro de mi piel. Pasé mis manos por su cintura. ¡Qué atractivo estaba hasta recién levantado!

-En absoluto. Es un gesto muy bonito. Ahora tendrás que quedarte a dormir otra noche para preparártelo yo a ti. Habíamos quedado en eso, ¿recuerdas?

-Me parece justo -reí.

Separamos nuestros cuerpos antes de que reclamaran tocarse sin ropa. No podía liarme y llegar tarde al trabajo de nuevo. Comencé a explicarle todo lo que había preparado: el café, las tostadas, la fruta... cuando bajé la mirada a su entrepierna y observé su erección debajo del pantalón. Él me miró con picardía, se mordió el labio y se abalanzó sobre mí.

-Sé que es una falta de respeto no probar tu menú, pero ¿qué te parece si follamos como animales y después desayunamos para coger fuerzas?

¡Joder! ¿Quién podía resistirse a semejante oferta? ¡Era mejor que las que recitaba en mi curro! Creo que el sujetador se me desabrochó de golpe por la emoción. Me sujetó del culo y me alzó hasta la encimera para quitarme las bragas. Bajé su pantaloncito del pijama con los pies, dejando al aire su miembro viril.

-Eres tan sexy... -me piropeó en voz baja.

Hicimos el amor durante una hora. Aquel portento de la naturaleza se tomaba las cosas sin prisas. Y cuando te están dando placer, que se empleen a fondo es algo que una agradece. Cuando

terminamos por poco me mareo de gusto. Se notaba que era un hombre experimentado en la cama y que sabía perfectamente lo que hacía. Me di una ducha rápida, probé dos o tres trozos de fruta y tomé un café con leche. Me vestí, cogí mi bolso y, al mirar la hora en la pantalla del teléfono, casi me da un infarto. Eran las nueve y media. Llegaba tarde otra vez y la excusa era inconfesable: «perdone, señor Gómez. Hacía tiempo que nadie me hacía sentir como una guerrera amazona y, entre orgasmo y orgasmo, he perdido la noción del tiempo». Ya me veía recogiendo mis bártulos y de patitas en la calle.

Héctor me acercó al supermercado en su moto al contarle lo que pasaba. Se portó como un caballero e intentó que llegara lo antes posible. Antes de despedirnos, nos dimos un apasionado beso y quedamos en vernos por la noche. Me tenía embobada. Era guapo, atento, amable y un amante de diez. Contemplé cómo se alejaba montado en su vehículo y solté un suspiro.

Me detuve delante de las puertas correderas del supermercado, preparándome para lo peor. El mini-Tarzán no pasaría por alto mi retraso, se volvería más loco que el enanito Gruñón y me despediría. ¿Cómo podía haber sido tan irresponsable al retrasarme otra vez? Sabía la respuesta a aquella pregunta: porque aquel trabajo me importaba un bledo. Me hacía infeliz y lo destetaba. Tal vez lo mejor fuera que me echaran.

La puerta corredera se abrió y entré con seguridad. A los pocos metros, me topé con el señor Gómez, que me saludó sonriendo.

-Buenos días, Mimi. ¿No puedes vivir sin nosotros?

-¿Qué? -pregunté.

-Es una broma, chiquilla. No pensaba verte por aquí en tu día libre y, aún menos tan temprano.

Si llegáis a verme la cara de gilipollas que se me quedó al escuchar que era mi día libre, aún os estaríais riendo de mí. No lo recordaba. Después de la noche tan movidita que había pasado con Héctor, me olvidé de todo. Hasta de que no tenía que ir al curro, pero fui. Pasada la vergüenza interior, sentí una sensación de alivio inmensa.

-¡¿No me digas que no te acordabas?! -espetó al ver que no reaccionaba-. Te toca trabajar el sábado, así que hoy guardas fiesta.

-Ya, ya -pronuncié al fin-. ¿Cómo no me voy a acordar? He venido a comprar -mentí.

-¿Y qué te hace tanta falta que has venido a primera hora?

-Un poco de azúcar.

-¿Azúcar? -repitió.

-Sí, para el café.

-El azúcar es malísimo. Yo endulzo el café con whisky o con ron -confesó como si su opción fuese mucho más saludable.

-¿Sabes qué? Te voy a hacer caso -le dije, sonriendo.

-¿Ah, sí?

-¡Claro! Ya no quiero azúcar. Me voy a llevar una botella de ron, una bolsa de hielo y unas infusiones.

¡Tenía el día libre! Y muchos orgasmos que celebrar.

## Capítulo 9

### *Es un delito*

A las dos de la tarde, íbamos por nuestra décima ronda de infusiones con hielo y ron. Daniela había salido temprano de un juicio y cuando llegó a casa, mi madre y yo habíamos preparado algo para comer. Mi amiga se sumó al banquete de ensalada y pavo a la plancha, además de participar en una interesante conversación sobre mi nuevo ligue. La sobremesa prescindió del típico café con pastas y fuimos directas a nuestras infusiones con misterio.

-Entonces, para que me quede claro, fuiste a un curso intensivo y resulta que el intenso fue el profesor, ¡pero en la cama! -exclamó la abogada.

-En la cama, en la cocina, en el sofá... -maticé con picardía.

-Hija mía, eso es debido a las infusiones que tomamos. Renueva tu energía sexual y la potencia. Por eso tu padre es tan ardiente -aclaró mi madre, dando un generoso trago a su vaso.

-Entonces que no las pruebe Héctor porque me funde -bromeé.

-¡Claro, claro! -Mi amiga levantó las manos-. ¡Dadme envidia! Apenas recuerdo cuándo fue la última vez que hice el amor.

-Seguro que es esta noche -garantizó mi madre-. Gracias al afrodisiaco efecto de lo que estás tomando.

-Olvídalo, Carmen. Lo mío no tiene remedio. No es que no quiera poner en práctica tus *yogapolvazos*. Es que no encuentro al tipo dispuesto a hacerse un dueto sin soltarme milongas sobre su vida -se quejó con sarcasmo.

-No digas eso, cariño. -Mi madre se levantó del sofá y agarró con suavidad a Daniela por el mentón-. Eres una chica dulce, simpática y preciosa. ¡Puedes enamorar a quien quieras!

Mi amiga soltó una carcajada forzada.

-Tengo que corregirte: ya no soy una niña, tengo treinta y siete años. Tampoco me considero dulce ni simpática. Es más, creo que soy un poco agría.

-Coincido contigo -la apoyé-. Aunque sí que eres muy guapa y, con quien te apetece, tu actitud es amable.

-Solo con quien me cae bien -se defendió, encogiéndose de hombros-. Pero es que me pongo a echar cuentas y me sobran dedos -reconoció.

-Me encanta ser parte de este pequeño grupo de personas que soportas y tratas con mimo. Es divertidísimo estar a tu lado y me siento muy tranquila al saber que mi hija es tu mejor amiga. ¡La cuidas y la proteges como si fuera tu hermana pequeña! -Ya le estaba subiendo el alcohol a mi madre y comenzaba su trance hacia la excesiva sinceridad y cursilería.

-Carmen, por favor, no bebas más. Te pones de lo más ñoña cuando vas borracha. -Daniela puso los ojos en blanco-. Además, nos estamos desviando del tema a tratar. ¿Cómo es Héctor en la cama?

-Como un equipo de fútbol al completo -aseguré con determinación.

-¡Madre mía! -Mi progenitora abrió los ojos como platos.

-Es generoso, potente, atento, sabe dónde tiene que tocar y qué debe hacer... -resoplé acalorada al recordar nuestros momentos de pasión.

-Eres una exagerada -vaciló la abogada.

-En absoluto. Hasta el momento, todo chico con el que me había acostado solo se preocupaba de satisfacer sus necesidades y nada más. Con el profe he descubierto un nuevo mundo de placer y sensaciones.

-¡Joder, parece un eslogan de un anuncio de compresas! -bromeó Daniela.

-¡Eso es muy machista, jovencita! -la reprendió mi madre. Después, se dirigió hacia mí-: Celebro que por fin hayas encontrado a alguien que te trate como te mereces en la cama. ¿Qué opina Marín sobre tu nueva conquista?

Cambié mi gesto de satisfacción por uno de incompreensión. ¿Marín? ¿Qué pintaba él en esta conversación? Y, ¿por qué debía tener en cuenta su opinión?

-¿Perdona?

-Sí, cariño. Marín fue tu novio, ¿no? Y os seguís llevando bien. ¿Cómo se ha tomado que hayas rehecho tu vida con otro hombre? -Se quedó tan fresca al soltar semejante frase.

-Mamá, te confundes. Marín y yo nunca hemos salido y no he rehecho mi vida con nadie. Héctor no es mi novio, es un rollo -aclaré anonadada.

Daniela se echó a reír con ganas. Su carcajada malintencionada me sentó como una patada en el estómago.

-Pensaba que habías tenido un idilio, ¡hacéis tan buena pareja que casi es un delito que no intentarais tener algo serio! Además, él está loco por ti.

-Eso mismo le dije yo -añadió mi amiga, dándome un codazo en el brazo.

-¡Somos amigos! -exclamé, dando un salto para ponerme de pie-. Solo amigos. Hace un par de noches le preguntamos si sentía algo por mí y lo negó.

-No lo negó, simplemente se calló -matizó la abogada, cruzándose de brazos-. Estoy empezando a sospechar que tú también sientes algo por él y eres incapaz de reconocerlo. -De repente, abrió los ojos como platos y sonrió-. O, quizás, estás tan absorta en tus pensamientos que no lo sabes aún.

-¿El qué? -Me arrepentí de formular aquella pregunta.

-Que te gusta -respondió.

-¡Sí! Eso es... Nunca aciertas en tus decisiones porque no sabes escucharte a ti misma. Como la idiotez de montar la agencia de pingüinos. -Mi madre apoyó a mi amiga.

-Os estoy cogiendo un asco ahora mismo... -susurré al borde de un ataque de nervios.

-Vives pensando en lo que espera la gente de ti, pero no en lo que tú quieres en realidad. ¡Carmen tiene razón! No eres gilipollas, sino una persona que no sabe lo que quiere porque lo único que pretende es formar parte de una sociedad que la ignora -explicó Daniela, dejándome completamente desnuda.

Comenzaba a dudar si las infusiones con ron, además de estar riquísimas, otorgaban cualidades potenciadoras como la de ser más sexual o más inteligente. Lo que acababa de pronunciar mi amiga era digno de años y años de terapia psicológica y ella había llegado a aquella conclusión gracias a unas cuantas hierbas, hielo y ron... o a que me conocía como a la palma de su mano y el alcohol la animaba a decir todo lo que pensaba sin ningún filtro.

-¡Joder! ¡Sois unas visionarias! -A mí también me hizo efecto el exceso de ron-. No soy gilipollas, solo sumisa -celebré.

-Cariño, eso es increíble -festejó mi madre-. Ahora que ya sabes qué era lo que te impedía ser feliz, ¡ve a por tus sueños!

-Quiero dejar mi trabajo y montarme algo por mi cuenta, sin pingüinos.

-¿Qué más?

-¡Hacer el amor todas las noches con Héctor!

## Capítulo 10

### *La inauguración*

**D**urante el resto de la semana y lo que llevaba de la siguiente, me hice caso a mí misma. Pasé todas las noches en casa de Héctor, disfrutando de su compañía y de un sexo salvaje y pasional. Lo de despedirme de mi agobiante trabajo no iba tan bien, aún no me había atrevido a dar el paso. ¿Cómo lo hacía si no tenía un respaldo económico u otro empleo? No pretendía depender del dinero de mis padres ni abusar de la generosidad de mi amiga. Busqué en internet ofertas de trabajo, pero ninguna superaba en sueldo ni en motivación al que tenía en ese momento. Pensé que lo mejor sería quedarme en mi zulo.

Estaba en mi dormitorio, arreglándome para asistir a la inauguración del negocio de Marín; aquella noche celebraba la apertura de su *food truck* y nos había invitado para acompañarle en un momento tan importante. Me puse un vestido corto turquesa, a juego con mis ojos y unas sandalias amarillas que me encantaban. El pelo lo dejé suelto y decidí no llevar pendientes, ni collares ni pulseras. Quería ir cien por cien natural, ¡como sus croquetas! Además, mi autoestima estaba por las nubes gracias a mi intensa y recién estrenada vida sexual. Héctor era un amante insaciable y sabía hacerme sentir la mujer más deseada del mundo. Nos veíamos todos los días de la semana, salvo alguna noche que estaba ocupado quedando con amigos y organizando fiestas privadas. No sabía muy bien a qué se refería, pero a mí no me importaba. Necesitaba alguna noche para descansar y reponerme de tanto ejercicio. Como llevábamos poco tiempo viéndonos, no quise preguntarle para no parecer posesiva. Supuse que se trataba de reuniones con colegas donde jugaban a las cartas mientras hablaban de chicas. ¿No es eso lo que hacen los tíos cuando no estamos nosotras?

Daniela me avisó desde el salón de que teníamos que salir ya o llegaríamos tarde. Eché un último vistazo al espejo y me vi estupenda. ¡Qué bien sentaba escucharse a una misma! Desde que me hacía caso, acertaba en todas mis decisiones. Mi amiga se asomó a la puerta.

-¿A qué hora viene tu galán? -preguntó con picardía.

-Hemos quedado en el puesto de Marín. Sale ahora de trabajar y le va mejor acercarse a la furgoneta que pasar a recogernos -aclaré risueña.

Estaba un poco nerviosa porque esa noche se lo iba a presentar a mis amigos. Aunque aún no habíamos formalizado nuestra relación, me hacía ilusión que lo conocieran. Seguro que hacía buenas migas con Marín, pero con la abogada ¡cualquiera sabía! Di una vuelta sobre mí misma, esperando la aprobación de Daniela. Asintió con la cara, le devolví el cumplido, porque estaba impresionante con un pantalón corto y una blusa amarilla, y salimos de casa.

Decidimos ir caminando hasta el lugar del evento. Estábamos cerca y la noche era perfecta para pasear escuchando el mar de fondo.

-¿Qué tal el curro? -le pregunté.

-Normal... quizás me pida una excedencia -comentó.

Me detuve en seco y la cogí por los hombros.

-¿Va todo bien?

-Sí, pero me apetece descansar. Son muchos años seguidos de pleitos, juicios y desamores laborales. Quiero cambiar de aires.

Me sorprendió que se atreviera siquiera a plantearse modificar su estilo de vida y quise pensar que yo tenía algo que ver. Tal vez, mis locuras la habían animado a ver las cosas de otro modo.

-Marín ha sido muy valiente al despedirse y lanzarse a la aventura...

Mi alegría fue efímera, nuestro amigo era el ejemplo a seguir.

-Y tú siempre estás probando cosas nuevas. Me toca a mí, ¿no crees?

La cogí del brazo y di un saltito de emoción. Inspiraba a mi amiga y eso me hacía inmensamente feliz.

-Hagas lo que hagas, será un acierto -dije convencida.

Cuando llegamos a la inauguración, la furgoneta estaba rodeada de una horda de gente que probaba croquetas, bebía refrescos y comentaba lo rico que estaba todo. Se escuchaba música de fondo, el atardecer se vislumbraba en el horizonte y el olor a comida recién hecha invitaba a zamparte los aperitivos que estaban sobre la barra del vehículo. Nosotras ya habíamos probado las delicias que preparaba Marín porque nos hizo una cata dos días antes para saber nuestra opinión. Eran crujientes cuando las mordías y cremosas al deshacerse en tu boca, rebosantes de sabor. Se me hacía la boca agua al recordarlo. Buscamos al anfitrión. Entramos en el interior de la furgoneta, por la puerta trasera, pero solo estaban su primo y un amigo. Sabíamos que era el hombre del momento y no sería tarea sencilla dar con él.

Salimos de nuevo, nos mezclamos entre los asistentes y, al cabo de un rato, vimos a Marín. Estaba conversando con un grupo de gente, reía y se mostraba elocuente. Nos acercamos con cautela. Contuve la respiración, como para darle más emoción al momento, y le di unos golpecitos en el hombro. Nuestro amigo se dio la vuelta, dibujó una radiante sonrisa al vernos y nos abrazó a ambas. Me sentí muy a gusto entre sus brazos, aunque compartiera el gesto con Daniela. Una descarga de energía recorrió mi cuerpo, consiguiendo intimidarme ante Marín.

-¡Felicidades! -exclamó la abogada-. ¡Menuda fiesta has montado!

-¿Os gusta? -preguntó emocionado.

-¡Claro! Es fantástica -respondí con energía-. Está toda la isla aquí.

-Es increíble ver como mi sueño se hace realidad -aclaró, moviendo sensualmente su mentón-. Estaba cardiaco hace unos minutos, pero ahora que habéis llegado me siento mucho más tranquilo.

¡Si es que era como para comérselo! Siempre tan atento, gentil y detallista. Pasé mi mano por su pelo y lo alboroté.

-No nos la perderíamos por nada del mundo -añadí-. Además, estoy como loca por probar de nuevo tus croquetas.

-¡Y yo! -exclamó Daniela-. Me voy a hinchar a comer.

-Serviros vosotras mismas. Hay bandejas con un montón de todos los sabores -nos informó.

-¿Dónde están las de morcilla? -se interesó mi amiga.

-Lo siento, mi niña. Se han acabado -dijo serio. Al cabo de unos segundos, no pudo contener una carcajada-. ¡Es broma! Están en la barra.

-Joder, Marín. No vuelvas a hacer eso. Casi me da un infarto -le siguió la guasa.

-No se bromea con la comida -le reprendí entre risas.

-Lo sé. Necesitaba soltar tensión. -Sacudió su cuerpo-. Para compensártelo te voy a regalar una caja de croquetas de morcilla.

Daniela dio saltitos de felicidad al escuchar a Marín e, instintivamente, lo abrazó de nuevo.

-Tú sí que sabes cómo hacer feliz a una mujer -le susurró.

-¿Con una buena morcilla? -seguí jugando.

Los tres estallamos en risas. Me encantaba la complicidad que teníamos y cómo nos reíamos de todo. Nuestro amigo estaba más relajado. Disfrutaba de su evento. Sonreí por inercia al verlo tan feliz. Entonces, una rubia despampanante se acercó a él y le cogió por los hombros.

-¡Te necesito! -soltó la desconocida.

¡Joder! ¡Qué poco sutil fue la rubia de bote! La chica era exuberante: alta, de piel oscura, ojos marrones, melena larga y amarilla y, por lo visto, muy directa. Daniela y yo nos quedamos perplejas ante su afirmación. «Te necesito». No se andaba con rodeos y lo devoraba con la mirada como si fuese una de sus suculentas y deliciosas croquetas.

-Claro, ¿qué pasa? -preguntó sin sentirse incómodo. Por lo tanto, se conocían.

-Han venido unos clientes de un restaurante cercano y les están encantado tus croquetas. Quieren negociar contigo porque le interesa hacerte un pedido diario -explicó sin soltar sus manazas de él.

-¿En serio? ¡Eres la mejor! -Marín se mostró asombrosamente efusivo y la abrazó.

Daniela hizo un ruido con la boca para recordar a nuestro amigo que aún seguíamos allí e ignorábamos qué estaba sucediendo y quién era aquella belleza. Marín se giró hacia nosotras y cogió de la mano a la joven.

-Daniela y Mimi, disculpadme. Os presento a Becky, trabaja suministrando productos de primera calidad y alimentación a restaurantes y bares de la isla -aclaró.

-En otras palabras, es comercial de hostelería -añadió Daniela con inri.

Me encantó que mi amiga lanzara aquel comentario envenenado. La rubia me hacía sentir poca cosa con solo tenerla al lado y el revés de Daniela fue justo lo que necesitaba para no venirme abajo.

-No es solo eso. Becky me ha ayudado muchísimo a la hora de escoger los productos para preparar mis croquetas. Sabe perfectamente cómo combinar los sabores para que el paladar disfrute. ¡No sé qué habría hecho sin ella! -Seguían abrazados y la sangre comenzaba a hervirme.

-¡Cualquiera diría que ha sido finalista de *MasterChef*! -bufé con sorna.

-¿Te gusta el programa? -preguntó Becky, dándome un simpático manotazo en el brazo-. Jamás pensé que llegara a la final. Había mucha competencia en la última edición.

¿Por qué abrí la boca? De todos los comentarios irónicos para intentar humillarla, tuve que escoger el que era verídico. ¡La insoportable había participado en *MasterChef*, quedando finalista! ¡Bravo! Tenía que dejar estas cosas para Daniela. Mi ego se fue a tomar por saco. La chica que cogía a Marín de la mano, no solo era preciosa, sino que se le daba de maravilla la cocina y, además, era famosa. Sin embargo, yo me dedicaba a algo que detestaba. Solté un suspiro de desesperación que mi amiga descifró en cuestión de décimas de segundo.

-No vemos mucho la tele, somos más de leer -acuchilló la abogada a degüello.

Un silencio incómodo imperó durante un instante hasta que Marín levantó en entrecejo y dijo:

-¿Dónde están esos clientes? Vamos a venderles una ración diaria de croquetas para su restaurante.

-¡Claro! -exclamó Becky, mostrando su perfecta hilera de dientes-. Ha sido un placer conocerlos, Manuela y Mona.

-Daniela y Mimi -la corregí.

-Eso he dicho, ¿no? -Se hizo la inocente y posó la mano en el pecho-. ¡Qué despistada soy! Tendré que leer más para recordar mejor los nombres ajenos.

-No te preocupes. Seguramente no los habrás memorizado porque no salimos en la tele. -Daniela le devolvió la bravuconada.

-Nos reclaman -interrumpió nuestro amigo antes de que se liaran a tortas.

La rubia y Marín se perdieron entre los asistentes. La abogada soltó un bufido.

-No puedo con las niñas que van de superestrellas -protestó-. Esta pectorra se cree Alberto Chicote. No me como de esta ni un huevo frito. Espabila, Mimi, que la *Barbie* Cocinillas es capaz de meterse intravenoso el recetario croquetil de Marín para impresionarlo.

-Nos ha chuleado de lo lindo. -Me crucé de brazos-. ¡Qué falta de respeto al cambiarnos los nombres! No ha tenido ni el detalle de darnos dos besos o estrecharnos la mano.

-¿Y qué me dices de tu ataque de celos? -añadió, cortándome el rollo.

Casi me atraganto con mi propia saliva. ¡No estaba celosa! Solo me sentía incómoda delante de esa tipa. Nos pasa a muchas personas cuando estamos al lado de alguien que reclama todas las miradas y te vuelve invisible. Si de alguien estaba celosa era de Becky por lo hermosa que era la jodida.

-¿Qué dices? -La miré de reojo.

-Te has puesto nerviosísima al ver que esa niña tan guapa abrazaba a Marín. A tu Marín. Porque estás enamorada de él.

-¡Eres muy pesada con el temita! No quiero discutir más sobre este asunto; somos amigos. Además, yo ya tengo un novio sexy y guapo que me hace vibrar el corazón cada vez que lo veo.

-¡Pero qué hortera que eres! -gruñó.

-Por cierto, ahí está. -Señalé hacia la carretera.

Héctor acababa de aparcar su moto, no me preguntéis qué marca o modelo era porque no tengo ni idea, solo os puedo decir que era enorme y de color negro. Mi chico estaba espectacular con un vaquero ajustado, que abrazaba su culo de infarto, y una camiseta blanca de manga corta. Se quitó el casco y sacudió su melena para acomodarse el pelo. En ese instante, sentí un miniorgasmo y sé que Daniela también.

-Dime que hacéis tríos y me apunto. Somos amigas y nos hemos visto desnudas un millón de veces, no creo que resulte incómodo -bromeó.

Le había mostrado unas cuantas fotografías de él, pero Héctor era de esos hombres que ganaban en persona.

-Soy monógama, lo sabes -susurré mientras observaba cómo se dirigía hacia nosotras.

-No tienes por qué participar entonces. Te vas a dar una vuelta y yo me apaño con él. La propuesta del trío era solo una formalidad -apuntó entre risas.

Héctor se detuvo delante de mí y me rodeó con sus brazos por la cintura antes de darme un apasionado beso. ¿Dónde estaba la rubia de bote? A ver si me vacilaba al lado de semejante macho ibérico. Mi corazón no vibró tal y como había asegurado a mi amiga, pero me encantaba estar con él. Le presenté a Daniela.

-¡Tenía ganas de conocerte! -exclamó-. Mimi me ha hablado mucho de ti.

-Espero que todo lo que te haya dicho sea bueno. -Rio. Sabía cómo ganarse la simpatía de los hombres. Entre sus virtudes de abogada, la que más destacaba era el carisma, que solo lo sacaba a pasear cuando a ella le apetecía.

-¡Eres su ídolo! Solo tengo referencias positivas -aseguró.

-Me caes bien, Héctor.

\*\*\*

Una hora después, la gente fue abandonando el lugar y, poco a poco, fuimos quedando los íntimos y Becky, que decidió acompañarnos en la recena. Marín preparó una mesa plegable de metal, que colocó delante del vehículo, y sirvió bebida y comida. Nos sentamos a la mesa Daniela, Marín, Becky, Héctor y yo.

-Estoy agotado -confesó nuestro amigo-. Hoy voy a dormir de tirón.

-No es para menos. Esta fiesta va a sonar durante días. Ha sido una publicidad buenísima -aseguró la rubia, que pasó su mano por la espalda de Marín.

-¡Todo estaba muy rico! -celebró la abogada-. ¿Cómo te sientes? ¿Estás contento?

¡Qué mujer! Siempre tenía la pregunta adecuada.

-Sí, estoy orgulloso -sonrió con descaro.

-Y nosotras de ti -añadí, cogiéndole de la mano.

-¡Y yo! -exclamó Héctor-. No nos conocemos, pero a mí ya me has ganado con tus croquetas. -Le cucó un ojo.

Reímos gracias al comentario de mi chico. De repente, Marín borró su sonrisa al verme tan

acaramelada con Héctor, pero disimuló al percatarse que lo estaba mirando y forzó una curva en su boca. En ese instante, mi corazón sí que dio un vuelco. Como si Cupido disparara con una de sus flechas directa a mi órgano vital. ¡Las tonterías de mi madre y mi amiga me estaban pasando factura!

Marín miró el reloj y se puso de pie.

-Son las dos de la mañana -nos informó-. Creo que ya va siendo hora de recoger e irse a casa.

-Claro, te ayudamos -me ofrecí.

-Es lo más justo después del festín que nos has servido -me apoyó Héctor.

-No hace falta. -Hizo un ademán con la mano-. Voy a quedarme un rato en la furgoneta a ordenar cosas y preparar todo para mañana.

-De aquí a unos días te veo instalando una cama en la parte de atrás -bromeó la abogada.

-No sería mala idea -rio.

-A mí me parece muy morbosos -apuntó Becky, sonriendo.

«Nadie te ha preguntado, guapa», pensé, y evité decirlo en voz alta. Ya habíamos comenzado con mal pie. No era cuestión de empeorar las cosas.

-¡Qué morbo! Grasa y olor a fritanga. -Ya respondió Daniela por mí. ¡Bravo!

-Sudor y hormonas masculinas -puntualizó altiva.

Decidimos ignorar su comentario y nos despedimos. Mi amiga se fue a nuestro piso, Marín a la furgoneta, Becky no tenía ni idea y yo me monté en la moto de mi semental dispuesta a pasar una noche movidita. Aunque aquel momento fue la primera vez desde hacía días que no me escuché. No quería irme a casa de Héctor. Lo que realmente me apetecía era quedarme con Marín y ayudarle a recoger todo en su increíble furgoneta. Eso era lo que anhelaba y no me atreví a hacer.

## Capítulo 11

### *A la calle*

El cuarto donde trabajaba me parecía más pequeño y claustrofóbico que nunca. Llevaba dos horas repitiendo las mismas ofertas, accionado el botoncito y pegando mis labios al micrófono negro para informar a los «queridos clientes» que los aguacates estaban rebajados o que los yogures tenían un cincuenta por ciento de descuento. ¡Claro, estaban a punto de caducar! Eso no me dejaban anunciarlo. Sonaba mejor decir «queridos clientes, no dejen pasar el gran descuento de hasta el cincuenta por ciento en una selección deliciosa de lácteos, ¡son el mejor postre!» que vomitar la verdad y recitar «si le gustan los yogures fermentados y con el que puedan fabricar su propio queso, ¡están de enhorabuena! Tenemos los que van a rebasar su fecha límite de consumo al cincuenta por ciento». Vibró mi teléfono en el bolsillo del pantalón. No me estaba permitido responder llamadas, pero como nunca entraba nadie en mi zulo, decidí descolgar.

-Buenos días, bombón -saludé a mi amiga.

-No me llames así -bufó-. ¿Qué haces?

-Estoy en el trabajo... ¿Y tú?

-Saliendo de un juicio. Tengo la mañana libre y quería saber si te apetecía quedar a tomar algo y comentar lo de anoche.

-No puedo. Salgo a las cuatro. -Entonces, caí en lo que había dicho-. ¿En lo de anoche?

-Sí. Sobre Becky, el nuevo ligue de Marín.

Me dio un vuelco al corazón. ¡¿Otra vez?! Hablar de aquella arpía no me sentaba bien, ni siquiera escuchar su nombre de diva del *reggaetón*.

-¡No es nuevo ligue!

-Yo creo que sí. Y, además, a ti no te hace nada de gracia.

Resoplé agotada. Miré la hoja de ofertas y le pedí a mi amiga que se callara un momento. Pulsé el botón para recitar la promoción.

-Queridos clientes, les informamos que hoy en nuestra sección de perfumería tienen la crema de manos a un euro.

Volví a resoplar y apoyé, sin darme cuenta, el codo sobre el botón del micrófono. Los altavoces tenían vía libre para emitir la conversación que estaba a punto de mantener con mi amiga. O, dicho de otra forma, todo el mundo que estuviese comprando se enteraría de lo que iba a contar. Y os adelanto que no fui muy comedida.

-¿En serio está la crema de manos a un euro? ¡Cógeme tres o cuatro botes! -me pidió.

-Ni se te ocurra, esa crema es un horror. ¡Todo lo que venden aquí es una porquería! -exclamé.

Pensar que Becky fuera la amante de Marín me cabreó-. Tengo unas ganas de dejar este empleo de pacotilla...

Solté un sonidito desagradable que expresaba lo poco que me satisfacía aquel empleo.

-Despídete -me aconsejó. Aunque sonó a orden.

-No puedo. Sé que es una mierda tener que recitar las ofertas de productos caducados que ponen en descuento, aguantar al pitufo gruñón de mi jefe o que mis compañeras sean unas rancias y apenas me dirijan la palabra, pero necesito este trabajo para llegar a final de mes.

-¡Ok! Pues cambiemos de tema para que no te agobies. ¿Qué te pareció la concursante de *MasterChef*?

-Una pedante. -La odiaba sin saber por qué-. Va de guapa y *sex symbol* cuando estoy convencida de que hace meses que no le dan un buen meneo, si no ¿por qué tenía esa cara de amargada?

Daniela rio al otro lado de la línea.

Se escuchaba alboroto afuera, pero yo seguí a lo mío. Mientras no sonara la alarma de incendios o algo por el estilo, de allí no me movía nadie hasta que despotricara todas las crueldades que tenía preparadas sobre Becky. Si llego a saber que los clientes eran testigos de mi brote de sinceridad e infamias, me hubiera callado. Como nadie me detuvo, continué con mi monólogo cargadito de veneno del fino.

-Eres mala -me reprendió con ironía.

-¡Vete a saber tú cómo llegó a ser finalista! ¡No quiero ni pensar cuántos rabos se comería!

-Estás encabronada, ¿eh?

-¿Perdona?

-Los celos te nublan y no puedas ni verla. Te revienta que pueda tener algo con Marín -me acusó.

Enloquecí al imaginármelos juntos. Y di un golpe en la mesa. La gente miró en dirección a mi zulo. Me extrañé, aunque supuse que había llamado la atención por el manotazo que había dado. ¡Qué tonta! ¡Ni que fuera Hulk! Me miraban porque estaban alucinando debido a la cantidad de groserías que escuchaban a través de los altavoces del supermercado.

-No estoy celosa. Te lo dije anoche: tengo novio y estoy muy feliz con él y muy bien servida. Práctico sexo todas las noches y me corro como mínimo dos veces.

-Entonces, ¿por qué te pones así? -disparó.

-Vete a la mierda. -Colgué cabreada.

Pegué un grito de rabia. Cuando mi amiga se proponía tocarme las narices, lo hacía con esmero. La puerta del cuarto se abrió y apareció el señor Gómez como si fuese uno de los enanitos del bosque, bajito y bonachón. Solo le faltaba la pala para ir a cavar a la mina. «Y, ahora, ¿qué quiere?», pensé. Su expresión era de asombro.

-No se pueden recibir llamadas durante el trabajo -dijo con un tono amable. Sabía que aún tenía el botón pulsado y nos estaban escuchando los clientes.

-No estoy hablando con nadie -me defendí son argumentos-. Creo que se confunde.

-Levanta el codo del botón de micrófono. Hemos sido testigos de tu explícita charla.

Se me cortó la respiración al ver mi codo sobre el puñetero botón y al ser consciente de que todo el mundo había escuchado mi sarta de sandeces. Miré a mi jefe con ojos de niña buena y sonreí tímidamente.

-Recoja sus cosas, ¡está despedida!

-Señor Gómez, puedo explicar lo que ha pasado.

-Creo que no ha entendido bien al pitufo gruñón: ¡a la puta calle!

## Capítulo 12

### *Mejor*

Solo habían pasado dos horas desde que me despidieron del supermercado y ya estaba preparando infusiones con hielo y ron en la cocina americana de mi casa.

-Hija, echa un poquito más de ron -me pidió mi madre-. Siempre te quedas corta.

-Menos cuando te pones delante de un micrófono -rio Daniela-. Ahí lo das todo.

-Creo que van a prohibirme la entrada. -No sabía si echarme a llorar o reír a carcajada limpia.

Llevé los vasos a la mesita del salón y me dejé caer sobre el sofá. Mi madre estaba en el suelo, sentada en un cojín y con las piernas cruzadas. Daniela, se levantó para servir almendras y cacahuetes en un cuenco. Después, se acomodó a mi lado.

-Además, creo que no te has dejado nada por comentar. Has mencionado la mala calidad de los productos, has insultado a tu jefe...

-Y he asegurado que me corro dos veces por noche. -Me llevé la mano a la cara.

-¡Bravo! Te has ido por la puerta grande -festejó mi madre, alzando su vaso.

-Me he quedado sin curro, mamá. No hay nada que celebrar.

-¿Cómo que no? -Alargó su mano para coger la mía, pero la desvió al cuenco y se hizo con unos cacahuetes-. Por fin eres libre para dedicarte a lo que te plazca.

-No soy libre, ¡soy pobre! -lamenté.

-Tu padre te ha hecho un ingreso de cuatro mil euros hace una hora. Tienes dinero suficiente para montarte algo -comentó como quien da los buenos días.

-¿Qué? -Abrí la aplicación del banco desde mi teléfono móvil. Así fue.

-Te lo mereces, cariño. Si no quieres aceptarlo como un regalo de nuestra parte, piensa que es un préstamo sin intereses que ya nos devolverás cuando puedas.

No iba a ser tan orgullosa y tonta de rechazar la ayuda de mis padres cuando más falta me hacía. Sonreí agradecida y le di un abrazo.

-Gracias -pronuncié emocionada.

-Sé que los vas a invertir de la mejor forma, ¡ahora has aprendido a escucharte!

-Y a que te escuche toda la gente que va a comprar -bromeó la abogada.

Estallamos en risas. La verdad es que gracias al aporte económico me sentía más tranquila y, pensándolo fríamente, me había quitado un gran peso de encima al dejar de trabajar en aquel zulo.

-¿Qué vas a hacer? -Quiso saber mi madre.

Me puse de pie, sentí un torrente de energía bailar en mi estómago y me dispuse a contarles una idea que me rondaba desde antes de apuntarme al curso para crear aplicaciones.

-Sabéis que soy una romántica empedernida, ¿verdad?

-Yo diría que eres algo manipulable y tienes demasiada fe en el amor -apuntó mi amiga.

La fulminé con la mira e ignoré su comentario.

-He pensado en crear una *app* para que la gente encuentre a su media naranja.

-¡Me encanta! -aplaudió mi madre.

-¡Qué original! Como no hay ninguna ya... -pronunció Daniela con ironía.

-Está será innovadora. No se centrará solo en el físico de los candidatos a encontrar a su nueva pareja. Podrán subir fotos, crear un perfil y explicar cómo son y qué buscan. Pero, además, tendrán la opción de concertar citas virtuales para conocerse más, antes de verse en persona. Si dos personas se gustan, existirán dos salas virtuales donde quedarán. La primera se llamará «cita a ciegas» y su cita será una conversación de texto donde la propia aplicación les proporcionará temas a debatir a la pareja: gustos, aficiones, viajes, relaciones anteriores... De esta forma, la cita será amena y divertida. La segunda opción se llamará «amor a primera vista» y la cita será por videollamada. Los usuarios podrán verse a través de sus cámaras. Así podrán descartar a los pretendientes que no sean compatibles antes de quedar de forma presencial.

-Hija, ¡es maravilloso!

-Oye, parece interesante -señaló mi amiga-. Creo que tu madre tiene razón; desde que te escuchas, se te ocurren buenas ideas.

-En el curso aprendí los pasos para crear la *app*. De hecho, ya la tengo casi lista. Durante la última semana he ido diseñándola en mis ratos libres. Quiero que Héctor le eche un vistazo antes de lanzarla.

-¿Podemos verla? -preguntó mi madre emocionada.

-Prefiero esperar a cuando esté acabada. No tengo nombre, ni logo y me gustaría ver vuestras caras cuando funcione correctamente. Ahora que me puedo dedicar el día completo a su diseño, no creo que tarde mucho.

-¿Y cómo ganas dinero con una aplicación?

-Con la publicidad -aseguré-. Cuanta más gente se descargue la *app* y se suscriba, más atractiva será para que las marcas quieran anunciarse y generar ingresos.

-¡Qué lista que es mi chica!

-Mamá, por eso estudié Marketing...

Mi teléfono sonó, interrumpiendo la explicación. Me levanté para ver quién llamaba y mi corazón dio un brinco al comprobar que era Marín. Miré la hora, pasaba de la una del mediodía. Descolgué.

-Buenos días, bombón -saludé risueña.

-Buenos días, Mimi. -Su tono era nervioso.

-¿Pasa algo?

-Sí... Bueno... Quiero comentarte algo.

-Claro, dime. -Intenté no parecer intranquila. Aunque me estaba intrigando ante tanto misterio.

-Tiene que ser en persona.

¡Ya me tenía loca! ¿En persona? ¿Qué podía ser tan importante que no podía decírmelo en ese momento?

-¿Va todo bien?

-¿Podemos quedar sobre las ocho de la tarde? -Ignoró mi pregunta.

-Si quieres, nos vemos antes -propuse.

-No puedo, Mimi. Voy a tope con el curro.

-Vale.

-Nos vemos a las ocho en mi furgoneta, ¿ok?

-Ok. -Repetí, asintiendo con la cabeza.

Antes de colgar, me armé de valor y le pedí:

-Adelántame algo.

-No sé si te vas a reír o me vas a dejar de hablar. Solo recuerda que somos amigos desde hace muchos años.

Preferí que no me hubiese dicho nada. Me dejó cardiaca.

## Capítulo 13

### *El error*

-¿MiMi croqueta canaria? -leí anonadada.

Me pasé todo el puñetero día dándole vueltas a qué sería lo que quería contarme Marín. Pensé en infinidad de cosas: que me iba a confesar que se había enamorado de Becky, que iba a pedirle matrimonio o que compartirían piso. En realidad, solo valoré una opción, el supuesto romance con la rubia de *MasterChef*. Eso me ponía de muy mal humor. Intenté relajarme y no hacer caso a mis pensamientos. Fue inútil. La imagen de la parejita feliz abrazándose y dándose besos hasta en los dedos de los pies me torturó durante horas. ¿Por qué me fastidiaba tanto que Marín se enamorara de aquella chica? Sus anteriores conquistas nunca me habían sacado de mis casillas. Y, si era sincera, apenas conocía a Becky para que me provocara tanto rechazo.

La sorpresa fue mayúscula cuando asistí a nuestra cita a las ocho de la tarde y contemplé su furgoneta. Abrí los ojos como platos sin dar crédito a lo que estaba viendo.

-No te enfades, por favor -pidió con los ojos entrecerrados.

-¿Es una broma? -quise asegurarme.

-Es un error.

-¿MiMi croqueta canaria? ¿Soy una croqueta canaria?

-¡Sorpresa! -pronunció con desgana.

-No le veo la gracia. -Fui tajante.

No comprendía por qué había bautizado a su negocio con mi nombre.

-El chico que ha pintado el grafiti de letrero se ha confundido. En realidad, tenía que poner «Mi croqueta canaria».

-¿Y por qué ha puesto mi «MiMi»? -pregunté horrorizada.

-Porque me confundí al escribir el logotipo de la furgoneta en el papel que le pasé y repetí dos veces «Mi». El dibujante, como está acostumbrado a pintar nombres fuera de lo común, no lo cuestionó y puso lo que había escrito.

-No me jodas...

-Esta mañana cuando lo he visto, he alucinado y he pensado en ti.

-¿No me digas? ¿Por qué será? ¡Déjame pensar! ¡Ah, sí! Porque ahí pone que soy una croqueta canaria. -Señalé la parte de arriba del vehículo.

-Si te digo que es un homenaje por ser tan buena amiga, ¿cuéla? -Me miró con ojos de gatito triste.

Su mirada me resultó irresistible y, lejos de enfadarme aún más, intenté tomarlo como un

divertido error. Sabía que estaba arrepentido. Resoplé y reí.

-No cuelea, Marín. Pero en parte me hace ilusión que tu negocio lleve mi nombre.

Tenía que ver el lado positivo. Me hubiera sentado peor que fuera el de Becky. Él soltó una risotada y me cogió por el hombro.

-Vamos adentro. Te invito a tomar algo para compensártelo.

Mi pulso se aceleró. Su propuesta era de lo más inocente, pero comenzaba a darle otra intención a sus palabras. ¿Y si mi madre y Daniela tenían razón y le gustaba? Aunque esa no era la pregunta que debía hacerme, sino: ¿y si yo sentía algo por Marín que iba más allá de una bonita amistad? Sacudí la cabeza para dispersar todas esas cuestiones ridículas e intentar actuar como siempre.

Abrió la puerta e hizo un gesto para que accediera primero. Encendió una luz y un pequeño ventilador, que evitaría que nos asáramos.

-Si hace calor, abro la ventana. Aunque la gente se pensará que estoy abierto.

-Estoy bien así. -¡Mentira! Simplemente quería más intimidad-. ¿No abres hoy?

-Sí, dentro de una hora. -Sacó un par de cervezas de una nevera y me pasó una-. ¿No estás disgustada por lo del grafiti?

-He flipado un poco. Aunque es una tontada. No te preocupes -reí-. Puedes cambiarlo, ¿no?

-Claro. -Me acompañó con otra carcajada-. La semana que viene vendrá el dibujante y lo corregirá.

-Entonces, pelillos a la mar. -Abofeteé el aire con la mano y di un sorbo a la lata.

-¿Qué tal tu día?

-Bien. Me han despedido del supermercado por... otro error. -Me encogí de hombros.

No quise explicarle cuál había sido mi fallo porque su nueva amiga no salía muy bien parada. Además de criticar a mi jefe y a mis compañeras, a ella también la puse fina.

-Lo lamento -apoyó su mano en mi cuello.

¡Joder! Se me erizó el vello del cuerpo y me estremecí. Creo que él notó algo porque se apartó con rapidez.

-Odiaba ese trabajo -reconduje la conversación-. Mis padres me han prestado una generosa cantidad de dinero y voy a crear una *app*.

-¡Eres increíble! -Soltó feliz-. Me encanta tu arrojo. No te rindes nunca.

-Tú también eres muy valiente. Has montado tu *food truck*.

-Pero me lo pensé dos años hasta que decidí hacerlo. Sin embargo, tú persigues tus sueños siempre. Primero, la agencia de adopción de pingüinos.

-¡No me lo recuerdes! -Puse los ojos en blanco.

-A mí me parecía una idea buenísima. ¡Por eso adopté uno!

-Tenemos que darte de baja -añadí al recordar que seguía pagando su cuota mensual-. Mándame un mail con tus datos y te hago la anulación.

-Perfecto. -Clavó sus ojos en los míos y casi caigo rendida al suelo-. ¿Sobre qué es la *app*?

-Es para encontrar a tu media naranja a través de citas virtuales antes de conocerla en persona.

De esta forma se alarga y disfruta más el olvidado arte del cortejo.

-¡Es una pasada! -exclamó-. Me chifla, ¿cómo se llama la aplicación? Me la voy a descargar.

Me mordí el labio y me pasé la mano por la nuca. Su entusiasmo y apoyo sin medida me abrumaban. Por no mencionar lo atractivo que estaba con la camisa de flores estampadas que llevaba y los tres botones desabrochados que dejaban al descubierto su viril cuello. Desvié la mirada hacia la pantalla de mi teléfono.

-No la he subido. Me quedan por perfilar unas cosillas como el logo y el nombre.

-Si quieres te presto el de mi furgoneta -bromeó.

-¡Ya! -reí-. O la llamo *Marín mi media naranja*.

Me arrepentí al momento. ¿Por qué no pensaba las cosas antes de soltarlas? Él abrió los ojos como platos y sonrió.

-No creo que sea un buen nombre -aseguró, restándole importancia a mi comentario.

-¡Yo tampoco! -dije ente risas-. Tiene que ser claro y directo. Que la gente que se descargue la aplicación sepa que va a encontrar a alguien afín.

-¿Juntos y revueltos? -propuso.

-No. Algo más claro. En plan «Amor ideal».

-Muy cursi, ¿no te parece?

-O «El uno para el otro» o ¡Sí! ¡Ya lo sé! -exclamé feliz.

-Dime -pidió expectante.

-TalparaCual.

-¡Me encanta cómo suena! -celebró.

Di un salto de alegría y lo abracé. Estaba eufórica, entusiasmada y un poco excitada. Resultaba que la energúmena de Becky iba a tener razón y la parte trasera del vehículo era bastante morbosa.

-¡Eres la mejor!

-Tú también eres asombroso -dije sin pensar.

De repente, el ambiente se volvió tenso y pesado. Nos callamos. Solo se escuchaba nuestra respiración entrecortada, lo que resultaba más excitante. Dirigió su mirada hacia mis labios, que hasta entonces habían estado prohibidos para él, y deseé que me besara. Teníamos que atravesar esa línea que delimitaba la amistad del amor. Necesitaba probar el sabor de su boca, arrancarle los botones de la camisa y pegar su cuerpo al mío. Justo, cuando nuestras bocas estaban a punto de colisionar, alguien llamó a la puerta y la abrió. Nos soltamos con rapidez, como si estuviéramos haciendo algo que no era correcto.

-¿Has visto el grafiti de tu furgo? -preguntó Becky, rompiendo el instante más íntimo que había vivido con Marín-. ¿MiMi croqueta canaria?

Nos echamos a reír y la rubia nos miró confusa.

-Entra y ahora te contamos. Ha sido un error -explicó.

Y lo que acababa de pasar, nuestro sensual encuentro, las miradas cómplices y apasionadas, ¿también había sido un error?

## Capítulo 14

### *La llamada*

- **T**odavía estoy temblando. No sé qué ha pasado. Casi nos enrollamos -aseguré a mi amiga.

Después de tomar unas birras con Becky y Marín, tuve que salir pitando de allí. Escribí un mensaje a Héctor haciéndole saber que esa noche no iría a su casa. La culpa por coquetear con Marín me impedía ver a mi chico y actuar como si no pasara nada. Aunque realmente ¡no pasó nada! ¿O sí? No nos habíamos besado, pero la intención y las ganas de fundirnos en un apasionado beso estaban presentes.

Regresaba a casa caminando por el paseo marítimo. No pude esperar hasta llegar a nuestro piso para llamar a Daniela y contarle lo que había sucedido con ¿mi amigo? antes de que llegara la rubia inoportuna.

-¿Casi? -preguntó decepcionada.

-Si no llega a aparecer Becky, seguro que nos hubiésemos liado. -Se me cortó la respiración de solo imaginarlo.

-¡Así se hace! -exclamó-. Estoy muy orgullosa de los pasos que estás dando estos días. Te has despedido de tu empleo de pacotilla y te has dado cuenta de lo que sientes por Marín.

-He de corregirte. No me he despedido, me han echado. Y no tengo ni idea de lo que siento por Marín.

Bufó desde el otro lado de línea.

-El resultado es el mismo. Ya no curras en ese zulo y te has enamorado de tu mejor amigo.

-¡No! Te confundes. A mí me gusta Héctor -aclaré.

-Héctor nos gusta a todas porque es un dios griego que está más rico que el pan, pero no le amas. Entonces, caí en la cuenta. Mi vida amorosa encadenaba un amor imposible con otro y lo de Marín parecía igual de complicado. ¿Estaba dispuesta a poner en peligro una gran relación de amistad por un momento de calentón? Lo que sentí en aquella furgoneta fue pasional e instintivo, no fue amor. Además, Héctor era un hombre increíble y me adoraba.

-¿Sabes qué? No voy a casa -anuncié a mi amiga-. Me voy a pasar la noche con mi chico.

-¿Con cuál de los dos? -preguntó con sorna.

-¡Con Héctor!

Colgué más nerviosa de lo que estaba antes de llamarla. Por lo menos, había sacado en claro que quería apostar por mi relación actual y olvidarme del flirteo con Marín. Intenté evadirme de sus ojos ardientes sobre los míos, de sus carnosos labios y de esa puñetera camisa estampada que le sentaba de escándalo. Él era mi amigo y no quería echarlo de mi vida. Todos mi ex me habían

tratado fatal y la relación, después de salir con ellos, era nula e inexistente. Si daba el paso con mi amigo y la cosa no salía bien, corríamos el riesgo de romper nuestra valiosa amistad. No estaba dispuesta a perder a Marín. Prefería mantenerlo, aunque solo fuera como amigo. Además, con Héctor me encontraba muy a gusto. No me provocaba mariposas en el corazón, pero sí en el clítoris. Sabía que era una excusa pobre y primitiva, aunque llevábamos poco tiempo conociéndonos y tenía que darle una oportunidad. No todo el mundo se enamoraba a primera vista. Muchas parejas iban poco a poco. Si a eso le sumábamos que éramos extremadamente compatibles en la cama, no era un comienzo desastroso de relación sentimental.

Paseé con tranquilidad hasta el piso de Héctor. No me esperaba porque le había mandado un wasap indicándole que dormiría en mi casa. Sonreí al imaginar su cara de sorpresa al verme aparecer. Esa noche quería dar un paso más y proponerle algo serio. Formalizar lo nuestro. No sabía si era fruto del inmenso miedo que me producía sentir algo hacia Marín y de esa forma, al atarme a Héctor, dinamitaba todas las opciones amorosas con Marín. Subí hasta el primero y llamé a la puerta. Mi pulso se aceleró. Escuché sus pasos dirigirse hacia la entrada. Abrió a los pocos segundos y sí, alucinó al observarme delante de él. Estaba desnudo.

-¿Mimi? ¿Qué haces aquí, reina mía?

«¿Reina mía?», repetí mentalmente. ¿Desde cuándo usaba ese argot tan hortera?

-He decidido dormir contigo, ¿qué te parece?

-No estoy solo... pensaba que no ibas a venir -se justificó nervioso.

-No llevas nada encima, ¿con quién estás?

Una voz femenina lo llamó, preguntando si regresaba a la cama. Lo miré seria y él sonrió tímidamente. Casi se me salé el corazón del pecho.

-¿Estás con otra? -acerté a preguntar.

-Es complicado de explicar. -Se encogió de hombros.

-Intentaré ser comprensiva.

-No tenemos una relación cerrada, ¿verdad? -Se apoyó en el marco de la puerta.

De repente, un chico guapísimo, completamente desnudo, paso por detrás de él. Se detuvo en el lugar perfecto para que pudiera verlo y me saludó.

-¿Tú también te apuntas? -me preguntó.

¡Joder! ¿Estaban rodando una película porno en aquella casa? Hasta el momento conté a una mujer que llamaba a Héctor pidiéndole sexo y a un maromo con un miembro descomunal.

-¡No! ¿A qué? ¿Qué está pasando aquí? -No entendía nada.

Lo miré esperando una respuesta convincente, porque lo de que eran sus primos no iba a colar.

-Soy bisexual -confesó-. A veces, me monto mis pequeñas fiestecitas en casa. Pensaba que, como no habíamos hablado del tema, tú también te veías con otros.

-¡No! ¿Qué te hizo creer eso? -Apenas me sostenían las piernas.

¿Podría ser más surrealista ese momento? La respuesta, como imaginaréis, fue afirmativa. Claro que podía serlo.

-Supuse que estabas liada con el tal Marín. Es muy mono y hay mucha química entre vosotros. Hasta estuve a punto de decirte que nos lo montáramos los tres juntos -soltó con la misma delicadeza que tiene un orangután al pintar un cuadro-. Pero me dio apuro porque no sabía el rollo que llevabais.

Me puse blanca al escuchar su argumento. Necesitaba salir de ahí, llorar, beber litros y litros de infusión con hielo y ron y mudarme de isla.

-Pasa -me invitó. Abrió la puerta e hizo un gesto con la mano para que accediera a su vivienda-. Será divertido y estimulante.

No me moví de donde estaba. Antes de salir corriendo, quise saber una cosa.

-No me habías dicho nada sobre tus preferencias sexuales...

-Sabes en qué siglo vivimos, ¿verdad?

-Claro y no te estoy juzgando, pero me hubiese gustado saber qué es lo que te gusta -aclaré dolida.

-Me gustas tú, me gusta él. -Señaló con la cabeza al chico desnudo-. Y me gusta la mujer que está tumbada sobre mi cama. No me limito, Mimi. Además, solo nos conocemos desde hace dos semanas, no consideré que fuese oportuno hablarte de mis preferencias sexuales. Aunque, ahora que ya las conoces, te invito a participar.

Derramé un par de lágrimas por mis mejillas y tragué saliva.

-Siento tener que negarme, pero soy monógama.

-Peor para ti.

Me di la vuelta para salir de aquella bacanal. Antes de desaparecer, Héctor me llamó. Deseé que me dijera que todo había sido una broma y que estaba loco por mí. Que no se estaba tirando a las personas que estaban en su casa y que tenía un buen pretexto para justificar todo lo que había visto. La realidad fue muy distinta.

-¿Me pasarás el teléfono de tu amigo por si un día le apetece sumarse a mis fiestas?

## Capítulo 15

### *Le quiero*

Ahí me encontraba. En la terraza del Telepizza devorando una pizza barbacoa, una ración de patatas fritas y bebiendo coca cola normal, ¡a lo loco! Ni light ni Zero. ¿Cómo podía asimilar lo que acababa de contemplar? Obviamente, las grasas saturadas y un helado, que tenía pensado pedir después, me ayudarían. Esperaba impaciente la llegada de Daniela. La había llamado nada más salir de casa de Héctor y nos citamos allí.

No podía borrar de mi mente la imagen del chico desnudo detrás del que consideraba mi pareja y la vocecita de la energúmena que lo llamaba desde el dormitorio. Aunque no pude ver cómo era la tipa, imaginé que se parecía a Becky para odiarla con más ahínco.

-¿Puedo coger una patata frita sin temor a que te zampes mi mano? -bromeó mi amiga al sentarse a mi lado-. Tienes más ansia al comer que Homer Simpson.

-Estoy en estado de *shock* -aseguré, mirando al horizonte.

-¡Es muy fuerte lo que te ha pasado! -Se hizo con un trozo de pizza y le dio un bocado-. ¡Joder, qué rica está!

-¿Por qué soy tan patética al elegir pareja? ¿Cómo voy a lanzar una *app* para que la gente encuentre el amor de su vida si no tengo ni idea?

-¡No seas exagerada! Eres una mujer estupenda, guapa y con iniciativa. Tu punto fuerte es que crees en el amor por encima de todo y este tío no va a cambiar tu forma de ser. Él no era nadie para ti.

La miré confusa y levanté el entrecejo.

-¿A qué te refieres?

-A que no pegabais en absoluto. Estabas feliz porque follabais como conejos y te piropeaba, pero no lo amabas. Héctor era como tu trabajo en el supermercado: una distracción hasta que encontraras a alguien más afin a ti.

Me dejó perpleja. Su argumento era tan sólido y demostraba que me conocía tanto que me sentí desnuda ante la abogada. Entonces, me pareció reconocer a lo lejos una silueta de alguien que me era muy familiar.

-No me fastidies -protesté al ver quién se acercaba a nuestra mesa-. ¿Has invitado a mi madre?

Mi amiga se encogió de hombros y sonrió.

-Buenas noches, cariño. -Me abrazó mi progenitora con ternura-. ¡Caray con el semental! Resulta que te empotraba a ti y a media ciudad. Por eso hacía tan bien el amor, ¡porque tenía mucha experiencia! -Se sentó enfrente de nosotras.

Escupí el refresco que estaba tomando y solté un gigantesco eructo al atragantarme con el líquido.

-Carmen lleva razón. Eso que te has llevado, ¿quién te iba a decir, hace unas semanas, lo mucho que ibas a disfrutar en la cama con un hombre? Tú misma aseguraste que todos con los que te habías acostado eran torpes y egoístas. Mira el lado bueno de lo que te ha pasado.

Anoté mentalmente que algunas cosas debía guardármelas para mí. ¡Solo para mí! ¿Qué pretendían con sus comentarios? ¿Se habían propuesto hundirme en la miseria?

-No le veo ningún lado bueno.

-¿Por qué no le das una oportunidad a tu romance con Marín? -soltó mi madre.

La miré alucinada. No me daban tregua. Aquello parecía un tiroteo y todas las balas estaban dirigidas hacia mí. Saltaban de un tema a otro a velocidad de vértigo sin darme tiempo a reponerme de la pregunta, acusación o locura anterior que habían pronunciado.

-No hay ningún romance con Marín -me defendí.

-No me mientas, jovencita. Sé que casi os besáis en la furgoneta.

Lancé una mirada asesina a mi amiga. Aquella cena improvisada en la terraza del Telepizza comenzaba a ser más surrealista e incómoda que lo que acababa de presenciar en casa de Héctor. Hasta me tentó regresar y apuntarme a su fiesta con tal de no seguir aguantando a las dos chaladas.

-¿Le has contado lo del beso? -pregunté ofendida.

-Pensé que no te molestaría. Así te ahorra el mal trago.

-He traído una cantimplora con té de menta frío y ron -nos comunicó mi madre.

Aquello fue la gota que colmó el vaso. Me puse de pie y di como tres o cuatro patadas al banco de madera en el que había estado sentada.

-No, no y no. No quiero beber más té con ron. No he besado a Marín y no hay nada de bueno en la nueva faceta que he descubierto de Héctor. -Comencé a llorar-. ¿Por qué no podéis ser como el resto de las amigas o madres? ¿Tanto os cuesta consolarme dándome la razón mientras nos inflamamos a pizza y helados?

Las dos se callaron durante varios segundos. Mi corazón latía desbocado y, en parte, me arrepentí de lo que acababa de gritar.

-No soy de ese tipo de madres que solo dice lo que su hija espera oír -comentó seria-. Y, dudo mucho que tu amiga tenga tan poca personalidad como para seguirte el rollo cuando sabe que te estás equivocando.

-¿En qué me estoy equivocando, mamá? -Me encogí de hombros.

-En lloriquear como una niña -respondió-. Te quejas de todo. Estás rabiosa y no haces nada por solventar tu verdadero problema.

-¿Cuál es mi problema? -pregunté.

-Que estás enamorada de tu mejor amigo y no sabes qué hacer. Te asusta hacerle caso a tu corazón porque estás acostumbrada a seguir los pasos de payasos que te ignoran o te tratan como un trapo. Marín es encantador, amable y sois tal para cual. ¿Qué vas a hacer? ¿Seguir lloriqueando

por tus desencantos amorosos o apostar por el único hombre que te quiere como mereces?

Disparó a bocajarro y acertó. Dirigí la vista a Daniela para pedirle su opinión.

-A mí no me mires. -Levantó las manos-. Yo me voy a limitar a darte la razón y a comer pizza.

Estaba agotada de luchar contra mis sentimientos. Tenía que dejar de pensar cuál era el camino más fácil o lo que estaba bien visto por los demás. ¡Era el momento de saltar al vacío sin red!

-¡Tenéis razón! No puedo evitar sentir algo por Marín, aunque aún no sé muy bien lo que es y no quiero cagarla con él. Lo admito, mi cabreo se debe a que no sé cómo manejar la situación. Aunque también estoy alucinada por pillar a Héctor follando con un hombre y una mujer. E indignada porque me invitó a participar en su miniorgía.

Resoplé desganada y me senté al lado de mi madre. Pasó su brazo por mi hombro y apoyé mi cabeza en el suyo. Entonces, observé anonadada, justo delante de nosotras, a un grupo de colegas que cenaban y habían sido testigos de nuestra dramática, explícita y sobreactuada escena. ¡Perfecto, mi confesión había tenido público! ¡Qué bochorno! Me hice con un puñado de patatas para pasar el mal trago.

-Lo mejor que puedes hacer es sincerarte con Marín -me aconsejó mi madre-. Es un buen chico y está loco por ti.

-¿Y si me rechaza? No podría volver a mirarlo a la cara.

-Habéis estado a punto de comeros la boca, ¿de verdad crees que va a pasar de ti? -me recordó mi amiga.

Sonreí al recordar aquel apasionado momento en la furgoneta y un mar revuelto explotó en mi estómago.

-Ha sido increíble y sin llegar a besarnos, ¡imaginaos cómo será cuando nuestros labios se junten! -exclamé ilusionada al aceptar mis sentimientos. Me puse de pie, le quité la cantimplora a mi madre de las manos y di un gran trago-. ¡Voy a decírselo!

Daniela se levantó y me puso delante de mí para cogerme de las manos.

-Prométeme que no seréis una de esas parejitas empalagosas que están todo el día besándose.

Puse los ojos en blanco y solté una carcajada.

-No prometo nada -reí.

-Son las once de la noche -comunicó mi madre-. Si te das prisa aún estará en la furgoneta y puedes ir a declararte.

-¿Ahora? -pregunté nerviosa.

-No dejes pasar el momento de subidón -insistió-. Si te esperas a mañana, quizás no te atrevas o te dé vergüenza y lo hagas fatal.

-Hoy también me da apuro -reconocí.

Entonces, nuestro público decidió ser partícipe de la conversación «privada».

-¡Lánzate y ve ya! -dijo uno de los chicos.

-¡Será superromántico! -aseguró otra.

Todos los comentarios apoyando mi hazaña me armaban de valor, hasta el punto de que me vi con

el ímpetu suficiente para declararme a Marín.

-Y ¿qué le digo? -pregunté.

-¡Que le quieres! -exclamó otro de los chicos.

Miré a mi madre y a mi amiga esperando su aprobación, ellas asintieron y me abrazaron.

-¡Y después se la chupas! -añadió el que parecía más tímido. No podía ser todo perfecto, seguro que para aquellos jóvenes de veintipocos años aquella frase era un piropazo.

Salí corriendo hacia la furgoneta de Marín para decirle que estaba colada por él. Escuché a lo lejos los aplausos de nuestro improvisado público y gritos de ánimo. Repasé mentalmente mi plan. Me plantaría delante de él, sonreiría, me mordería el labio y, sin decir nada, le besaría para hacerle saber lo mucho que me gustaba. El corazón me latía desbocado, tenía tantas ganas de llegar que hasta pensé en pedir un taxi para acortar la espera.

Diez minutos más tarde, me encontraba a unos metros del negocio de mi amigo. Marín estaba recogiendo bandejas, cubiertos y más cosas desde dentro del vehículo. Yo lo observaba a través del gran ventanal que hacía de mostrador. Seguía con su camisa estampada, solté una risita al fantasear que la desabrochaba y recorría su torso con mis manos. Estaba concentrado en su tarea. Apresuré mis pasos, hasta que frené en seco y casi me dio un microinfarto. ¿Qué hacía allí Becky? Era muy tarde para que le estuviese aconsejando sobre asuntos laborales. Sabía que esa arpía quería ligarse a mi amigo y por eso se pegaba a él constantemente. Le dijo algo que evidentemente no pude escuchar porque me encontraba muy lejos, Marín dejó lo que estaba haciendo y se fundieron en un abrazo. Me fallaron las fuerzas. ¿Se habían enamorado? ¿Eran pareja? Mi respiración se aceleró, necesitaba aire, tiempo y espacio para asimilar lo que estaba viendo. Demasiadas emociones fuertes en tan poco tiempo. ¡Qué estúpida me sentía! Cayó una lágrima por mi mejilla y di marcha atrás para dejar solos a los tortolitos. No podía creer lo que estaba pasando, ¡dos desengaños amorosos en la misma noche! Pero algo no cuadraba, ¿y nuestro momento explosivo de aquella tarde? ¿Marín estaba jugando a dos bandas?

Un torrente de adrenalina sacudió a mi cuerpo, apreté los puños y di media vuelta. ¡Eso no iba a quedar así!

## Capítulo 16

### *La bronca*

-¡Eh, tú! -grité cuando estuve a un metro de la furgoneta.

Estaba tan furiosa que no controlé ninguna de las barbaridades que iba a soltar.

-¿Quién? ¿Yo? -preguntó Becky, señalándose a sí misma con el dedo.

-No, ¡tú! -me dirigí a Marín.

-¿Qué pasa, Mimi? -se sorprendió.

-¡Eres un cerdo! Deja de jugar con los sentimientos de los demás. Vas de niño bueno, de amigo fiel, de modosito y te pones esas puñeteras camisas que te quedan tan bien y una no es de piedra. -  
¡Por favor, que alguien me callase!-. ¿De qué vas?

Marín apoyó sus manos sobre el mostrador y se inclinó hacia mí.

-No sé, dímelo tú. No entiendo lo que dices...

-¡Pues hablamos el mismo idioma! -espeté, aún más cabreada. Me fastidiaba sobremanera que se hiciera el inocente-. Pensaba que entre tú y yo había algo especial después de lo que ha pasado esta tarde y, cuando vengo para confesarte que me gustas, te pillo sobándote con *Barbie* Croqueta.

-¡Joder! Dame unos minutos para asimilar todo lo que has dicho en esa frase. -Levantó el dedo índice su mano derecha.

-¿Qué ha sucedido esta tarde? -preguntó Becky.

-Nada -respondió él con rapidez.

«Será cabrón», pensé. Y, al momento, evité que el calificativo quedara solo en mi cabeza.

-¡Eres un cabrón! -Miré a Becky y la intimidé tanto que dio un saltito hacia atrás-. Yo te sacaré de dudas. Si no llegas a aparecer antes, habríamos hecho el amor ahí mismo.

-Creo que me he perdido algo.

-Sí, ¡una historia de amor de puta madre conmigo! -bufé antes de marcharme.

Marín saltó desde la ventana de la furgoneta y corrió a mi encuentro. Me cogió por la mano y me detuvo.

-¿Puedes explicarme por qué te comportas así? -me pidió con la respiración entrecortada.

-Porque estoy enamorada de ti -vomité sin armaduras ni escudos que protegieran a mi corazón.

Él se quedó blanco, me soltó y no fue capaz de articular una palabra. ¿Para qué iba a añadir nada más? Su cara era un poema. Estaba todo dicho. Salí corriendo, sabiendo con toda seguridad que nuestra relación de amistad se había ido a la mierda. ¡No! Estaba en desventaja. Yo me había sincerado y él se quedó mudo sin expresar lo que sentía hacia mí. Me negaba a cometer ese error. Di la vuelta dispuesta a que confesara si estaba enamorado tal y como aseguraba todo el mundo

que nos conocía. O como yo llegué a creer. Me planté delante de ellos, que seguían en el mismo lugar, y exigí una respuesta sincera por parte de él.

-No te quedes callado y responde, ¿me quieres o son fantasías mías?

Silencio. Parecía como si lo hubieran abducido. Me dio una rabia tremenda que no se pronunciara y me dejara como una histérica delante de Becky.

-¿Marín? -insistí.

Me miró confundido y siguió callado. La rubia lo cogió de la mano, seguramente para darle su apoyo y que no se sintiera tan intimidado ante mi hostilidad, pero yo lo entendí como una muestra de chulería. Grazné como una gaviota furiosa y sentí la necesidad de soltar toda la mala vibra que llevaba acumulada. Vi una lata en el suelo. Decidí darle una patada para desahogarme. ¡Mala idea! El recipiente no estaba vacío y cuando lo golpeé con el pie fue directo a la cara de Becky, que recibió tal impacto que la tiré al suelo. Marín se sobresaltó y se agachó para socorrerla.

-Becky, ¿estás bien? -se interesó.

«¿Ahora sí que reaccionas?», pensé con egoísmo. Después, me asusté al observar que sangraba por la frente. La lata le hizo un pequeño corte. Descarté la opción de darme a la fuga. Aunque era lo que más me apetecía hacer, no podía dejarla allí siendo la causante de semejante porrazo.

-Perdona -me disculpé-. No pretendía darte.

-¡No te acerques a mí! -exclamó entre lágrimas.

-Será mejor que te marches -aseguró Marín-. Yo la llevaré al hospital. Cuando estés más tranquila, seguiremos con nuestra charla.

Contuve las ganas de romper a llorar. Me sentía fatal por lo que había provocado y haberme dejado llevar por un estúpido ataque de celos. Pasé de ser la víctima a la mala del cuento. La odiosa Becky se convirtió en la chica inocente a rescatar. Y, aunque no me gustaba ir de víctima, aquella noche comprobé que tampoco me agradaba la idea de ser la villana.

¿Cómo podía dejar de empeorar las cosas? Haciendo caso a la recomendación de Marín. Solté un suspiro de arrepentimiento, volví a disculparme y me fui. Antes de desaparecer, él me lanzó una mirada de decepción y eso fue lo que más me dolió. De espaldas, no pude contener el llanto. Lamenté el golpe que le di con la lata a Becky, sincerarme con Marín y saber que yo solita me había cargado nuestra idílica relación.

## Capítulo 17

### *A otra cosa, mariposa*

Me centré en mi trabajo para olvidar los desamores. ¿Cómo fui capaz de lanzar al mercado una *app* que ayudaba a encontrar el amor verdadero cuando solo me topaba con cerdos, narcisistas o folladores compulsivos? Primero me apunté a otro curso intensivo de una semana, esta vez *online* para que no hubiese distracciones, que me dio los conocimientos suficientes para crear y diseñar mi aplicación sin depender de programas con plantillas ni de programadores ajenos. Eso fue importantísimo para tener el control de mi producto, darle el aspecto que quería y subirlo a las distintas plataformas. Lo siguiente fue más complicado.

Me sentía como una estafadora al ofrecer una herramienta para encontrar a tu pareja ideal sin saber, por mi propia experiencia, cómo conseguir dicha hazaña. Una tarde, tapeando con Daniela y mi madre, me hicieron ver el negocio desde otro punto de vista.

-No lo enfoques como algo que te asegura el amor perfecto porque eso no existe -dijo la abogada-. Lo veo como una *app* que te ayuda a descartar citas horribles y personas que no sean compatibles.

-No te entiendo. -Me rasqué la nuca.

-¿Recuerdas el día que nos conocimos? -Sonrió con picardía-. Nos habíamos cruzado varias veces en aquella preciosa cafetería, pero apenas nos saludábamos. El máximo contacto que habíamos mantenido fue un día que llovía a mares y me prestaste tu paraguas porque aseguraste que vivías cerca.

-Sí, siempre eras muy educada y ese día diluviaba -añadí.

-Tu gesto me agradó. Al día siguiente, cuando entré en la misma cafetería dispuesta a encontrarte para devolverte el paraguas e invitarte a un café por haber sido tan amable, te vi llorando como una loca al lado de tu novio, que te gritaba y te trataba fatal. Me vi en la obligación de defenderte.

-¡Y vaya si lo hizo! -exclamé, dando un golpecito a mi madre en el hombro-. Afirmó que era mi abogada y amenazó a mi ex con denunciarlo si no se marchaba en ese momento. Él se acojonó y salió pitando -reí.

-Ese energúmeno se comportaba muy mal contigo. Ya os había visto alguna vez y me daba rabia que te dejarás mangonear por él. Aquel día, cuando intercedí, lo hice porque no podía consentir que aquel capullo continuara con sus abusos.

-Me ayudaste en el momento adecuado. Gracias a tu osadía me di cuenta de que estaba en una relación tóxica y desde ese instante fuimos amigas.

La abracé al recordar aquella anécdota tan simple, pero importante para mí.

-¿Qué te parecería si existiera una *app* que te ayudara a descartar citas con orangutanes como tu ex? Según nos has contado, tu aplicación tiene varios filtros antes de quedar en persona, ¿no?

Me entusiasmé al ver el enfoque de mi amiga.

-No es obligatorio que pases por las dos salas virtuales: *cita a ciegas* y *amor a primera vista*. Puedes ir a los perfiles de los usuarios y proponer directamente una cita presencial, pero si haces el filtro de las citas digitales y la persona te sigue gustando, ¡quedarás con alguien que será muy compatible a ti! -celebré.

-Creo que no he entendido nada -bufó mi madre.

-Carmen, si te descargas la *app* de tu hija, cuando veas el perfil de un chico que te gusta y le concedas las dos citas virtuales que te propone la *app*, si el hombre te sigue llamando la atención es porque después de tanto hablar y conoceros a fondo, ¡sois tal para cual! Como afirma la *app* -explicó la abogada.

-Pero yo no quiero conocer a nadie, estoy enamorada de mi marido -se defendió.

-¡No, mamá! Te dice en el supuesto caso de que estuvieras soltera -suspiré.

-¡Pues es una pasada!

-Sí, la mejor forma de encontrar a tu media naranja -añadí.

Ese cambio de concepto, aunque la *app* fuese la misma, fue fundamental para que me motivara. Ya no era una herramienta que únicamente te daba facilidades para conocer a alguien interesante, sino que te ofrecía pistas para ahorrarte citas tediosas y aburridas con personas que no eran tan compatibles.

A la semana siguiente, la subí a las plataformas digitales y contraté un potente paquete de publicidad en la red. La visibilidad de la aplicación fue increíble. En pocos días ya tenía más de diez mil personas inscritas que buscaban ahorrarse citas de mierda para encontrar a alguien con quien tuvieran más cosas en común. El boca a boca fue haciendo efecto y el ameno funcionamiento de las citas virtuales enamoró a más y más gente. Pasado medio mes, superaba las cien mil personas inscritas y los ingresos comenzaban a asomarse a mi cuenta bancaria. ¡Por fin había dado con un negocio rentable y que estaba disfrutando!

Quise montar una pequeña fiesta para celebrar el triunfo de mi empresa. Algo íntimo, que asistieran amigos y familiares. Invitaría a mis padres, a Daniela y a varios colegas que siempre me habían apoyado.

Busqué en la agenda del teléfono los nombres de mis colegas para no dejarme a nadie. Se me cortó la respiración cuando vi el de Marín. Llevábamos casi un mes sin hablarnos. Desde que lancé la lata a la cara de Becky. Lo nuestro siempre era un *casi: casi* nos besamos, *casi* un mes sin nada de contacto, ¡*casi* me da algo al ver su número! Quería llamarlo, preguntar cómo estaba e invitarle a mi celebración. Pero el miedo a que no descolgara me bloqueó. Además, él tampoco me había llamado desde entonces. Estaba hecha un mar de dudas y no sabía cómo actuar. Seguía sintiendo algo por él que no podía esconder. Fantaseaba con nuestro casi beso, con acariciar su cuerpo y fundirnos en uno. Extrañaba nuestras quedadas, las bromas sin filtro y las miradas que lo

decían todo sin abrir la boca.

Cerré los ojos para abrirlos con fuerza y apartar el orgullo. Lo llamé. Mi corazón se aceleró con cada tono. Al cabo de unos segundos, descolgó.

-¿Mimi?

-Buenos días, Marín. ¿Qué tal estás? -pregunté con timidez.

-Sorprendido. No esperaba tu llamada.

-¿Sorprendido y molesto o solo sorprendido? -Contuve la respiración

-Sorprendido y feliz. Pensé que ya no querías saber nada de mí -confesó.

Solté una bocanada de aire al escuchar su respuesta. ¡Estaba feliz de oírme!

-Me daba una vergüenza espantosa llamarte después de mi numerito de aquella noche. Por no mencionar la herida que le hice a Becky. ¿Cómo está?

-Desde ese momento no te aprecia mucho -bromeó-. Pero no fue nada, la llevé al hospital y la curaron. No le hizo marca.

Nos quedamos en silencio.

-¿Sigues enfadado? -disparé.

-No, pero me tienes que explicar muchas cosas, ¿no crees? -Su tono de voz era amable. No estaba disgustado. Tal y como aseguró, se mostró dichoso por haberle llamado.

-Mañana por la noche celebro una fiesta por el buen comienzo de mi *app*. Es algo íntimo, solo amigos cercanos y mis padres. Me gustaría que te pasaras. Podemos hablar cuando se vaya la gente -propuse.

-¿Dónde es?

-A las diez en una terraza al lado de la playa. Te paso la dirección en un mensaje.

-Sabes que trabajo a esa hora, ¿no?

Lo imaginé sonriendo con picardía. Lo conocía perfectamente y sabía que se estaba haciendo el interesante. No le faltaba razón al asegurar que tenía que atender su negocio, pero decidí insistir.

-Es importante para mí.

-¡Ok! Iré después de cerrar la furgoneta. Quizás llegue un poco tarde, pero cuenta conmigo.

«¡Dalo por hecho!», pensé. Era el momento de dar el primer paso para averiguar si Marín y yo éramos «Tal para cual».

## Capítulo 18

### *Preparándome*

Había repasado como unas veinte veces lo que iba a ponerme aquella noche tan importante. Me decanté por un vestido corto de flores estampadas, unos zapatos rosas monísimos y dejé mi melena suelta. Me veía imponente y con la fuerza suficiente para conquistar a quien se me antojara. Aunque solo pensaba en un hombre: Marín.

Cuando llegamos Daniela y yo a la terraza del restaurante, solté un grito de felicidad al comprobar lo preciosa que la habían decorado. Las mesas y las sillas eran de madera, cientos de bombillas iluminaban las paredes del lugar y el picoteo tenía una pinta deliciosa. Enfrente, se divisaba la playa y el mar coqueteando con el cielo estrellado.

-Es perfecto -susurré.

-¿Estás segura de lo que vas a hacer? -quiso asegurarse mi amiga, que estaba a mi lado.

-No, pero me he escuchado y es lo que quiero. -La miré y sonreí-. Si me equivoco, por lo menos, me habré hecho caso.

Me encogí de hombros y, después, le di un golpe con mi trasero.

-Creo que eres muy valiente y horterera al mismo tiempo -aseguró la abogada.

-¿Eso qué significa?

-No lo sé -rio-. Tendrían que inventar un calificativo para expresar lo que siento ahora mismo.

Reímos al unísono. Los nervios comenzaban a asomarse y no sabía si sería capaz de ejecutar mi plan, pero tenía que intentarlo. Después de tantos días pensando en qué era lo que fallaba respecto a las relaciones, llegué a la conclusión de que siempre esperaba que mi pareja actuara y jamás tomaba yo la iniciativa. Aquella noche demostraría que era capaz de tomar las riendas y declarar mi amor a grito pelado. Iba a dejar a Marín tan alucinado que no tendría la menor duda de lo mucho que lo quería.

La fiesta fue transcurriendo con normalidad. Fueron llegando los invitados, se sentaron a la mesa y se dejaron sorprender por los sabores de los aperitivos; empañadillas de marisco, embutido, queso, patés... Además, el vino estaba delicioso. Bueno, yo no lo probé para intentar no fastidiar lo que haría más tarde, pero mi madre me aseguró una docena de veces que el vino estaba tan rico que no necesitaba ni té ni ron.

Miraba el reloj y cada vez me ponía más atacada. Marín no llegaba. Observaba de reojo la entrada de la terraza para ver si aparecía, pero pasó hora y media y no hizo acto de presencia.

Mi madre le dio un apasionado beso a mi padre y se puso de pie. Dio varios golpes a su copa con una cucharilla para llamar la atención de los que estábamos presentes, pero fueron tan

intensos los toques con el cubierto que reventó la copa. Se machó su vestido ibicenco con la bebida.

-¡Ay! Si es que las hacen tan frágiles que se rompen con solo mirarlas -protestó.

«No, mamá. La has aporreado tan fuerte que resulta extraño que no se haya hecho añicos al primer golpe», quise decir, pero ahogué mi pensamiento.

Los invitarios rieron y mi madre hizo un par de bromas para restar importancia a su descuido. Entre otras cosas, soltó que pusiéramos un bote entre todos para financiarle otro vestido. Después de su comentario, propuso un brindis.

-Todos sabéis que Mimi no es un portento a la hora de escoger negocios -comenzó de la forma más estrepitosa-. Solo hay que recordar su agencia de adopción de pingüinos. ¿Quién narices iba a adoptar un pingüino?

Me miró y me cucó un ojo. Como si aquel hiriente comentario fuese una broma ingeniosa o me halagara. Me hice pequeña y deseé que la tierra me tragara. Otra opción válida era que se cortara la mano con la copa rota para que dejara de hablar. Aunque dudo mucho que ni desangrándose fuera capaz de callarse.

-Aun así, siempre hemos confiado en ella. Sabíamos que encontraría su camino si aprendía a escucharse a sí misma. Ha tardado treinta y un años en hacerlo. Pero después de un empleo cutre como locutora de ofertas rancias y pillarse de un hombre que se empotraba a todo lo que se movía, ha sido inteligente al apostar por lo que le motiva de verdad y escuchando a su corazón. Hija, ¡eres un ejemplo a seguir! Te queremos.

Creo que fue el peor discurso que había escuchado nunca. No sabía si aplaudir o abofetearla. Respiré aliviada cuando se sentó. Entonces, su cara se iluminó y me miró sonriendo.

-¡Yo adopté a un pingüino y si me lo hubiese pedido habría adoptado a toda la colonia! -dijo Marín a mis espaldas.

Le devolví la sonrisa a mi madre y me giré para comprobar que quien había pronunciado aquella frase era él. Me levanté de la silla y fui a su encuentro. Me recibió con los brazos abiertos, pero me detuve a pocos metros. Casi me da un infarto. No podía creerlo.

-¿Qué hace ella aquí? -pregunté, señalando a Becky, que estaba detrás de él.

-Espero que no te importe que me acompañe. -Puso cara de apuro.

-Estamos saliendo juntos, ¿hay algún problema? -añadió la rubia.

El corazón me dio un vuelco y perdí las fuerzas. No sabía qué hacer ni dónde meterme. ¿Había perdido la oportunidad de conquistar a Marín? Tragué saliva e intenté que no se me notaran las ganas de llorar. No lo conseguí. Mis ojos se volvieron vidriosos.

-¡Es broma! -exclamó Becky-. Cambia ese gesto de niña desvalida, que eres muy guerrera cuando te lo propones. Si no díselo a mi frente.

-Serás zorra -bramé.

Aunque he de admitir que sentí un alivio inmenso al saber que solo había sido una invención cruel.

-Es mi pequeña venganza por sacudirme con la lata. ¡Donde las dan, las toman! -Se encogió de hombros al pasar a mi lado-. Si te parece bien podemos empezar de cero. Yo olvido tu agresión y no te denuncio y tú me invitas a tu fiestecita y te ríes de mi broma inocente -propuso con sarcasmo.

-No creo que sea tan fácil que ahora seamos amigas -protesté.

Becky me miró con pereza y soltó un bufido.

-A mí me da igual. Pero para él es importante que nos llevemos bien -explicó señalando a mi amigo.

Observé a Marín y dibujó una sonrisa en su rostro.

-¿Tanto os cuesta mantener un mínimo de cordialidad? -preguntó.

«¡Sí! La odio», quise responder, pero me contuve. Le cogí de la mano, dejando claro que nuestro vínculo era más fuerte, y asentí.

-Lo intentaré -rechisté.

-Estoy convencida de que nos vamos a llevar superbién -celebró dando unas palmadas.

Todo lo que salía de su boca me sonaba más falso que un discurso en un mitin político. Se la veía sobreactuada y con ganas de complacer a Marín, pero sin la intención sincera de llevar a cabo su cambio de actitud. Aun así, decidí fiarme a medias de aquella tipa y disfrutar de mi fiesta y de todo lo que tenía preparado para Marín.

Daniela me miró con asco al ver a Becky. «¿Qué hace esta arpía aquí?», me preguntó con la mirada. Sí, las buenas amigas nos comunicamos con los ojos y, a veces, hasta con un simple pestañeo. Me encogí de hombros e hice un ademán con la mano. Ella no se dio por vencida y vino hasta donde estaba.

-¿La has invitado? -Se mosqueó Daniela.

-Ni harta de ron con té -me defendí.

-¿Y qué hace aquí? -insistió.

-Díselo a Marín. Se ha empeñado en que nos llevemos bien.

-¡Qué pesadito que es el tío con que seamos amigas de ella! ¿Acaso no se ha dado cuenta de que nos cae fatal? ¿Cuántas latas tienes que lanzarle a la cara para que lo pille?

-¡Basta! -intenté zanjar el tema. No podía alterarme.

-Te va a fastidiar tu sorpresa -apuntó.

-No me pongas más nerviosa. ¿Podrás distraerla?

-¿Yo? -Me miró perpleja.

Le dediqué una sonrisita tierna para que se apiadara de mí.

-No prometo que *Barbie* Croqueta salga ilesa, ¿ok?

-¡Eres la mejor! -exclamé.

-Lo sé. Ve a preparar todo. Yo me ocupo de la repelente.

-Aún no me puedo creer lo que voy a hacer.

## Capítulo 19

### *La sorpresa*

Un desastre no fue. Aunque mi acto romántico tampoco salió tan bien como había pensado. Por lo menos, en esta ocasión, nadie tuvo que ir al hospital. Falto poco, eso sí, pero al final no hizo falta asistir a urgencias.

Pasada la sorpresa inicial al ver a Marín acompañado de Becky, los camareros nos sirvieron los cafés y los dulces que había solicitado. Unas trenzas de hojaldre muy ricas bañadas en miel y chocolate, ¡todo sanísimo! Quise asegurarme algún placer por si Marín me rechazaba. Desfrute de tres deliciosas trenzas antes de lanzarme a la locura que había organizado. Hice una señal a Daniela para que distrajera a *Barbie* Croqueta. Mi amiga asintió y se sentó al lado de Becky.

-¡Qué mona has venido esta noche! -exclamó la abogada.

-¡Vaya! ¡Es una sorpresa escuchar un halago de tu boca! Ya te has puesto ciega a carajillos, ¿verdad?

Daniela contuvo un grito e hizo el esfuerzo de no mandarla a la mierda para no echar a perder mi plan.

-¿Esas tetas son tuyas o son operadas? -forzó una sonrisa.

-¡Sí, mujer! ¡A ti te lo voy a decir! Para que después vayas a la misma clínica que yo y te dejen tan espectacular.

La bobalicona había picado el anzuelo. Daniela sabía engatusar a cualquiera y Becky no iba a ser una excepción. Mi amiga levantó el pulgar, indicándome que tenía vía libre para llevarme a Marín. Inhalé una enorme cantidad de aire, me puse de pie y cogí a mi amigo de la mano.

-¿Podemos hablar? -le susurré al oído.

Sé que se estremeció al notar mi voz cerca de su piel porque se le puso el vello de punta. Aprecié su dulce aroma y me mordí el labio. Tenía que salir de dudas y saber si él sentía lo mismo que yo antes.

Tiré de él y me siguió. Caminamos hasta la parte trasera de la terraza, que se comunicaba con la playa, y nos descalzamos para andar sobre la arena.

-¿A dónde vamos? -preguntó.

-Es una sorpresa.

Se detuvo y me pegó a su cuerpo. Su mirada me desnudó con descaro. Tragué saliva. ¡Joder! ¿A qué venía eso? ¿Por qué no me hacía caso y seguíamos paseando por la playa?

-¿No te irás a declarar? -disparó.

-¿Qué te hace pensar eso? -Levanté el entrecejo, intentado disimular.

-No sé. Quizás que estamos paseando por un sendero romántico al lado del mar y tú estás cardíaca -me acusó.

-No serás tan capullo de fastidiarme la sorpresa, ¿no? Llevo preparándola desde ayer.

Levantó las manos para hacerse el inocente. Entonces, dibujó una sonrisa, me lanzó otra mirada de esas que funden la ropa interior de cualquier persona y me abrazó de nuevo. Pegó su frente a la mía.

-No voy a cometer otra vez el mismo error -susurro.

-¿Cuál?

-Que me adelantes al decirte que te quiero -aclaró con una voz tan sexy que casi me desmayo.

-Vas sobre seguro -jugué-. Ya sabes cuál es mi respuesta.

-Te equivocas. -Negó con la cabeza-. Puede que piense que, en estos días que nos hemos distanciado, te hayas desenamorado de mí.

-Y si ha sido así, ¿cómo podrías volver a enamorarme?

¡Me lo dejó en bandeja! Olvidé mi plan e hice lo que el cuerpo me pedía: improvisar y dejarme llevar.

-Así -dijo en voz baja.

Me besó con pasión. No sabía cuánta falta me hacía el sabor de sus labios hasta que los probé. En ese instante me volví adicta a él. Pasé las manos por su espalda para que nuestros cuerpos satisficieran la necesidad de estar juntos. Soltó un leve gemido que me estremeció. Ese beso no marcó el final de nuestra amistad. Al contrario, la elevó y confirmó algo que llevábamos tiempo sospechando: que éramos unos afortunados al enamorarnos de nuestro mejor amigo.

-Te quiero -confesó, sonriendo.

-Yo también te quiero.

-Hemos tardado en dar el paso, ¿eh? -rio.

-No sabía qué era lo que sentía hacía ti -le expliqué-. Tampoco quería arriesgar nuestra amistad por un impulso.

-Jamás pensé que tú sintieras lo mismo por mí. Llevo colado de ti varios años, pero prefería respetarte y no decir nada antes de meter la pata.

Seguíamos abrazados, sin tener prisa por soltarnos.

-Podías haberme dado alguna pista. Con lo bocazas que sueles ser y lo calladito que estuviste. Aunque mi madre y Daniela, incluso Héctor, se dieron cuenta de que te gustaba -reconocí.

-¿Qué es eso? -preguntó con los ojos entrecerrados.

Me di la vuelta y vi ¡mi sorpresa! Me separé y lo cogí de la mano.

-¡Ven! -ordené.

A lo lejos se divisaban dos luces, y, a medida que íbamos avanzando, se reconocía una mesa con dos copas de vino, un plato con trufas y dos velas encendidas.

-Aquí es donde tenía pensado declararme -aseguré, señalando la mesa-. Pero te me has adelantado.

Sonríó incrédulo. Sus ojos brillaban y me apretó con fuerza la mano.

-¡Es precioso! Nadie había hecho algo parecido por mí -celebró.

Me cogió del culo con ansia para levantarme y me besó con pasión. Con la inercia de su gesto, golpeé la mesa con el pie y caímos al suelo. La arena amortiguó nuestro golpe. Me pareció todo superromántico y morbosos: los dos en medio de la playa, bajo la luz de la luna y dejándonos llevar por nuestros impulsos. Marín me tumbó boca arriba y comenzó a besar mi cuello. Me incorporé para quitarme el vestido y quedarme en ropa interior.

-¡Caray, qué rapidez al desnudarte! -observó anonadado.

-Demasiado tiempo hemos perdido ya, ¿no crees? -me defendí.

Soltó una risotada y se deshizo de su camiseta. Acaricié sus trabajados pectorales con los dedos y me mordí el labio.

-Marín -susurré con picardía.

-Dime, cariño.

-Hazme el... ¡Joder! -exclamé asustada.

-¿Qué pasa? -preguntó preocupado.

-¡Arde! ¡Arde! -grité.

-Yo también estoy caliente.

-No, joder. ¡La mesa está ardiendo!

Seguramente, el golpe que le di con el pie a la mesa cuando Marín me alzó al aire, tiró una de las velas y prendió el mantel. Nos pusimos de pie para alejarnos del fuego, que fue el reclamo perfecto para la gente que paseaba por la zona y los invitados de mi fiesta. A los pocos minutos, todos observaban la improvisada hoguera y a Marín sin camiseta. Yo busqué mi vestido desesperadamente mientras me exhibía en ropa interior. Cuando lo encontré, me lo puse y sonreí con disimulo. ¡Qué bochorno!

-¡Veo que todo ha ido genial! -gritó mi madre-. No os vistáis. Apagad el fuego y seguid a lo vuestro.

Marín me cogió de la mano y rio a gusto.

-Carmen es la mejor -dijo en voz baja-. ¿Le hacemos caso?

## Capítulo 20

### *Unas copas*

Después de la pillada, de apagar el fuego y regresar a la terraza, pedimos unos mojitos. Yo seguía roja como un tomate, pero la poca vergüenza de Marín y lo natural que se mostraba como si no hubiese pasado nada, me tranquilizó. Hasta que mi madre abrió la boca.

-Entonces, ¿habéis intimado en la playa o qué ha pasado? -preguntó sin discreción.

Miré de reojo a Becky que, a diferencia de muchos de los invitados, no se había marchado y permanecía en la fiesta.

-No ha pasado nada, mamá. -Intenté quitarle importancia al asunto.

-Ahora me dirás que te habías quitado el vestido y él la camiseta porque estabais intentando sofocar las llamas -prosiguió.

-Creo que tu hija ya está lo suficiente avergonzada como para que tú la ataques más -me defendió mi padre.

Me levanté y le di un abrazo.

-¡Ya estáis los dos uniendo fuerzas y dejándome como la mala de la película! -bufó.

-Tu hija me ha regalado el gesto más romántico que nadie ha hecho por mí -aclaró Marín-. Había preparado un postre muy especial con vino a la luz de dos velas.

-¡Y después lo ha flambeado! -añadió mi madre.

-La he cogido en brazos en un arrebato de pasión porque pensaba hacerla mía sobre la arena de la playa y he tirado una de las velas sin querer. Suerte que has tenido, Carmen, porque si no quizás en nueve meses tenías un nietecito -bromeó.

Fue la primera vez que mi madre no supo qué responder. La explicación de Marín había sido tan explícita que la dejó sin palabras.

-Vas de semental en semental -soltó Daniela sin pensar.

La fulminé con la mirada. No hay nada peor que tener una madre bocazas, ¡Ah, sí! Que tu mejor amiga tampoco sepa quedarse calladita. *Barbie* Croqueta no dejó escapar la oportunidad.

-¡Es cierto! La noche de la inauguración, ¿no estabas tonteando con un chico muy atractivo? -preguntó Becky.

-Sí, pero no llegamos a nada. No somos muy compatibles. -Hice un ademán con la mano.

-Ahora que estás con Marín, podrías pasarme su número -bromeó, aunque no me hizo nada de gracia-. No te preocupes, con tu *app* estoy bien servida. La verdad es que la uso mucho y he conocido a gente muy interesante. ¡Me chifla!

¡Eso me gustó más! Primero porque alabó mi trabajo y después porque ya no iba detrás de mi

chico y estaba entretenida conociendo a otros hombres. Aplaudí para celebrarlo.

-Me alegra saber que TalparaCual cumple con su cometido.

-Y a mí que la crearas. Desde que la descargué, mi vida sexual goza de una salud estupenda gracias a los maromos que se inscriben y se ponen en contacto conmigo -aclaró con picardía.

Respiré aliviada. Comencé a ver a Becky como una posible colega y no como una rival a batir.

-¿Le has contado lo del concurso? -preguntó a Marín.

-No me ha dado tiempo -se justificó.

-¿Qué concurso? -pregunté.

-Si todo va bien, tu novio y yo nos vamos a Madrid para participar en el *casting* de un programa de cocina que emitirán este verano.

-¿Juntos? -preguntó Daniela.

-Pero no revueltos -rio Becky.

-¿Qué programa es? -me interesé.

-Uno nuevo que consiste en elegir a la mejor pareja de cocineros del país. Nosotros tendremos que ir superando pruebas culinarias y demostrando nuestras dotes en la cocina. Pueden apuntarse familiares, novios o amigos y tengo enchufe, ¡así que vamos a intentarlo! -Levantó los brazos *Barbie Croqueta*-. ¡El premio son treinta mil euros para la pareja ganadora! Por no hablar de la fama que te da salir en la tele.

-¿Puedo participar yo también? -preguntó mi madre-. Prepararé mis infusiones.

-Mamá, solo es para profesionales -le advertí en voz baja.

Se cruzó de brazos y protestó por mi comentario.

-Carmen, tu té con ron está buenísimo, pero dudo mucho que superes el *casting* de ese programa con una propuesta tan simple. -Daniela intentó hacerla entrar en razón.

-Llevas razón. -Sonrió-. Mejor nos guardamos la receta para nosotras.

Levantó la cabeza con orgullo como si se tratara de un secreto de Estado, en lugar de una infusión con alcohol.

-Si somos seleccionados, estaremos un mes grabando en Madrid -anunció Becky.

Ya comenzaba a caerme peor. ¡Que se fuera al concursito con su prima y dejara a mi chico tranquilo!

-Será una oportunidad de oro para tener una mayor visibilidad como cocinero -comentó Marín entusiasmado-. ¿Qué te parece, cariño?

Intenté no venirme abajo. No me seducía en absoluto que mi novio se fuera a Madrid con *Barbie Croqueta*. Y aún menos que participaran en parejita en un concurso de cocina. ¿Qué podía hacer? ¿Volverme loca de nuevo con un ataque de celos? No, claro que no. Opté por la opción más sensata: ¡mentir!

-¡Eso hay que celebrarlo! No puedo estar más entusiasmada.

¡Mentira! Solo quería llorar y estrangular a Becky.

## Capítulo 21

### *Somos amigos*

Aquella noche me perdí entre las sábanas de la cama de Marín. Hicimos el amor hasta quedarnos sin respiración y comprobamos que, si en el pasado habíamos sido buenos amigos, como amantes nos dábamos un millón de vueltas. ¡En serio! Nunca disfruté tanto ni me sentí tan compenetrada con un hombre. Entre sus brazos, tuve la certeza de que habíamos hecho lo correcto al confesarnos nuestro amor.

-¿No te resulta raro? -le pregunté, mirando al techo de su dormitorio.

-¿El qué? -Decidió jugar un poco más.

-Que estemos en este punto: desnudos y envueltos en sudor después de haber hecho el amor. ¡Tú y yo!

Me besó en la frente y soltó una risa feliz.

-Ha sido brutal. Lo había imaginado un montón de veces, pero esto ha superado a cualquier fantasía -confesó.

-Intenso. Lo resumiría así -me incorporé.

-Yo no quiero resumir nada contigo. -Tiró de mí para que nuestros cuerpos volvieran a estar piel con piel-. Quiero saborear cada detalle de nuestra vida en común.

Entonces, abrió los ojos como platos y dibujó una sonrisa en su rostro.

-¿¿Vivimos juntos?! -propuso-. ¿Te vienes a mi piso?

El corazón me dio un vuelco. Me encantó su propuesta, pero no era el momento de aceptarla. No quería cometer los mismos errores de siempre. Con él no.

-No, Marín. ¿Estás loco? -reí-. Vamos a ir despacio.

-¿Por qué?

Se puso encima de mí y frotó su miembro con mi sexo.

-¿Acaso no te gustaría levantarte cada mañana a mi lado y devorarnos? -insistió.

Lo aparté con delicadeza y me levanté de un salto antes de que me convenciera.

-¡No me líes! Así de pronto, me parece una idea muy apetecible.

-Hay un pero, ¿verdad?

-Pero he aprendido a escucharme y creo que es muy pronto para hacer algo tan importante. Además, estoy de lujo compartiendo vivienda con mi mejor amiga.

Fui hasta el cuarto de baño y me di una ducha. Cuando salí con la toalla enroscada a mi torso, Marín no estaba en la cama. Un olor, que recocí al momento, me invitó a ir a la cocina. Mi chico estaba friendo croquetas y mi estómago rugió reclamando al menos una docena.

-Si van a ser así nuestros desayunos, me pensaré lo de vivir juntos -reí.

Pasé mis brazos por su espalda y le besé en el cuello. Tenía sed, así que abrí la nevera en busca de agua fría. Cogí la botella y un *tupper* llamó mi atención. Estaba lleno de croquetas sin freír.

-¿Por qué no me preparas de las que hay en el frigo? -pregunté.

-Es una receta nueva. Son las que quiero presentar al concurso.

Una punzada atravesó mi estómago al recordar que se iría un mes a Madrid con Becky. Tenía que sonsacar toda la información posible sin parecer que estaba molesta.

-¿Quieres probar una? -propuso, mirándome con entusiasmo.

-Claro, ¡me encantaría! -celebré.

Cogió una croqueta del *tupper* y la frió en la sartén.

-El secreto para que salga crujiente y sabrosa es freírla a fuego alto -añadió, concentrado en su tarea.

-Eres un cocinero formidable, ¿en serio necesitas participar con Becky para superar el *casting*? - No supe ser menos directa.

Se giró hacia mí y me miró alucinado.

-¿Sigue intimidándote? -quiso saber.

Me encogí de hombros.

-Que una chica tan atractiva se marche con mi novio a la capital para participar en un programa de cocina a cientos de kilómetros de aquí, me pone un poco cardíaca. Sé que eres un tío legal, pero nunca se sabe. Quizás, un día superaréis una prueba complicada y continuáis en el programa y lo celebráis de una forma muy efusiva y...

-¿Me crees tan tonto? -preguntó-. Llevo detrás de ti desde hace años, ¡me tienes estoy loco! Becky y yo solo somos amigos.

-Eso decían antes de ti y de mí -susurré.

Marín sacó la croqueta de la sartén y la apoyó en un plato con papel de cocina. Después me besó y me abrazó.

-Solo será un mes y puedes venir a verme cuando quieras.

-¿Cuándo os vais?

-No lo sé, pero no creo que tardemos mucho porque comienzan a grabarlo dentro de dos semanas o así. Haremos el *casting* y el mismo día nos dirán si lo superamos o no.

Cogió la croqueta y me dio a probar un trozo. ¡Qué cosa más rica! Su sabor era sutil, con un toque a queso, y se fundía en el paladar. Puse los ojos en blanco y solté un pequeño gemido.

-¿Te gusta?

Necesité unos segundos para responder.

-¿Bromeas? ¿Es tuya la receta?

Asintió y esperó impaciente mi veredicto.

-¡No necesitas a Becky para ganar! Esto lo más delicioso que he probado nunca.

-¡Es un concurso en pareja! -aclaró entre risas.

Por mucho que mi chico asegurara que solo eran amigos, mi instinto me decía que no podía creer las buenas intenciones de aquella arpía. ¿Podía fiarme de *Barbie* Croqueta y darle un voto de confianza? Al día siguiente descubriría que no.

## Capítulo 22

### *El baño*

Me preparé un baño relajante para recuperarme de todas las emociones vividas el día anterior. Mi encuentro con Marín, la fiesta de mi *app*, las declaraciones, el pequeño incendio y todo lo demás me dejaron agotada. Así que, pasada toda la intensidad, decidí poner un poco de tranquilidad en mi vida, o durante unas horas, aprovechando que estaba sola en el piso.

Llené la bañera con agua calentita. Sí, me gustaba el agua caliente, aunque estuviéramos casi en verano. Añadí sales aromáticas, puse música de los monjes budistas y sumergí mi cuerpo, dejando la cabeza afuera. Respiré hondo e intenté disfrutar de la paz que envolvía el cuarto de baño.

De vez en cuando, me venía a la mente la desagradable imagen de Becky acompañando a Marín en el concursito de cocina y se me hacía un nudo en el estómago. «No lo pienses más», me regañé. «Solo van a ser compañeros y ya está».

Si quería gozar de sosiego tenía que cambiar mis pensamientos. Sonreí traviesa al recordar nuestro momento fogoso en la playa y los más censurables en el dormitorio de mi chico. Se endurecieron mis pezones y decidí saciar una vez más los caprichos de mi cuerpo. Bajé la mano hasta mi sexo para jugar un poco y regalarme un placentero orgasmo. Seguro que así me olvidaba de *Barbie* Croqueta. Imaginé a Marín desnudo sobre mí, embistiéndome. Mi respiración se entrecortaba al ritmo de mis dedos y solté un gemido. Aceleré mis movimientos. Cada vez eran más bruscos. Cuando estaba a punto de llegar al clímax, Daniela abrió la puerta del cuarto de baño con urgencia mientras pronunciaba mi nombre. Yo me llevé tal susto al verla aparecer que grité como una auténtica loca.

-¡Joder! -exclamó mi amiga-. ¡No sabía que estabas masturbándote en el baño!

-No estaba haciendo nada -me defendí inútilmente.

Adoptó una pose de incredulidad y frunció el ceño.

-¿Desde cuándo te toqueteas en la bañera? -preguntó.

El corazón me latía a toda velocidad. Me sentía desnuda, ¡porque lo estaba! Y seguía sin comprender por qué había irrumpido de esa forma tan alarmista.

-¿Estás chalada? ¡Casi me da un infarto! -protesté.

-Sécate y vístete -dijo seria.

-¿Qué pasa?

-Hazme caso, ahora te lo cuento en el salón.

Salí de la bañera, cogí una toalla y me sequé todo lo rápido que pude. Después, me puse un pantaloncito corto y una camiseta de tirantes que me había dejado preparados encima del lavabo.

Seguía nerviosísima y con una ansiedad terrible. Fui en busca de mi amiga, que estaba en el salón con cara de preocupación.

-Me estás acojonando -le advertí.

-Vístete, tienes que salir pitando hacia Puerto Mogán -me informó.

-¿Perdona?

-Carmen te ha estado llamando durante más de una hora y como no se lo cogías me ha llamado a mí.

-¡Por fin has concluido tu baño con final feliz! -exclamó mi madre, que salió del dormitorio de Daniela-. Llevo llamándote un buen rato.

Había apagado el teléfono móvil para que nadie interrumpiera mi momento de tranquilidad. Es obvio que no lo conseguí.

-Creo que pasáis demasiado tiempo juntas -resoplé.

-No estábamos juntas, pero después de lo que se ha enterado Carmen, hemos quedado en la puerta de casa para venir a avisarte.

-¿De qué?

Mi progenitora me cogió de la mano y adoptó una pose de protagonista de culebrón.

-Estaba tomando café con unas amigas en una terracita muy cuca en Las Canteras. Esa a la que hemos ido dos o tres veces y tiene unos churros riquísimos y crujientes. Mi amiga Paqui nos ha contado que su marido no funcionaba en la cama y han decidido que tome Viagra...

-¡Mamá, que te enrollas más que una persiana!

¿A qué venía ese rollo? ¡Eso sí que era un culebrón!

-¡Carmen, no hay tiempo! -protestó mi amiga.

La miré con preocupación cuando la abogada le pidió que se ahorrara su historia, ¡a Daniela le encantaban las batallitas de las amigas de mi madre!

-¡Sí! -Sacudió la cabeza-. En la mesa de al lado había una chica que me era muy familiar. Yo me preguntaba «¿De qué conozco a esta rubia tan mona?».

-¿Becky? -pregunté en voz baja.

Mi amiga asintió seria.

-Pasado un rato, la reconocí, pero ella no se percató de mi presencia. Estaba bien camuflada entre mis compis de yoga. *Barbie Con Fresa*...

-¡*Croqueta*! -la corregí impaciente-. Es *Barbie Croqueta*.

-Eso, *croqueta*. La tipa reía con sus amigas y comentaba en voz alta que en dos horas iba a participar en un importante *casting* para un concurso de cocina de la televisión.

-Pero si la prueba es en Madrid, ¿cómo van a hacerla hoy?

-Es aquí. En Puerto Mogán. Un equipo de la tele se ha desplazado hasta Gran Canaria para realizar el *casting* a los candidatos. La han avisado a primera hora de la mañana y ha llamado a Marín para que asistan. ¡Van a hacerla en menos de una hora!

-Joder, tengo que desearle suerte a mi chico -apunté.

-Hija, debes impedir que participen -me dijo con contundencia.

-¿Por qué?

-Le he escuchado decir que, durante el *casting*, delante de las cámaras, le va a pedir a Marín que sean socios y así podrán pasar más tiempo juntos para que la muy zorra lo engatuse. Ha tramado un astuto plan para dejarte fuera.

Comencé a reír. Obviamente, la información no era de mi agrado, pero no podía dejarme llevar por los celos otra vez y hacer una locura. Decidí confiar en mi novio.

-Que esa arpía haga lo que quiera. No conseguiré enamorar a Marín.

-¿Ya está? -Mi madre se cruzó de brazos-. ¿No vas a hacer nada?

-¿Qué debería de hacer? ¿Ir hasta el *casting*, coger a Becky de los pelos y darle una paliza? -Me encogí de hombros-. Paso. Creo que ya he hecho demasiado el ridículo estos meses.

-Mimi, se reían de ti y te llamaban la *pingüino quemamesas*. Aseguraban que en unas semanas tendrías más cuernos que un minotauro.

Sentí como si alguien me abofeteara la cara al escuchar la frase que salió de la boca de mi madre.

-Sabes que no soy yo la que suele animarte a que cometas actos irresponsables, pero debes de demostrarle a *Barbie* Croqueta que se ha metido con la chica equivocada o te intentará putear siempre que pueda -añadió mi amiga.

-Hija, ahora no es el momento de madurar. ¡Ya lo harás más tarde! Te toca vengarte de esa traidora.

Creo que ese fue el peor consejo que me dio mi madre y, como no podía ser de otra forma, decidí seguirlo. No era una cuestión de celos. Confiaba en mi novio y sabía que sería fiel, pero Becky tenía que aprender a respetarme. Aunque fuese a base de lanzarle más latas a la cara.

-¡Me habéis convencido! ¿Cuál es el plan? -Las miré, esperando una respuesta brillante.

-No hemos pensado ninguno -aclaró Daniela.

-¿Qué? ¿Os presentáis como dos atracadoras, me soltáis todo este rollo y no tenéis nada pensado?

-Coge un taxi, ve a Puerto Mogán e improvisa algo para que no participen en el puto *casting*. No creo que sea tan complicado -me ordenó mi madre-. Ponte algo decente mientras bajo a la calle en busca de nuestro transporte.

Eso hice. Me puse un *short* vaquero, una camiseta sin mangas y unas sandalias. Encendí el teléfono móvil y vi los cientos de llamadas perdidas de mi madre y Daniela. Además de dos de Marín. Le devolví la llamada, pero lo tenía apagado. Seguramente les habían obligado a desconectar los móviles durante el *casting*. ¡Tenía que detener aquella proposición envenenada! Conocía a mi chico a la perfección y sabía que sería incapaz de negarse a ser socio de Becky si decenas de personas observaban impacientes que él respondiera.

En menos de cinco minutos estábamos subidas en el taxi, que mi madre había medio secuestrado. El taxista indicó que lo estaban esperando y lamentó no poder ayudarnos. Mi madre fue más

convinciente.

-Señora, llame a otro. Tengo que hacer una carrera. Me han avisado por la radio que he de recoger a unos clientes aquí al lado.

-Claro, a nosotras -insistió.

-¿No me ha entendido?

-Mire, caballero. Tiene dos opciones: o nos lleva usted hasta Puerto Mogán y le damos una generosa propina por su amabilidad, o le echo del coche y conduzco yo misma.

El conductor tragó saliva, avisó a la central que había tenido que recoger a otras personas y aceleró para llevarnos lo antes posible. Le di un beso a mi madre como muestra de admiración y agradecimiento.

Tardamos veinte minutos en llegar al pueblecito costero del sureste canario. Era precioso y me encantaba visitarlo con frecuencia porque me transportaba a otro lugar con sus casitas pintadas en blanco, sus puentes y la decoración de flores y plantas que abundaba por todos los rincones. Era el lugar perfecto para perderse.

Mi madre pagó la carrera y yo salí corriendo en busca de mi chico. Había un montón de gente en una de las plazas. Parecía que estuviesen observando algo. Me hice hueco entre ellos para comprobar qué miraba. Me topé con una valla que rodeaba la plaza e impedía el paso para que nadie pudiera acceder al centro, donde se estaban realizando las pruebas del programa de cocina. Varias cámaras grababan a las parejas de aspirantes. Les hacían preguntas, tomaban fotos y después les proponían que preparasen una receta con los ingredientes que tenían sobre una mesa y en los fogones que estaban conectados a una bombona de gas. Di un saltito al ver a Marín acompañado de Becky y el corazón me dio un vuelco. Apreté la valla con las manos e intenté acceder al recinto. Estaban a unos setenta metros de mí. Uno de los guardias de seguridad me obligó a retroceder.

-Lo siento, no puede pasar -dijo serio.

-No lo entiende. Necesito entrar.

-Para eso tenían que haberla seleccionado como aspirante. Y por lo que veo no lleva ninguna identificación que la acredite -pronunció con ironía.

Me tentó hacerle una peineta para saber si le servía como acreditación, pero decidí caminar por el sendero de la amabilidad.

-Por favor, caballero. Es muy importante que me deje acceder...

-¡Váyase a tomar por el culo! -espetó de muy malos modos-. Estoy hasta los cojones de los fans de estos programitas. Si le digo que no puede pasar es porque ¡no puede pasar!

¡Joder! Di un brinco hacía atrás. Aquel hombre era un desagradable y un bruto. Me armé de valor, dispuesta a rebatir su grosería. Pero me detuve al observar a una mujer de mediana edad que se acercaba a nuestra posición desde donde estaban haciendo las pruebas y gritaba:

-Necesitamos a dos personas como figurantes de este hermoso pueblecito. -.Miró una carpeta que llevaba entre las manos y después a los curiosos que nos amontonábamos delante de las vallas-.

En concreto, una chica de treinta y pocos y un hombre de cincuenta y tantos.

No puede creer lo que estaba oyendo. Levanté la mano con rapidez y me ofrecí voluntaria.

-¡Yo! ¡Seré la de treinta y pocos! -exclamé risueña.

La mujer se sorprendió ante mi efusividad y soltó una risotada. Me señaló con el bolígrafo que llevaba en la mano.

-Me gusta tu buena disposición -alabó mi actitud jovial-. Tú serás perfecta. Y usted. -se dirigió a un hombre moreno de unos cincuenta años que también tenía el brazo en alto-. ¡Dejadlos pasad! -ordenó a los de seguridad.

Casi siento un orgasmo cuando el orangután movió la valla para permitirme el paso. «¡JÓ-DE-TE!», pensé, sonriendo. Seguro que él me adivinó el pensamiento cuando bajó su mirada al suelo. La mujer nos pidió que camináramos con prisa y, mientras nos acercábamos a la zona donde estaban los aspirantes, nos daba las indicaciones.

-Será todo muy sencillo. Os grabaremos por separados. Tendréis que aparentar que sois habitantes de la isla y decir la frase que os hemos adjudicado.

-Somos habitantes de la isla -dijimos el hombre y yo a la vez.

-Sí, perfecto. No me contéis vuestra vida -bufó.

¡Caray! Allí era todo simpatía y buen humor. Miré de reojo a mi chico, que estaba a unos treinta metros de mí. Parecía feliz y sacudía su cuerpo para liberar los nervios. Becky no lo dejaba tranquilo y, de vez en cuando, posaba las manos en los hombros de mi novio. Iba a destaparla delante de todos para que supieran la clase de persona que era. La ridiculizaría y desearía no haber venido ni quererme quitar a mi chico.

-Tú, la morenita, dirás «En Gran Canaria se come muy rico, seguro que hay mucho nivel». Usted, el del peluquín, su frase es «Hace tiempo que voy a los restaurantes de la isla y la gastronomía es de lujo». ¿Necesitáis que las repita o las habéis memorizado?

Quise abofetear a aquella maleducada o pedirle que se aliara conmigo en mi plan para vengarme de Becky. Seguro que era una buena combatiente. Sin embargo, nos limitamos a asentir.

-¡Perfecto! Esperad aquí hasta que os llamen mis compañeros -nos comunicó, y se perdió entre el resto del equipo.

Yo seguía con la mirada fija en Marín y *Barbie* Croqueta, hasta que mi compañero me sacó de mis pensamientos de ira.

-Me llamo Fortunato y no llevo peluquín -me saludó, tocándose su pelo castaño.

-Yo soy Mimi. No le haga caso a esa impresentable, seguro que está amargada porque nadie le dice nada bonito.

-No me ha importado su comentario. Estoy muy emocionado al participar en un programa como este. Me hace mucha ilusión salir en la tele. Llevo años apuntándome como público o figurante y nunca me llaman -confesó orgulloso.

-¡Pues me alegro mucho por usted, Fortunato!

-Y tú, ¿por qué has venido? ¿Para conocer a algún famoso? -preguntó.

-No. ¿Hay algún famoso? -Me sorprendí, pero volví a mi plan-. Da igual. Estoy aquí por otra razón.

-¿Cuál? -insistió.

-¿Ve a aquel chico tan guapo que está al lado de una rubia muy tonta? -Señalé a la parejita de cocineros.

-Ella también es preciosa -asintió.

-¡Y una fresca! -añadí furiosa-. Resulta que ese hombre es mi novio y la que le acompaña es una amiga de él que pretende proponerle que sean socios para pasar más tiempo juntos y así quitármelo.

-¿Quitártelo? -repitió- ¿El chico te pertenece?

-No, pero es mi novio -me defendí.

-¿Confías en él?

-Sí.

-Entonces, ¿a qué has venido?

-A dejarle clarito a esa listilla que no puede jugar conmigo -vacilé.

-¿Para qué? Si él te quiere no tienes nada que temer, ¿no crees?

¡Me tocó un filósofo como compañero! Resoplé agotada y dudé de mis intenciones. ¿Estaba haciendo lo correcto al intentar sabotear el *casting*? Quizá aquel hombre me estaba dando el consejo que necesitaba.

-No quiero perderlo -susurré.

-Creo que tienes más papeletas de alejarlo de ti si haces ese tipo de estupideces.

-Lleva razón -admití-. Los celos pueden ser...

Y entonces el corazón casi se me salió del pecho al ver a Becky abrazando a Marín. Sentí una descarga de adrenalina que me empujó directamente hacia ellos. Avancé con rapidez, dudando si la insultaba a lo lejos o directamente me lanzaba sobre ella. Los sabios consejos de Fortunato revoloteaban por mi mente, pero no lograron frenar mis ganas de venganza.

Me planté delante de ellos.

-¡Tú! -Señalé a la rubia-. ¡Suéltalo! ¡Eres una guarra!

Becky se despegó con rapidez de mi chico y cuando me vio se le desencajó la cara. El cuerpo me temblaba, la respiración me iba a cien por hora y mis latidos iban tan acelerados que estaba al borde del infarto. ¡Todo por culpa de Becky! Ella se refugió en mi chico para protegerse de mí. Y justo en ese momento, fue cuando me di cuenta de mi terrible error al ver la cara de incomprensión de Marín. Sentí una punzada en el estómago al haber sido tan insegura y egoísta. Fortunato, sin apenas conocerme, intentó hacerme entrar en razón y evitar que cometiera una locura. ¿Qué más daba que Becky le propusiera ser socios o que intentara conquistar a mi novio? ¿En tan baja estima me tenía para pensar que él aceptaría y me dejaría por *Barbie Croqueta*? Y lo más importante, ¿qué cojones estaba haciendo en medio del *casting*, gritando como una perturbada? Tenía que ampliar mi círculo de amigos más allá de Daniela y mi madre. Sus consejos eran

desastrosos.

-¿Qué pasa, cariño? -preguntó Marín extrañado.

¿Qué podía hacer? Solté un soplando y decidí ser sincera. Ya nos habíamos ocultado la verdad y nuestros sentimientos durante mucho tiempo. Tenía que respetar sus decisiones, confiar en él y hablar desde el corazón. Eso sí, a un volumen mucho más bajo.

-Perdóname, Marín. Mi madre se enteró de que Becky se había propuesto pedirte durante el *casting* y a traición, para que no pudieras negarte, ser socia tuya y así pasar más tiempo contigo para enamorarte. Una vez más, me he dejado llevar por la rabia y los celos. Me he colado para sabotear vuestra prueba. Quería impedir que se saliera con la suya.

-¡Estás jodida de la chota! -exclamó Becky, dando un paso hacia mí.

-Lo estoy empezando a pensar. -Me encogí de hombros y derramé una lágrima-. Pero no voy a cometer el mismo fallo de siempre.

-¿Me vas a golpear con una lata? -dijo la repelente.

Inspiré profundamente y sonreí.

-Marín, confío en ti. Sé que me quieres y no me hace falta nada más. Respetaré tu decisión si quieres participar con Becky en este concurso y asociarte con ella. Sé que serás honesto y nunca me harás daño. No me hace gracia porque no la soporto, pero aún me agrada menos sentirme como una energúmena por culpa de los celos.

Me quedé súper a gusto al vomitar la verdad y liberarme de mis miedos.

-¡Lo has oído! No me soporta -se dirigió a Marín-. Se ha inventado todas esas gilipolleces para ponerme en tu contra.

-Al contrario. Aunque no le caes bien, respeta que seamos amigos -matizó-. Creo que eres tú la que intenta que no haya buena armonía entre Mimi y yo.

Becky entró en cólera al comprobar cómo mi chico no le daba la razón y su plan de seducirlo se evaporaba. Comenzó a gritar y a mover los brazos como una desquiciada. Yo la observaba perpleja. Solté una risita ante semejante escena.

-¿Te ríes de mí? -gritó.

Cogió una bandeja con un montón de cubiertos y corrió hacia mí.

-¡Te la vas a comer! Igual que cuando yo me zampé la lata que tiraste.

Yo eché a correr para que no me alcanzara. La gente nos miraba atónita, sin dar crédito a lo que estaba pasando. Me perseguía una loca con una bandeja entre las manos para sacudirme.

-¡Para! -chillé.

-¡Y una mierda! Te voy a dar tan fuerte que...

No pudo terminar la frase porque se tropezó con una baldosa que sobresalía del suelo y cayó de bruce. La bandeja y los cubiertos volaron por el aire, con tan mala suerte que uno de los cuchillos aterrizó atravesando su mano derecha. Una soprano se quedaba corta al lado del chillido que soltó. ¡Madre mía! La muy estúpida se había dado una leche de órdago y, para colmo, se había clavado el filo de un chuchillo en la mano. La miré asustada y, cuando comenzó a levantarse, salí

pitando de aquel lugar.

No tenía sentido que permaneciera más tiempo allí. Ya la había liado parda. ¿Para qué había salido de mi baño placentero, con lo a gusto que estaba jugueteado con el agua?

## Capítulo 23

### *El puente*

Todavía se escuchaba el alboroto de la gente por lo que acababa de suceder. Yo había corrido como una atleta profesional para alejarme de todo el caos. Solté una risotada de lo más liberadora al llegar a un precioso y pequeño puente de piedra peatonal que atravesaba un riachuelo. ¡La que se había organizado! Lamentaba haber dinamitado el *casting* de mi pareja, aunque quizás aún podían participar. Agaché la cabeza y caminé despacio, tocaba regresar a casa. Debía prepararme para la respuesta de Marín, que no sabía cómo reaccionaría. Cruzé el puente con cierto desánimo.

-¡Mimi! -me llamó la voz que más ansiaba escuchar-. ¡Espera, por favor!

Me di la vuelta con frenesí para comprobar que Marín había venido a mi encuentro.

-¿Qué haces aquí? ¿Os han echado? -pregunté arrepentida de mi osadía.

-No. Nos daban la oportunidad de continuar -aseguró, andando hacia mí.

-¿Entonces?

-Paso del concurso, de Becky y de cualquier cosa que no seas tú.

¡Madre mía! Casi me da un mareo al escucharle. Nuestros cuerpos colisionaron en un apasionado abrazo y nos besamos en mitad del puente. Sonreí aliviada, no estaba enfadado ni molesto.

-Lamento lo que ha pasado.

-Deja ya de disculparte. No has hecho nada malo. Llevabas razón cuando asegurabas que Becky intentaba alejarnos y no te hice caso. Si alguien tiene que pedir perdón soy yo -aclaró.

Me encantó que fuese crítico consigo mismo, pero la que había actuado de forma equivocada fui yo.

-¿No estás disgustado?

-Me gusta tu empuje. Es algo que siempre me ha fascinado de ti. Sé que a veces te mete en algún apuro, pero te hace más natural. -Me dio un toquecito con el dedo en la nariz-. Además, ha sido precioso lo que has dicho delante de todos y esa confesión me ha enamorado aún más.

Nos fundimos en otro beso. Estaba impaciente por llegar a casa y hacer el amor con él. Me encendía con cada movimiento, roce y contacto de nuestros labios. Me miró con picardía y sonrió.

-¿Qué pasa?

-Comienzo a sentirme la mujer más bonita cuando me miras.

-Siempre me he sentido así al verme reflejado en tus ojos -confesó.

Casi me caigo del puente al recibir su cumplido, las piernas me fallaron ante semejante afirmación. Marín me cogió de la cintura y me pegó a él.

-¿Qué te parece si vamos a mi casa, nos devoramos en la cama, te preparo algo para cenar y

vemos una peli? -propuso feliz.

-Que soy una afortunada al enamorarme de mi mejor amigo.

-El afortunado soy yo.

-No eres tú, soy yo -maticé.

-Los dos -replicó.

-Los dos -repetí.

## Epílogo

-No me vengáis con excusas rancias y confesad -disparé.

-Lo siento, Marín -dijo mi madre-. Fue idea mía que mi hija irrumpiera como una loca y le clavara el cuchillo a Pechy.

-¡No le clave nada! -me defendí.

-Se llama Becky -la corrigió Daniela.

-¡Tú cállate, que también me animaste! -la acusé, señalándola con el dedo.

-Me declaro culpable, señorita -bromeó mi amiga.

-¡Estáis fatal! -exclamó Marín.

Estábamos tomando unas birras en una terraza en el paseo marítimo, comentando lo que había pasado hacía unos días. Recordábamos entre risas las locuras que encadenamos en tan poco tiempo.

-Mimi sí que está loca -aseguró la abogada-. Ha donado tres mil euros para recuperar el ecosistema de los pingüinos.

-Gano mucho con mi *app*, así que pensé que era el momento de invertir mi dinero en algo que me hiciera feliz. -Me encogí de hombros.

-Bien hecho, hija. En vez de devolvernos la pasta que nos debes, se la das a los pajarracos de la Antártida -bramó mi madre.

-Carmen, creo que a esos lindos animalitos les hace más falta que a vosotros -me apoyó mi chico.

-Si es que eres el mejor -le besé en la mejilla.

Daniela se puso de pie, carraspeó y dio un gran trago a su cerveza.

-¡Chicos, he cogido la excedencia! -anunció feliz.

Me levanté y abracé a mi amiga. Todos la felicitamos y pedimos otra ronda para celebrarlo.

-¿Cómo te sientes? -le preguntó mi madre.

-No sé. Como si empezara una nueva etapa en mi vida -comentó.

-No te falta razón. Es como si comenzaras un nuevo capítulo -añadió Marín.

-Estoy muy nerviosa. Llevaba muchos años trabajando en el mismo bufete y ahora me va a costar adaptarme a mi cambio. Sé que lo he decidido yo, pero aun así me da algo de vértigo. Aunque pienso tomarme unos días de tranquilidad -aclaró.

-¡Yo me iba a Jamaica como mínimo! -exclamó mi madre.

-No quiero gastar todos mis ahorros, tengo que pensar muy bien qué es lo que quiero.

Miré a mi amiga con cariño y le di un beso en la mejilla.

-¿Qué vas a hacer? -le pregunté.

-No tengo ni idea. Solo sé que me lo voy a pasar en grande.

## Agradecimientos

A Cris, Ebony Clark. Me ha gustado mucho escribir contigo esta biología. ¡Te admiro!

A mi familia y a mis amigos.

A Selecta.

A ti, que estás leyendo este libro.

Si te ha gustado

*No eres tú, soy yo*

te recomendamos comenzar a leer

*No soy yo, eres tú*

Tal para cual 2

de *Ebony Clark*



Prólogo

*Un año antes...*

-Por favor, señora, deje de aporrear la puerta. Ya le he dicho que hay aire suficiente y que no le va a pasar nada.

Estuve a punto de mandarle a la mierda y añadirle que no cogiera ningún atajo y disfrutara del paseo. ¿Es que aquel imbécil se creía que estaba hablando con una histérica? Ya sabía que no iba a pasarme nada y que aquello de asfixiarse en el ascensor era una leyenda urbana, que venían con reserva de aire suficiente como para no agobiarme. Pero aquel no era el problema. El problema era que tenía una vista en media hora y no llegaría a tiempo a menos que aquel idiota hiciera algo rápido.

Pegué la boca a la ranura entreabierto de la puerta del ascensor.

-Mira, como te llames... Es la cuarta vez este año que alguien se queda encerrado en el ascensor. Para mí, la segunda, por si te interesa.

-A lo mejor es que no hacen buen uso.

Apenas acerté a entender lo que decía aquel héroe de pacotilla. No estaba segura, pero *haciendo buen uso* de mi racionalidad profesional, me hice la sueca a su comentario. Ya le diría yo en cuanto saliera lo que pensaba de sus opiniones y en el punto exacto de su anatomía donde podía guardárselas. Fingí ser una dulce damisela en apuros, cosa que solía funcionar la mayoría de las veces.

-Oye... Ya sé que no voy a morir, no estoy sufriendo ningún ataque de histeria ni nada parecido. La cuestión es que tengo que estar en el juzgado en media hora. Así que, si pudieras darte un poco de prisa, te lo agradecería muchísimo... Y cuando digo muchísimo, no estoy hablando en sentido figurado, ¿vale? No sé si los de tu gremio aceptan propinas o no, pero llevo en el bolso un billete de cincuenta euros que está deseando encontrar nuevo dueño.

Silencio al otro lado. Vaya, quizá la oferta no fuera de su agrado. Podía ser que me considerase una roñosa por el importe de la propina ofrecida. Bueno, cincuenta euros no estaban nada mal, ¿no?

Escuché un golpe seco en la puerta y me aparté enseguida. Al otro lado, pude ver un único ojo de un color azul intenso, asomando por la ranura. El bombero que atendía la emergencia desde el otro extremo de la puerta del ascensor debía ser el dueño de aquel ojo. Y seguramente de otras partes del cuerpo humano que yo no podía distinguir, porque estaba atrapada en el maldito ascensor y aquel pequeño detalle lo impedía.

-Enséñemelo.

¿Qué? Sacudí la cabeza, creyendo que había escuchado mal.

-¿Cómo dices? -pregunté con desconfianza.

-Que me lo enseñe -ordenó él con tono seco-. Su billete de cincuenta euros.

-¿En serio? ¿Puedes acelerar mi rescate con la ayuda de una *propinita*?

Claro, yo no podía ver que la cara del bombero ya había cambiado a varios colores, mientras yo continuaba con mi absurdo y repugnante intento de extorsión que, por otro lado, iba a jurar sobre la Biblia no haber cometido si se daba la ocasión.

-Pues claro, señora. Para eso estamos.

Hum, no sé por qué, pero algo en su voz me decía que intentaba tomarme el pelo. De todas formas, estaba desesperada. Lucas me esperaba al otro lado, impaciente. Nuestra clienta era un miembro muy influyente de la comunidad nórdica del sur de la isla. Lucas era un gran orador, pero yo tenía todos los documentos del caso en mi maletín, conmigo dentro del ascensor. Y nuestros jefes ya nos habían advertido: como no le sacáramos hasta el último euro al marido de Greta, un rico empresario madrileño dueño de varias salas de fiesta, ya podíamos buscarnos otro trabajo.

Sin pensarlo, extraje el billete de mi cartera y lo deslicé hacia arriba y hacia abajo por la ranura de la puerta, como si fuera la sexy y seductora pierna de una *stripper* en un bar de carretera.

-Vaya, pues era verdad. Parece auténtico.

Solté una palabrota al escucharle.

-¡Pues claro que es auténtico! Pero ¿qué te has creído? -le grité, furiosa.

-No sé... Mi padre siempre decía que no me fiara de los abogados, que son unas ratas mentirosas... Pero no, oiga, parece que usted es de fiar. Y no tiene pinta de rata... Bueno, al menos desde esta distancia no, ¿por qué no se acerca un poco más para que pueda verla mejor?

-Me encantaría acercarme más, señor No Estoy Haciendo Una Mierda Para Rescatar A Una Buena Ciudadana... ¡Pero estoy sudando como si esto fuera el horno donde el diablo cuece a sus pecadores! Y si me muevo, la cosa va a peor...

-A lo mejor es que lleva demasiada ropa. ¿Por qué no se quita esa bonita chaqueta de Bimba y Lola? Le queda muy elegante, eso sí... Pero ahí dentro debe de haber unos treinta y cinco grados.

-¿Me estás sugiriendo que me desnude? Ay, Dios, esto es la pera... -De pronto caí en su sorprendente dominio de la moda femenina y le pinché en un arrebato infantil: - A ver, ¿cómo sabes que mi chaqueta es de Bimba y Lola, eres un diseñador frustrado o qué?

-Qué va. Es que le regalé una igual a mi madre por su cumpleaños, solo eso.

Miré con disimulo mi chaqueta de punto gris con los puños y cuellos ribeteados en negro. Combinada con mis vaqueros y mocasines, me parecía una excelente elección para llevar al juzgado; *arreglada pero informal*, como diría la madre de mi mejor amiga. Sin embargo, ahora que el agente de emergencias mencionaba el regalo de su madre, me hizo sentir mayor y poco atractiva. Seguro que lo notó, porque al segundo siguiente quiso arreglarlo... sin éxito, claro.

-Oiga, no se enfade... Le queda bastante bien, en serio... Se parece un poco a esa abogada de una serie de hace un millón de años... ¿cómo se llamaba? Tiene que acordarse, más o menos es de su época, ¿no?

«Ally McBeal, idiota, era Ally McBeal», grité mentalmente, furiosa porque el tío, no contento con meterse con mi ropa, ahora me llamaba carroza en la cara.

-Sí, lo que tú digas... -corté bruscamente.

-¿O era *Remington Steel*? -se preguntó él en voz alta, hablando consigo mismo al principio:- Ahora no lo tengo muy claro, pero usted debe tener más o menos la edad de mi madre, ¿a que sí? Seguro que se acuerda.

-No soy cinéfila -mentí.

- ¿No? Pues debería... ¿No ha visto *Ben-Hur*, la versión original?

Me golpeé la frente con una sonora palmada. ¿De verdad? ¿De verdad me había tocado el bombero humorista? Estaba a punto de darme un ataque, pero no de risa precisamente. Iba a gritarle a pleno pulmón que se dejara de hablarme de series y películas, que se estaba pasando y mucho al insinuar que yo tenía edad para haberlas visto en algún cine el día de su estreno. Me detuve al instante. Ya veía por dónde iba... Mi instinto me decía que solo pretendía, muy mal, todo fuera dicho de paso, entretenerme mientras me sacaban de allí. Debía ser el psicólogo del grupo. O el chistoso, no estaba segura.

-Pero ¿qué dices? Mira, ¿vas a sacarme de aquí o no? -apremié.

-Ya le dije antes que sí, señora.

-Sí, ya sé que lo dijiste... Pero también dijiste que tenías que esperar que tu compañero encontrase no sé qué llave maestra... Y yo no tengo tiempo que perder. Conque, ¿quieres o no quieres los cincuenta euros?

Otro silencio.

-No sé... ¿Es que le sobran o qué?

La pregunta me dejó perpleja. Seguro que él intentaba darme conversación, tal y como le habían enseñado en sus cursos sobre cómo enfrentarse a situaciones límite. Pero no era mi caso. Miré el reloj de pulsera y se me aceleró el corazón.

-Pero ¿qué coño importa si me sobran o no, no te estoy diciendo que te los quiero dar? -casi le grité, tratando de no perder el control.

-Es que quiero que quede bien claro que me los quiere regalar.

Apreté los dientes.

-¡Pues claro que te los quiero regalar! Toma, hombre, cógelo ya... Y te compras la edición Oro de coleccionista de *Ben-Hur* y unas palomitas a mi salud... ¡Pero sácame de aquí! -Lo dejé caer por la ranura y sentí como unos dedos recogían el billete al otro lado de la puerta.

Después, un sonido que recordaba al crujido del papel de cebolla junto a un teléfono. Una emisora de radio. «Oye, que la loca del ascensor quiere dar un donativo para Bomberos sin Fronteras, ¿qué hago, lo acepto?... Sí, como una cabra, tío... Más vale que te des prisa con la llave maestra. Estoy por largarme a desayunar y dejarla aquí hasta que vengan los de mantenimiento del ascensor...».

No pude contenerme por más tiempo. Aporreé el ascensor con los puños, con el maletín y hasta con un par de patadas al estilo Bruce Lee que había visto en alguna película.

-¡Oye, que me estoy enterando de todo! -chillé.

—... Vale, lo intentaré... No te prometo nada... Está como una regadera, en serio... Es que la oyes hablar y parece la abogada corrupta de una película de la Mafia, tío... Bueno, una mezcla de eso y un palo de fregona desmelenado... Date prisa, tío, da un poco de miedo...

-¿Cómo te atreves? ¡En cuanto salga de aquí, te voy a denunciar! ¡A ti y a todos los del cuerpo de

bomberos! ¿Tú para quién trabajas, para el Ayuntamiento, para el Cabildo...? Es que me van a oír... -Me lancé a las amenazas como una estúpida, viendo que era imposible que llegase a tiempo a mi juicio-. ¡Y devuélveme los cincuenta euros!

Seguí golpeando la puerta y perdí la noción del tiempo. De pronto, las dos hojas metálicas se abrieron por completo y me lancé a los brazos del primer ser humano que encontré. Resultó ser Lucas, quien no parecía tan contento de verme como yo a él. Me apartó con brusquedad y cara de fastidio.

-Vamos a llegar tarde. Greta pedirá mis huevos como primer plato y tu culo de postre, que te quede claro.

Miré a Lucas con sorpresa. Ni siquiera parecía un poquito preocupado por que yo hubiera pasado una hora completa de reloj atrapada en el ascensor. En fin, no se lo tomaría en cuenta, ya que los dos estábamos nerviosos por el caso que nos traíamos entre manos.

-Estoy bien, gracias -dije, intentando no parecer ofendida.

Él me devolvió una mirada más amable. El suelo tembló, como siempre, bajo mis pies.

-Por cierto, ese bombero de ahí me dijo que se te había caído esto. -Lucas señaló al hombre de casi dos metros y vestido de azul oscuro que abandonaba el edificio en ese momento, cargado con su mochila de material de emergencias.

Miré el billete de cincuenta euros y estuve a punto de perseguir al bombero para decirle cuatro cosas. Pero se me hacía tarde, así que lo dejé estar y le deseé al bombero mentalmente, suerte con su carrera en *El club de la comedia*.

\*\*\*

*Y así empezó todo...*

Ahora que mi amiga Mimi ha logrado que su aplicación para ligar se convierta en un auténtico éxito, me he propuesto averiguar cómo es posible que haya triunfado cuando yo le auguraba un estrepitoso fracaso. Si tengo que tragarme mis palabras, necesito saber al menos en qué fallaron mis pronósticos. Porque, seamos sinceros. Soy abogada, especialista en divorcios. Algo tenía que saber yo de la condición humana y de sus muchas miserias.

Pero no. Mimi lo ha hecho. No hay memo soltero o incauta aburrída que no quiera crearse un perfil y probar suerte en eso del amor. Ahora, la chica que se arruinó al pretender que, en una isla con un clima genial, prosperase un negocio de adopción de pingüinos, es la chica que puso en marcha el negocio *juntaparejas* más boyante desde *Hombres, mujeres y viceversa*. La cuenta bancaria de Mimi ha dejado de lucir aquel deprimente tono rojo chillón, que ha sido sustituido, para alivio de mi amiga, por un bonito azul cielo. Ahora, Mimi recibe avisos de su banco para ofrecerle préstamos y ventajas. Como si fuera una brillante mujer de negocios y los del banco se dieran de bofetadas para tenerla contenta y que no se lleve sus ganancias a la competencia.

Dicho lo cual, me reitero. Tengo que saber por qué Mimi ha triunfado, de lo cual me alegro sinceramente, y por qué llevo toda mi carrera rompiendo parejas cuando, como la canción de los Beatles, *todo lo que la gente necesita, es amor*. Así que he elaborado una lista de posibles

factores o motivos que hacen que un ser humano, y en concreto una mujer, se lance a la loca aventura de emparejarse:

Porque es muy mono (vamos, que está como un tren).

Porque contribuye a alguna causa humanitaria.

Porque no le importa ir al súper.

Porque quiere portarse como el perfecto caballero y ayudar a una dama en apuros, incluso cuando ella no necesita que la ayuden.

Porque le gustan los animales.

Porque es sensible y llora con las películas románticas.

Porque es un fuera de serie en la cama.

Porque nunca olvida tirar la basura.

Porque siempre se acuerda de las fechas clave.

Porque tiene tiempo para sus amigos y es capaz de escuchar sin juzgar.

Porque sabe perdonar.

Porque aguanta a tu familia.

## Capítulo 1

### *Porque es muy mono*

**A**plicación de citas TalparaCual. Sección *NomeCreonada*.

No nos engañemos. Eso que dicen en las pelis románticas sobre la primera cosa que nos atrae del otro... es mentira. Una mentira como una catedral. Queda bien, eso es verdad, cuando dicen los protagonistas: «fueron sus ojos, los hoyuelos que se le forman en las mejillas cuando sonrío, el modo en que se ahueca el pelo tras las orejas...». Mentira, mentira podrida. Seamos sinceras. Nos fijamos en el culo, como ellos. En si está en forma o un poco fofo. En su corte de pelo y en si lo tiene casposo o grasiento. En si le huele el aliento. En las manos sí, eso es cierto. Pero no de una forma onírica y romántica. Es porque a ninguna le gusta ver unas manos callosas y de uñas roñosas acariciando sus pezones. También nos fijamos en la ropa, en si está limpia y no es de saldo, en como la combina. Si lleva pantalón estrecho al tobillo y calcetines blancos al aire, yo lo descarto definitivamente. Por supuesto, si se agacha delante de mí y le asoma la hucha, es que me largo sin despedirme. En eso nos fijamos. Y no conozco a ninguna mujer que me haya rebatido eso en años. Somos así. Pero sería interesante si alguna puede aportar algo más... ¿En qué te fijas tú? Ya sabes cómo funciona esto: deja tu comentario. Si es respetuoso o no, me importa una mierda. Este es mi espacio y mando yo. Si no me gusta, lo borro y a otra cosa mariposa. Hasta la semana que viene, si quieres.

Fdo.: NomeCreonada... cabreada y madrugadora forzosa.

Cerré de golpe el portátil tamaño pigmeo que tenía en los muslos desde hacía un par de minutos, desde que me había desvelado por enésima mes aquel mes. Y como en las ocasiones anteriores, parecía que el desvele me inspiraba una cita instantánea que me apresuraba a colgar en la web de Mimi. No fallaba... La música me llegaba desde el exterior y sabía que no eran imaginaciones... por enésima vez aquel mes. Vaya, ya estaba otra vez el idiota de las mancuernas. Así no había

manera. Miré el despertador y chasqué la lengua al comprobar que eran las siete y media. Resulta que por culpa de aquel energúmeno obsesionado con sus músculos, estaba yo madrugando más que cuando tenía los exámenes finales en la facultad. Si es que no se podía ser más majadero... Salté de la cama como una valquiria a punto de merendarse a una horda guerrera enemiga y me dirigí a la terraza con paso firme.

Eché una ojeada, con disimulo. A ver, que el aire era de todos y nada me impedía salir a mi terraza para respirarlo un poco si me apetecía. Me cerré hasta el cuello la rebeca multiusos —la llamaba cariñosamente *la piojera*, muy adecuada para ir al súper o bajar la basura— que me había echado sobre los hombros. Que no era plan salir al balcón en bragas y camiseta y que aquel idiota creyera que le enviaba señales erróneas.

Me hice la loca cuando aquel cuerpo de dios griego, sobre el que descansaba una cabeza cubierta por un espeso cabello negro, detuvo su ritual de movimientos al percatarse de mi nefasta sesión de espionaje. Joder... Contra mi voluntad, pensé: «es el putito Aquaman pero sin melena». Si es que tenía de todo y todo en su sitio. Aproveché para darle un repaso muy rapidito a los ojos de un azul intenso que ahora se clavaban en mí con una mezcla de curiosidad y burla. Me fijé en las marcadas líneas de su mentón y en lo alto que era... El muy patoso casi daba con la coronilla contra la bombilla del tejado de la terraza cada vez que practicaba una serie de *me tiro en plancha y me levanto de un salto*... que seguro que el ejercicio tenía un nombre técnico pero el deporte no era mi fuerte.

Tiré de las mangas deshilachadas de mi rebeca, estirando cada lado con la mano contraria y crucé los brazos sobre el pecho. Aquel hombre parecía tener rayos láser en las pupilas y, opción A, me estaba escaneando de arriba abajo como si fuera Terminator a punto de elegir algún arma destructora con la que hacerme picadillo. Opción B, intentaba adivinar si debajo de aquella ropa antilibido que yo llevaba, había un conjunto sexy de catálogo de lencería que me convertía en la mujer de sus fantasías y me perdonaba la vida.

Como no decía nada, levanté la mano en el aire, cuidando mucho que no se abriera mi rebeca y destruyera sus ilusiones con la visión de mi camiseta de los Minions agujereada. No fue un saludo. Era más bien una forma de decirle «Oye, que te he pillado mirando y empieza a resultar un poco violento».

Claro que él podía decirme lo mismo. Porque tampoco es que yo le hiciera ascos a la espléndida visión de su anatomía. Pero yo tenía una excusa y él no. A mí me había despertado una música estridente que resultó ser el tema principal de la película de *Rocky, Eye of the Tiger*. Vamos, que del susto, había pegado un salto en la cama como si tuviera al mismísimo Rocky subiendo y bajando las escaleras de mi edificio y aporreándome la puerta para anunciarme que iba a partirse la cara en un combate.

Y no era la primera vez. El vecino macizo me tenía hasta los ovarios. Así que en cuanto pudiera recuperar el habla perdida por el impacto de aquellos abdominales, pensaba decirle cuatro cosas.

-¡Buenos días! -me gritó el muy descarado desde su terraza.

Por supuesto, no contesté a su saludo afable. Me limité a gruñir, sin perderme detalle de cómo se moldeaba su espalda mientras él se inclinaba para dejar una pesa en el suelo.

-Hola, vecina -insistió él, ignorando mi expresión malhumorada-. Espero no haberte despertado. ¿En serio? Me pareció que se estaba pitorreando de mí. Cualquiera que viera mi aspecto, mi pelo enmarañado y las legañas aún pegadas en mis párpados, sabía perfectamente que acababa de tirarme de la cama.

-Me gusta madrugar -continuó él, sonriente. Se estiró para recoger la toalla que había dejado en el suelo y secarse el sudor del pecho.

¿Ya había dicho que el torso de aquel hombre era lo más parecido a una plancha de adoquines del Leroy Merlin? Traté de no pensar en ello y le dediqué otro de mis gruñidos encantadores.

-Oye, perdona si te he molestado. Pero cuando no tengo guardia, me gusta entrenar temprano. Así aprovecho mejor el día.

¿Cuándo no tengo guardia? ¿Y qué era, médico, policía...? Me picaba la curiosidad, pero antes muerta que parecer interesada.

-Pues qué suerte -dije con evidente sarcasmo.

-Para compensarte, te dejo elegir la música, si quieres.

«Qué generoso», pensé. Compartir su discografía pasada de moda con su vecina desconocida y con pinta de no comerse un rosco. Estuve a punto de decirle dónde podía meterse su oferta, pero me contuve.

-Tienes cara de haber pasado mala noche. ¿Te apetece un chocolate con churros? Hay una cafetería a la vuelta de la esquina. Yo termino en diez minutos. Si quieres, nos vemos abajo y te invito. Por las molestias.

Aquel tío estaba alucinando. Me despertaba un domingo a las siete y media y encima pretendía que me fuera a tomar churros con él como si nada. Ahora sí que valoré seriamente mandarlo a la mierda, sin rodeos.

-Mira... como te llames -empecé a hablar, segura de que mi voz sonaba como la de la niña de *El exorcista* cuando pasaba su peor racha de posesión demoníaca. Mejor, así le quedaba bien claro lo que opinaba de sus churros y de sus abdominales-. ¿Tú sabes qué día es hoy? Lo digo porque me has levantado con ese himno para nostálgicos y casi me da un infarto. Y así, desde hace un mes. Que no quiero parecer la vecina revientafiestas, ¿sabes? Pero ¿qué tal si, en adelante, te marcas tus tropecientos flexiones a la hora en la que el resto de los mortales no esté durmiendo? O por lo menos, cuando lo hagas, te montas tu película en cine mudo y así no fastidias al vecindario.

La expresión cordial del hombre desapareció y fue sustituida por otra de desconcierto y puede que enfado. Se colocó la camiseta con rapidez y fue recogiendo lentamente sus cachivaches de musculitos.

-No te ofendas, ¿vale? Es que se me iban a atragantar los churros -añadí con una sonrisa triunfal. Por lo visto, le había chafado a conciencia su plan dominical.

-No me ofendo. Y para tu información, ya he terminado. Pero como estoy en mi casa, mañana

toca a la misma hora, princesa. Conque, si no te conviene, te compras unos tapones y listo.

Abrí la boca para lanzarle unas cuantas amenazas al más puro estilo del lejano Oeste. Pero se ve que él llevaba más tiempo despierto y su capacidad de reacción estaba muy por encima de la mía.

-Tranquila, que ya me voy. Ya puedes disfrutar de tu magnífico día con las cosas que las tías amargadas como tú suelen hacer- dijo, ufano-. Nos vemos mañana, vecina.

Y al despedirse, todavía tuvo el cinismo de lanzarme un beso volado. Deseé tener el poder de teletransportarme hasta su terraza para hacérselo tragar.

Menos mal que el toque de unos dedos en mi hombro me sacó de la espiral de pensamientos violentos en la que había entrado. Me volví hacia Mimi, apretando los dientes.

-¿Otra vez te ha despertado el vecino? -me preguntó, somnolienta.

Asentí, poniendo mi mejor cara de arpía calculadora.

-Otra vez -repetí con tono frío-. Este no sabe con quién ha topado. Mañana mismo me entero de quién es el presidente de la comunidad de vecinos de ese edificio. Les voy a meter un puro que se van a enterar.

-Joder, Dani. No te lo tomes como algo personal. Si es que tienes el oído fino, reconócelo. Yo ni me entero. Acabo de levantarme porque olvidé poner en silencio el móvil y no paran de entrarme notificaciones de WhatsApp.

-No tengo el oído fino. Lo que tengo es el sueño ligero y problemas para conciliar el sueño. No pienso permitir que este idiota me toque diana un domingo y se vaya de rositas. Ni hablar. - Mantuve los ojos clavados en la terraza de enfrente-. Esto es la guerra, Mimi. Si quiere pelea, se la voy dar. Pues buena soy yo...

-Dani... Que te conozco -me advirtió Mimi-. Que el pobre hombre no hace más que entrenar. Cualquiera que te oyera, diría que está montándose una orgía en pleno balcón.

-No me regañes. Y no te pongas de su parte. Lo hace para fastidiar, eso está claro. ¿Pues no ha querido el tío invitarme a desayunar?

-Coño, Dani, pues haber aceptado. -Mimi me dio un codazo en las costillas, divertida-. A lo mejor, hasta te cae bien. Y a lo mejor, se te quita esa cara de chupar pepinillos en vinagre que llevas puesta desde...

-A ver qué vas a decir... Que te veo venir. -La miré con cara de reproche.

-Dani... Yo solo digo que lo de tu excedencia te está pasando factura, solo eso. Y aunque no lo reconocerás nunca, te molesta que Lucas no te haya llamado ni una sola vez para interesarse por ti.

-No metas a Lucas en esto -la paré en seco. Intuía por dónde iba y no me gustaba.

-No le he metido yo, Dani. Lo haces tú misma. Porque lo has idolatrado durante años y ahora te sientes dolida porque él, y esa es la verdad, tiene su propia vida. Y tú, amiga mía, no formas parte de ella ahora que ya no compartís trabajo ni despacho.

-Somos amigos, eso no ha cambiado -repliqué sin demasiado convencimiento.

En el fondo, Mimi tenía razón. Por más que me lavaba los dientes, no podía quitarme de la boca aquel extraño sabor a decepción. Y en parte, se lo debía a Lucas. Mi compañero de trabajo, mi

complemento perfecto en los juzgados. Recordé como hacíamos de poli bueno y poli malo —yo hacía siempre de malo, por supuesto— cuando algún cliente nos contaba la película de su vida, que resultaba ser una gran patraña. Recordé cómo nos mirábamos el uno al otro y, sin decir una palabra, le adivinábamos las intenciones al cliente y nos poníamos de acuerdo con la estrategia que debíamos seguir en el caso.

Recordé todas las veces que nos quedábamos hasta tarde en la oficina y pedíamos comida china en el restaurante que había en nuestra misma calle. Lo atento que era cuando me guardaba la última empanadilla rellena... Lo bien que le sentaban sus pantalones de pinza y su camisa de Emidio Tucci a juego. Lucas sí que era la fantasía de cualquier mujer. Trabajador, detallista, leal...

¿He dicho que estaba casado? Lo estaba. Con Irene. Rubia, alta, delgada, elegante, siempre con el cabello en su sitio. Perfecta. Y muy lista. Había sido la primera de su promoción, como Lucas (también tenían eso en común). Era pediatra, de las mejores. Las mamás se la rifaban en la consulta de la clínica privada donde trabajaba. Irene les hacía a los niños sus trucos de magia con sus Pin y Pon y ellos ni rechistaban cuando les tocaba revisión o vacuna. Los niños la adoraban. Además, en su tiempo libre, Irene era voluntaria de todas las causas benéficas. Campeona regional de golf en la categoría femenina, experta cocinera, amante hija de sus padres... Una *crack* en todo ¿Se notaba demasiado que no me caía bien? Y no es porque le hubiera echado el lazo a Lucas antes que yo. En realidad, Irene daba un poco de miedo. Era como una especie de replicante de *Blade Runner*. Un ser superior de otra galaxia que se hacía pasar por humana para pasar desapercibida y que, tal vez, aguardaba el momento para descubrir su verdadera identidad y acabar con nuestra raza a golpe de su palo de golf.

En cualquier caso, no era asunto mío. De hecho, nunca había pensado tanto en ella como desde que me había cogido la excedencia. Cuando Lucas y yo trabajábamos codo con codo, Irene me era indiferente, o eso creía yo. Tenía la sensación de que le ganaba terreno porque Lucas pasaba más tiempo conmigo que con ella. Me conformaba con eso, así de mezquina era yo. Pero ahora, me daba cuenta de que estaba equivocada. Para Lucas me había vuelto invisible al parecer, en todos los aspectos. Ni un *¿cómo estás?*, ni un *¿necesitas hablar?*, ni un *vuelve, te echo de menos*. Sí, para qué mentir. Estaba decepcionada y mucho. Y puede que Mimi tuviera razón y Lucas fuera la causa. E Irene por extensión, aunque no fuera demasiado justo con ella. Porque Irene no tenía la culpa de ser tan perfecta. Pero ella lo tenía y yo no. Yo solo tenía a Mimi. Y al idiota del piso de enfrente que me despertaba un domingo a las siete de la mañana. Y ese ni siquiera era nada mío.

-Anda, vamos a prepararnos un desayuno de esos que tienen de todo, como en las pelis americanas. -Mimi me echó el brazo por los hombros para obligarme a entrar. Me conocía. Sabía que cuando se me metía algo entre ceja y ceja, no lo dejaba estar.

-¿Tortitas, huevos con jamón, judías y todo eso? -La miré, preguntándome de dónde íbamos a sacar toda aquella materia prima que no formaba parte de nuestra dieta habitual y que no encontraríamos en la nevera. A lo mejor, Marín se había dejado caer con una cajita de croquetas recién salidas de la freidora...

-Pero ¿qué dices? -Rio Mimi, sacudiendo la cabeza-. Empecemos con zumo de naranja y unos sobaos con café con leche y luego ya veremos. Nuestra versión *Spanish* del desayuno.

Asentí. Me parecía buena idea, ya que la exhibición atlética del vecino me había desvelado... por enésima vez.

## Los momentos de crisis pueden ser los más creativos, ¡incluso en el amor!



Mimi es una joven que cree en el amor cursi, repipi y hortera. Ese que está harta de ver en los cuentos de hadas y que jamás ha tocado ni de lejos. Su realidad es muy distinta; acaba de arruinarse gracias al fracaso de su agencia de adopción de pingüinos, no tiene novio y se ha quedado sin piso. Su mejor amiga, Daniela, una abogada experta en divorcios que no cree en el amor, la acoge en su casa.

Una noche cuando asiste a una clase nocturna, conocerá a Héctor, un atractivo profesor por el que sentirá una conexión sexual muy fuerte y se experimentará un apasionado romance.

Por si fuera poco, comenzará a sentir algo nuevo e intenso por Marín, su mejor amigo, con el que ha pasado momentos inolvidables compartiendo confesiones, criticando a sus respectivos ex, tomando cervezas... Tendrá que decidir si ignorar sus sentimientos para no peligrar su relación de amistad o atreverse a declarar su amor por Marín.

Mientras tanto creará una aplicación para que la gente conozca a su media naranja llamada TalparaCual.

Las divertidas quedadas con Carmen, su madre, y Daniela y las bebidas con misterio de las que serán adictas, animarán a la protagonista a que aprenda a escucharse a sí misma para ser feliz.

¿Será Héctor el semental que le hacía falta a la confiada de Mimi? ¿Se atreverá a confesar su amor hacia Marín? ¿Sabrá escucharse a sí misma? ¿Triunfará alguno de sus negocios?

**Daniel de la Peña.** Zaragoza (1983). Escritor y productor de audiovisuales. Desde joven siempre ha sentido curiosidad por el mundo de la comunicación. Autor de *Triunfadoras*, *Un regalo prodigioso* y *Triunfadoras 2.0*. Ha firmado entrevistas de portada para la revista *Mujer* del periódico *El Mundo Cantabria* y para *Divinity*. Defensor de la igualdad, apasionado de las entrevistas y de las comedias. Actualmente es uno de los influencers más reconocidos de Aragón y compagina la escritura, con entrevistas y su trabajo en redes sociales.

Edición en formato digital: octubre de 2020

© 2020, Daniel de la Peña

© 2020, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *texto*-. El *texto*- estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *texto*- al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN:

Composición digital: [leerendigital.com](http://leerendigital.com)

[www.megustaleer.com](http://www.megustaleer.com)

Penguin  
Random House  
Grupo Editorial

megustaleer

## Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás  
recomendaciones de lecturas  
personalizadas.

Visita:

[ebooks.megustaleer.club](http://ebooks.megustaleer.club)



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

## Índice

No eres tú, soy yo

Prólogo

Capítulo 1. Somos compañeras

Capítulo 2. Las copas

Capítulo 3. Trabajo

Capítulo 4. Te quiere

Capítulo 5. Soy mi propio jefe

Capítulo 6. Un ejemplo a seguir

Capítulo 7. Impulso

Capítulo 8. Un poco de azúcar

Capítulo 9. Es un delito

Capítulo 10. La inauguración

Capítulo 11. A la calle

Capítulo 12. Mejor

Capítulo 13. El error

Capítulo 14. La llamada

Capítulo 15. Le quiero

Capítulo 16. La bronca

Capítulo 17. A otra cosa, mariposa

Capítulo 18. Preparándome

Capítulo 19. La sorpresa

Capítulo 20. Unas copas

Capítulo 21. Somos amigos

Capítulo 22. El baño

Capítulo 23. El puente

Epílogo

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Daniel de la Peña

Créditos